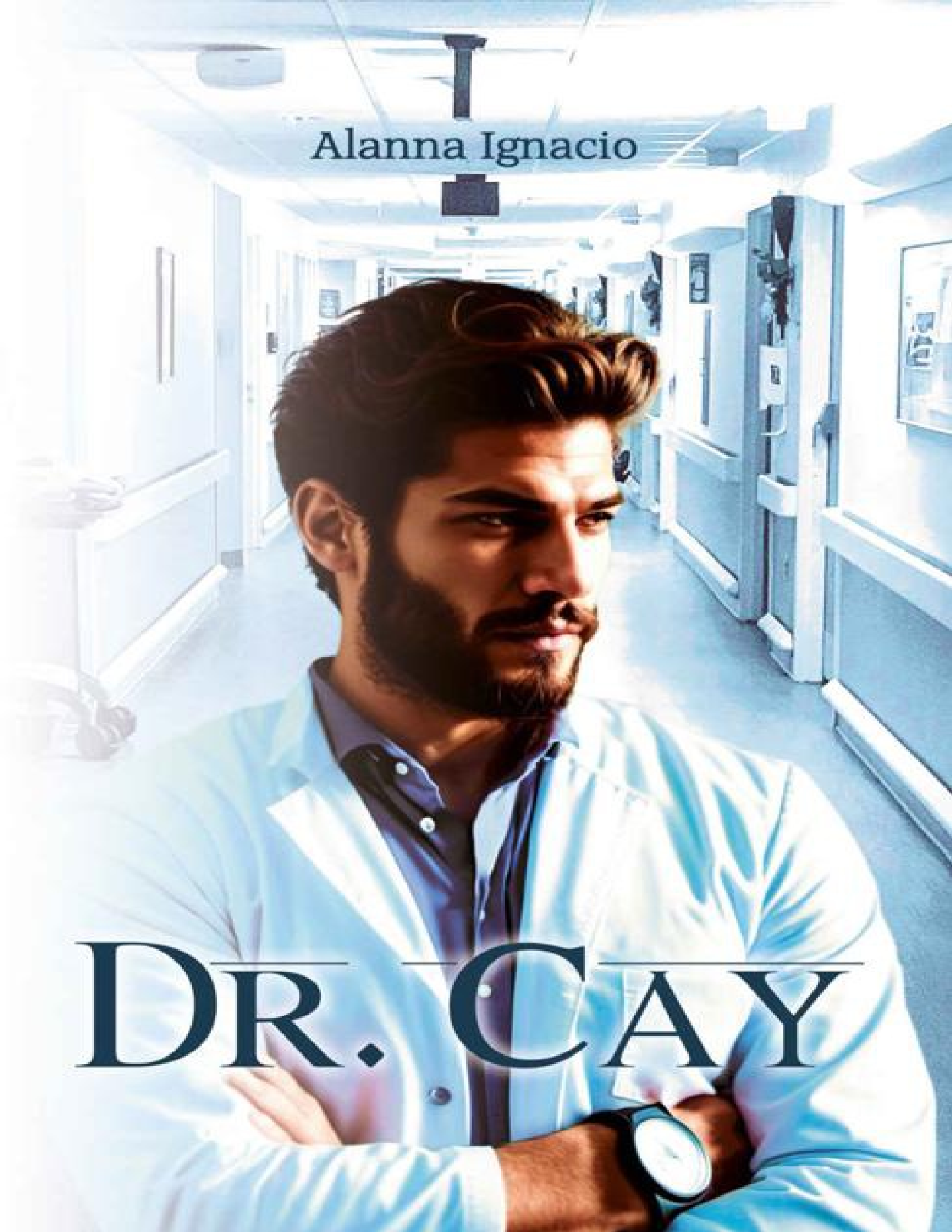


A man with dark, wavy hair and a beard, wearing a white lab coat over a dark blue button-down shirt, stands in a brightly lit hospital hallway. He is looking off to the side with a serious expression. His arms are crossed, and he is wearing a black watch on his left wrist. The hallway has white walls, blue doors, and a blue carpet. The lighting is bright, creating a clean and professional atmosphere.

Alanna Ignacio

DR. CAY

Dr. Cay

Alanna Ignacio

Título original: Dr. Cay.

Autor: Alanna Ignacio.

Diseño de portada y maquetación: Manuel Miranda Jiménez.

Imagen para portada: Nahomy Rodríguez.

Corrección: Rosina Iglesias.

I Edición (septiembre 2024).

© de Alanna Ignacio.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Receta para churrasco relleno de queso mozzarella](#)

[Playlist Dr. Cay](#)

[Agradecimientos](#)

[Querida lectora](#)

Capítulo 1

2015

Coímbra, Portugal

Cayo

Aunque la lluvia caía en el parabrisas de forma torrencial y le dificultaba la visión, él pisaba el acelerador hasta el fondo. Giraba el volante del vehículo con fuerza mientras las ruedas traseras derrapaban en la carretera enlodada. Sudaba y las manos le temblaban; tenía el pecho comprimido de miedo y las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no podía hacerse consiente de nada de eso ahora. Pasaron doce minutos desde que salieron de la casa en Ceira, a las afueras de la ciudad portuguesa de Coímbra. Nueve minutos desde que ella perdió la consciencia. Por más que insistía, no le encontraba el pulso. Al llegar al estacionamiento del Centro Hospitalar e Universitário de Coímbra, condujo directo hasta detenerse abruptamente frente a las puertas de la sala de emergencia. Unas ambulancias la bloqueaban parcialmente, pero pudo hacerse paso. La doctora Souza, el doctor Melho y dos enfermeras los esperaban ahí.

Alguien abrió la puerta del lado del pasajero, mientras él salía a toda prisa del automóvil. La lluvia intensa le impedía ver lo que hacían. Quería ayudar a desmontarla. Gritó que tuvieran cuidado. Alguien lo apartaba del camino y no le permitía acercarse más. El equipo médico avanzó con rapidez, la tumbaron en la camilla y recorrieron a toda prisa la sala de emergencias. Desaparecieron tras las puertas que llevaban al área de quirófanos. Pudo oír a la doctora Souza gritar en portugués:

«Temos um código azul! Mulher! Vinte e nove anos. Diabética. Trigésima quinta semana de gravidez. Non respira, vamos, vamos!».

Los dos guardias de seguridad del turno de la noche eran quienes lo retenían por los brazos y el pecho. Estas eran caras muy conocidas para él. Sabía que lo tirarían al suelo si era necesario. Lo forzaban a quedarse en el área de espera. Sabía que este era el trabajo que les tocaba hacer cuando los familiares de los pacientes estaban fuera de control. Pero él no podía quedarse tranquilo aquí afuera. Tenía que entrar. Dentro encontraría alguna manera de ayudar.

«Caralho! É a minha esposa!», le gritó exasperado al joven más corpulento mientras él forcejeaba con desesperación.

«Deixa-os trabalhar, doutor Cayo», le contestó el muchacho. *«Confiar neles»*. Le decía que los dejara trabajar. Que confiara en ellos. Pero él ya no podía confiar, el miedo le consumió toda la fe.

Esa mañana, Cayo despertó más temprano que de costumbre, lleno de energía y feliz. Saltó de la cama y se metió en la ducha dejando a su esposa profundamente dormida entre las sábanas. Hoy tenía uno de sus escasos días libres en el hospital, pero también tenía un listado de arreglos pendientes en la casa. Sabía que su esposa apostaría un salario a que no los completaría todos, pero él le demostraría que sí podía. La lista iba desde armar la pequeña cuna que recibieron el día anterior, hasta revisar los grifos del baño de huéspedes. Los padres de Cecilia llegarían desde su casa de retiro en Argentina dentro de diez días y se quedarían en Coímbra por tres meses o más

si era posible.

Cayo tenía un empleo fijo en el Hospital Universitario a la vez que finalizaba el cuarto año de la residencia médica. Aunque sabía que tener a los suegros en casa durante tanto tiempo sería un dolor de cabeza, a él le vendría muy bien la ayuda. Cecilia y él serían padres primerizos. La bebé, Luzia, llegaría en unas pocas semanas más. Decidieron que él solo se tomaría cuatro semanas de permiso parental, aunque Cecilia se tomaría seis meses antes de regresar a la oficina de abogados que dirigía. Este era un embarazo muy buscado en los tres años que llevaban de casados y les trajo muchas alegrías a los dos, pero también le robó toda la energía a su mujer..., y una buena parte de su salud.

Vestido solo con unos pantalones cortos desgastados y descalzo, bajó a la cocina para preparar café. Con esas fachas nadie le creería que una década atrás fue modelo en las pasarelas de Nueva York, ni que posó para famosas revistas de moda mientras cursaba la premédica en la escuela Grossman de la NYU. Agitó un poco la cabeza recordando aquellos buenos tiempos. Él y su sueño de ser independiente del dinero y de las cuestionables influencias de su familia. A sus treinta años podía decir a boca llena que lo había logrado.

Eran las seis de la mañana y suponía que Ceci dormiría una hora más. Ella decidió que esta sería su última semana de trabajo, así que en estos días no llegaba antes de las once de la mañana a la oficina y solo atendía lo necesario. En los últimos años llevó varios casos importantes en el tema de comercio internacional frente a la Organización Mundial del Comercio y su nombre comenzaba a ser reconocido en el país y en buena parte de Europa. Dejaría casi toda la carga de trabajo en las tres abogadas principales de la sociedad y algunos casos menores en otra colega que contrató unos meses atrás. Cayo esperaba que Ceci pudiera estar tranquila, por lo menos en los primeros dos meses de vida de Luzia.

Desde el principio supieron que este sería un embarazo de alto riesgo, dadas las condiciones preexistentes de Cecilia. Padecía de diabetes tipo 1 desde que era una niña, en la adolescencia recibió el diagnóstico de síndrome de ovarios poliquísticos y en las primeras semanas del embarazo se sumó la hipertensión arterial. Durante los primeros dos trimestres de embarazo fue necesario colocarle un monitor continuo de glucosa con el que tenía que moverse a todos lados. Y por algunas semanas, lo mismo para la tensión arterial. Además, debía registrar en una aplicación móvil todos los alimentos que ingería todos los días, para asegurarse de que consumía los macronutrientes necesarios durante la gestación.

En este último trimestre, estaba bajo el cuidado y seguimiento de los doctores Souza y Melho, los mejores especialistas en Cardiología y Ginecología de Coímbra. Le programaron consultas semanales, por lo que se volvió una rutina para la pareja que los jueves llagaran juntos al hospital antes de que iniciara el turno de trabajo de Cayo.

Sin embargo, a ella nada le robaba la sonrisa. Estaba hermosa, radiante y más sexy que nunca. Era feliz cumpliendo su sueño de ser mamá. Solo la entristecía que la doctora Souza le hubiera limitado al mínimo la actividad física. Cecilia fue atleta de alto rendimiento y miembro de la selección olímpica portuguesa de ciclismo. Cuando abrió su propia oficina de abogados seis años atrás se vio obligada a retirarse del equipo, pero no cambió su rutina de entrenamientos. Siguió entrenando para competir hasta que supo que, por fin, quedó embarazada.

Cuando el café estuvo listo, Cayo se sorprendió de ver a su mujer entrar a la cocina. Iba

con el cabello rubio alborotado y los ojos verdes casi cerrados. Tenía una nariz pequeña y respingona, y unos labios finos y rosados que llevaba casi permanentemente pintados de rojo. Era notorio que el enorme vientre ya era un peso difícil de cargar. Ceci era alta y delgada y la expresión de «parecer que se tragó una aceituna» le iba cada día mejor.

«*Bom dia, querida*», saludó Cayo, sacándola un poco del letargo y sirviendo otra taza de café para ella.

«*Bom dia, caro*», respondió adormilada mientras le depositaba un beso suave en los labios y él aprovechaba para rodearla con un abrazo breve. «Hoy me iré más temprano al bufete». Continuó hablando en español. La vio acomodarse con cuidado en la silla del desayunador. «Es la fecha límite para despachar las certificaciones del caso Silva», anunció con tono cansado.

«Puedo llevarte si quieres..., ¿y cómo está Luzia?», preguntó curioso y a la vez divertido.

«Dormida, todavía», respondió acariciando la protuberante curva del vientre. «Prefiero conducir, Cay. Mañana quizá deba ir a los tribunales, antes de las consultas. ¿Podrás acompañarme?». Cayo sabía que no habría problemas con llegar algo retrasado al hospital. Trataba de ser un empleado ejemplar, pero en unas pocas ocasiones llegó cuando el turno ya había iniciado, y vio cómo sus superiores hacían la vista gorda. Cayo Medeiros era médico graduado con honores y residente del cuarto año, en la especialidad de Infectología. Tercera generación de médicos, y nieto del renombrado doctor Carlo Augusto Medeiros Pardo, el presidente de la fundación que llevaba el mismo nombre. Eso arrastraba una larga lista de privilegios. Cayo optó por trabajar en el sistema público portugués, tratando de poner distancia de la deslumbrante trayectoria de su padre y de su abuelo. Pero, aun así, esos apellidos pesaban demasiado.

Bebieron más café y prepararon el desayuno juntos. Un par de horas más tarde, Ceci estuvo lista y se despidió sonriente para marcharse al despacho, y él pudo dedicarse en cuerpo y alma a su lista de pendientes domésticos. Inició armando la cunita. Su esposa le pidió que la fabricara él mismo desde cero, pero Cayo sabía que no disponía del tiempo necesario para eso, así que encargó la fabricación de un mueble macizo a una ebanistería local, para luego tallarle los detalles que la personalizarían y que harían de esta cunita un mueble digno de su princesita. Tallar la madera fue un oficio que aprendió en la niñez, a escondidas de sus padres, y hoy seguía siendo su *passatempo* favorito.

Admiró cada una de las piezas y fue definiendo la dirección del tallado que realizaría. El encargo fue hecho en madera de amaranto de poca humedad, buena flexibilidad y con la elasticidad necesaria para la perforación de los tornillos, asegurando el encaje perfecto entre las piezas.

Se perdió en sus pensamientos trabajando toda la mañana bajo el tibio sol; la música de Pentatonix sonaba en el altoparlante mientras intercambiaba el cincel por el cuchillo logrando surcos más profundos, y luego cepillaba y lijaba con esmero logrando un pulido perfecto. Todo el tiempo pensando en el cuidado de las manitas delicadas de su bebé. Sabía que la atraerían estos relieves y con seguridad se dormiría una infinita cantidad de noches acariciándolos.

En el móvil, recibió un bombardeo de mensajes de su esposa todo el día. Ceci pudo

distribuir el tiempo entre el trabajo regular en la oficina y la supervisión estricta del avance de las tareas que él tenía asignadas. Sin contar con que también estuvo pendiente de que se hubiese alimentado bien. Cayo se preguntaba si extrañaría esto de tener toda la atención de su esposa una vez que fuera madre. ¡Sospechaba que no! Pensó divertido. Cecilia era la esposa pendiente de todos los detalles y podía asegurar que se convertiría en la famosa «mamá helicóptero», sobrevolando todos los aspectos de la vida de sus hijos y de su esposo. Acordaron que tendrían tres hijos, pero con el cuadro de complicaciones de este primer embarazo, Cayo sabía que tendrían que discutir el tema otra vez.

Ella regresó a la casa cerca de las seis de la tarde, sonriente pero pálida y cansada, por lo que Cayo sintió alivio cuando le anunció que se tomaría una siesta. Cuando terminó con las reparaciones del baño de huéspedes, miró en la habitación y vio que seguía dormida.

Regresó a la estancia de la casa y encendió la enorme pantalla de televisión; navegó un rato buscando alguna carrera de Fórmula 1, NASCAR o motociclismo. Era un amante de la velocidad, pero fue un documental de la historia de Cabo Verde lo que atrajo su atención y lo entretuvo recordando los paisajes de la isla. Vivió con su familia una bonita temporada en Praia cuando su hermana Antonella y él eran adolescentes. El recuerdo de esos tiempos le plantaban una sonrisa traviesa en la cara. Su padre, el doctor Joao Medeiros Pardo, y su madre, la doctora Mariela Montes fueron parte de la misión diplomática en ese país durante dos años. Las agendas ocupadísimas de los padres les permitían a sus mellizos de dieciséis años, quienes cursaban el último grado de la escuela secundaria, hacer con su vida lo que mejor les pareciera... y ¡vaya que Cay lo hizo! Los días de *windsurf* y las noches de fiesta en la playa Santa María eran memorables.

Oyó truenos y comenzaron a aparecer relámpagos en el cielo. Llovió a cántaros por la tarde y al parecer también sería una noche lluviosa. Estaba indeciso entre preparar la cena u ordenar comida china. Esperaría para que Ceci eligiera qué prefería... Oyó que se levantaba y salía de la habitación, por lo que fue a alcanzarla en el pasillo... y se miraron a los ojos. Ceci estaba llorosa y se sostenía el vientre con ambas manos. Los ojos verdes estaban fijos en los de él, pero la mirada tenía un velo muy extraño. Cayo se aterrorizó. Había visto ese velo demasiadas veces en su vida. Alcanzó a preguntarle si se sentía mal y entonces la vio desvanecerse frente a él...

«Doctor Medeiros..., Cayo...». Alguien le hablaba mientras él seguía sentado en el piso frío de la sala de espera. Sostenía la cabeza entre las manos mientras sollozaba en silencio, sumergido en los recuerdos del día. No sabía cuánto tiempo había pasado. Levantó el rostro lleno de lágrimas y vio a la doctora Souza arrodillada junto a él. Todavía tenía puesto el gorro del quirófano y una mascarilla le cubría la barbilla. Un médico asistente también se agachaba junto a ella. La doctora le sujetaba las manos entre las de ella, movía los labios, pero él no comprendía nada de lo que decía. No podía comprender. «Fue un infarto al miocardio...No pudimos hacer nada para salvarlas... Lo siento mucho».

Capítulo 2

2023

Santo Domingo, República Dominicana

Cayo

Los gabinetes de cocina del nuevo apartamento resultaron ser de una madera de calidad inferior a la esperada. Confirmó con la empresa constructora, y varias veces afirmaron que serían fabricados en madera de caoba, la madera preciosa más común en la isla, pero se fabricaron en andiroba; una madera de menor calidad y flexibilidad, importada desde Brasil. Suponía que no todos los propietarios estarían tan pendientes de este detalle... y no todos tendrían en proyecto tallar los gabinetes.

Por suerte, no tuvo que cancelar el proyecto, pero sí salir a comprar herramientas apropiadas para este otro tipo de madera. La poca flexibilidad no le afectaría, ya que no haría ningún trazado curvo. Quería dar un aspecto moderno al espacio, por lo que hacía surcos paralelos verticales y algunas muescas en los laterales. Más adelante decidiría si colocaría tiradores a las puertas o no.

Para el Dr. Cayo Medeiros tallar la madera era más que un *hobbie*, era un escape, una terapia. Era un tiempo que necesitaba para liberarse de la tensión y los problemas del trabajo. Su momento a solas..., y tenía que admitirlo... el breve espacio en que por voluntad propia volvía al pasado, a los días felices, a los años en que lo tenía todo.

Esta cocina era un proyecto que le demandaría unos cuatro días y luego se ocuparía de tallar por lo menos una de las puertas de entrada. Eso lo entretendría en las noches al regresar del hospital. Tendría que seleccionar algún espacio del apartamento para trabajar de manera regular porque los muebles que compró y que tenía guardados en un almacén, no irían bien con desechos y viruta de madera. Encima de eso, las personas que contrató para la limpieza profunda del lugar y la decoradora de interiores lo esperaban para poder terminar sus trabajos.

A sus treinta y siete años, ya llevaba más de cinco años residiendo en la República Dominicana, pero era la primera vez que tenía un espacio propio. Se dejó convencer e hizo esta inversión por insistencia de su amigo, el doctor Vicente Martínez Leco, en su intento continuo de verlo echar raíces en este país. Y apenas un mes antes, Cayo recibió las llaves de este apartamento.

Llegó a la República Dominicana como parte del proyecto de la Fundación Medeiros Pardo, que estableció un centro de atención primaria en el país enfocado en la investigación y el tratamiento de enfermedades infecciosas. Asumió la dirección general del hospital y la formación del Centro de Investigación en Infectología y Medicina Tropical. Descubrió que reclutar un equipo de médicos investigadores era una tarea muy difícil y que, además, todo se complicaría de manera exponencial al entrar en la pandemia del COVID-19.

Muchos años atrás, cuando él apenas era un estudiante, esta fundación enfocaba todos los recursos en la investigación de los casos de infecciones nosocomiales, hasta que los nombres de su padre y de su abuelo se volvieron ultrafamosos cuando se generó un escándalo alrededor de

una publicación de la Fundación Medeiros Pardo relativa a la crisis del primer brote de cólera en Haití en el año 2010, relacionando la fuente del brote con la contaminación de los ríos en un asentamiento militar de las Naciones Unidas.

Ese evento convirtió a la institución en una autoridad y un referente en los temas de investigación en infectología y medicina tropical. Pero hasta cinco años atrás, todos los estudios se llevaban a cabo desde Europa, por lo que instalar un centro de investigación en el Caribe era una movida inteligente.

Dos años después de la muerte de su esposa y su hija, su abuelo lo persiguió y dio con él en Marsella, donde Cayo fue a dar en un viaje sin rumbo que emprendió días después del funeral. Leyó con detenimiento la propuesta y aceptó ser parte del proyecto. No fue difícil hacer a un lado la resistencia a trabajar bajo la sombra de su padre y de su abuelo... porque ya todo le daba igual. Nada le importaba demasiado y ya nada lo ataba a Francia ni a Portugal ni a ningún lado. Conocer el Caribe no estaría mal.

Desde que llegó aquí, se levantaba por las mañanas movido por los casos complejos de los pacientes del hospital. Los diagnósticos sin resolver, los experimentos con nuevos tratamientos y la esperanza de dar calidad de vida a otros seres humanos. Escuchó comentarios de que se convirtió en una sombra del hombre que era antes, pero la verdad era que aquel hombre jovial ya no existía. Quedó enterrado en Coímbra.

Notó que la música clásica que antes sonaba se detuvo y oyó voces que lo sacaron de sus pensamientos. Recordó que no bloqueó el acceso directo desde el ascensor. Aun no se acostumbraba a la alta tecnología de su nueva residencia. Voces femeninas se acercaban desde la entrada hacia la sala...

«Esta es una belleza de apartamento, Gaby. ¡Mira estas vistas al mar! Tu madre debió comprarte este apartamento y no esa caja de fósforos en la que vas a vivir», afirmaba una mujer de voz campanuda que, de inmediato, le provocó irritación y desagrado a Cayo. *¿Quién diablos se creía esta mujer para entrar así a mi casa?* Iba a bajarse de la escalera de pintor de un salto, tanto para asustarla como para echarla, pero se detuvo en seco al escuchar una segunda voz:

«¡Abuela Mayra! Pero ni siquiera has querido detenerte a ver mi apartamento. Quisiste venir directa al *penthouse*. ¡No puedes decir que es una caja de fósforos si no lo has visto! Y, además, mi mamá no me está comprando el apartamento. ¡Me lo estoy comprando yo! Y estoy comprando lo que puedo pagar», aclaraba la voz joven con irritación, y Cayo sintió que se le erizaban todos los vellos del cuerpo. *¿Hacía frío?* Trabajaba vistiendo pantalones cortos y sin camisa, pero la temperatura era de pleno verano de treinta y ocho grados en el Caribe... No podía creer que, a estas alturas de su vida, la voz de una mujer pudiera provocarle escalofríos. *¡Diablos, tenía que verle el rostro!*

«¡El gringo y ella viven en una mansión y con todos los lujos! ¡Debería darles vergüenza! Si tu abuelo y yo no estuviéramos viviendo esta desgracia, te compraríamos algo mucho mejor», lamentaba la señora mayor en tono enfadado.

«Abuela», contestó la joven en tono cansado, «este edificio está en una zona privilegiada de la ciudad, tiene piscina, gimnasio, parqueos techados y seguridad de primera, es todo y más de lo que necesito cuando llegue cansada de trabajar...», decía la voz joven y agradable acercándose

cada vez más a la cocina y poniendo a Cayo cada vez más alerta.

«Debiste exigirle a tu prometido una pensión de manutención. Convivieron más de dos años y estoy segura de que alguna ley del Reino Unido te protege. ¿Qué mujer abandona a un hombre rico? Encima diciéndole que no quiere nada de él, ¿para luego irse a vivir a un lugar que apenas le cabe una cama? ¡Un cuchitril!», decía la voz madura.

«Exprometido, abuela. Exprometido. ¡Y, con todo respeto, lo que dices no es cierto! ¡Me caben muchas cosas más... y oh! ¡Perdón! ¡Qué susto! No sabíamos que alguien estaba aquí. Lo siento», expresó la joven apresurada y contrariada al entrar en la cocina. Y entonces Cayo pudo ver a quien pertenecía la voz. Era una jovencita de unos veintipocos, atlética, tez morena, cabello castaño largo, un amplio busto y unos ojos marrones enormes. Desde arriba de la escalera no podía apreciar su estatura, pero estimó unos cinco pies y seis... o quizá siete pulgadas.

Era cierto que se encerró en sí mismo desde la muerte de Cecilia, pero estuvo con unas pocas mujeres en los últimos años. Mas no recordaba haber deseado a alguien tan intensamente como en este momento. No recordaba que alguien lo cautivara de esta manera, y a simple vista. ¿Esta era su vecina? Tenía una figura que todo hombre con sangre en las venas estaría obligado a admirar. Parecía entrenar día y noche. Los resultados eran ni más ni menos que exquisitos. Cayo no buscaba problemas, pero si el problema venía empacado de esta manera, él no haría ningún intento de resistirse..., y más aún, podría saborear el problema de punta a punta, sin remordimientos.

«Siga trabajando, joven. No deje que lo distraigamos. Solo queremos conocer el apartamento antes de que los propietarios se muden a él», explicaba condescendiente la señora mayor, quien ocultaba parte de su rostro detrás de una mascarilla. Pero la nieta, pasada la sorpresa inicial, seguía mirándolo de arriba abajo. Devorándolo con los ojos sin ningún miramiento. La mirada femenina viajaba desde los hombros hasta el abdomen de Cayo y... ¿se saboreaba los labios, la muy descarada? A Cayo no le molestaba la atención, estaba acostumbrado a que las mujeres lo admiraran de esa forma, pero, particularmente, le dieron ganas de ver esos hermosos ojos desde más cerca, así que bajó de la escalera con cuidado.

«¿Esto lo hizo usted?», preguntó la joven observando los estantes y deslizando los dedos por los surcos en las puertas de los gabinetes que ya estaban listos. Él asintió y ella declaró entusiasmada: «Está hermoso», afirmó regresando la mirada al pecho masculino.

«*Muito obrigado*», agradeció Cayo en portugués... sin dejar pasar el doble sentido de la expresión de la jovencita.

«Oh! ¡Más brasileños! ¡Con esa crisis política en Brasil, se nos va a llenar la isla de esta gente!», exclamó la señora mayor haciéndose más desagradable minuto a minuto.

«¡Abuela!», gemía la joven sorprendida y avergonzada. Tratando de disimular el bochorno se dirigió a Cayo de nuevo: «Me encantaría que hiciera en mi apartamento lo mismo que usted ha hecho aquí. La cocina es mucho más pequeña que esta, pero es el mismo tipo de gabinete», afirmó la jovencita. ¿Lo estaba contratando? Cayo solo hizo un trabajo por encargo cuando tenía quince años, lo que provocó que se metiera en serios problemas porque fue entonces cuando su padre descubrió que era ebanista desde hacía seis años..., pero la verdad era que tenía curiosidad por conocer el apartamento que esta jovencita compraría con su propio

esfuerzo, y..., de todas maneras, la idea de conocerla un poco más era tentadora.

«Estoy ocupado con esta cocina por el resto del día de hoy y el de mañana. Si le parece puedo trabajar en la suya el próximo fin de semana. Será un feriado a tres días». Recordó Cayo.

«María Gabriela, comienzas a trabajar el siguiente lunes...», interrumpió la abuela que parecía molesta porque no la incluían en la conversación. «Deberías irte a la playa a descansar... quién sabe cuándo volverás a tener vacaciones, hijita». La sugerencia, más que preocupación por la joven, sonaba a ganas desmedidas de controlar las decisiones de la nieta.

«Tengo muchos asuntos pendientes, abuela», afirmó la jovencita pensativa y algo abrumada. «De cualquier manera no podría salir de la ciudad». Giró hacia Cayo dándole la espalda a la abuela y mirándolo a los ojos... ahora podía estar más seguro de la estatura de la joven. Apostaría a cinco pies y siete pulgadas. Calzaba zapatos tenis y él estando descalzo solo la superaba por unas seis pulgadas..., estaba bien proporcionada. El amplio busto era impresionante, pero las nalgas firmes y redondeadas le llamaban poderosamente la atención. Puede que, mirándola de cerca... Quizá no era tan jovencita como aparentaba a primera vista... Había una combinación de temple y cansancio en la forma de conducirse de esta mujer que era intrigante. «¿Qué le parece?», preguntó y Cayo se dio cuenta de que mientras él la apreciaba, ella siguió hablándole y él no tenía ni idea de qué dijo.

«¿Perdona?», preguntó desconcertado, sin perder de vista la sonrisa satisfecha de la joven, quien supo que él se distrajo de la conversación mientras la apreciaba.

«Le propongo, si le parece, que venga a mi apartamento ahora con nosotras para que pueda cotizarme el trabajo... señor...»

«Cayo... Cay, puedes llamarme Cay», dijo compartiendo el diminutivo de su nombre que solo utilizaba su círculo más cercano extendiendo la mano luego de limpiarla en los pantalones raídos y desgastados. «Puedes anotar mi número de móvil si quieres», dijo agradado por el firme apretón de manos de la jovencita. «Sí, sí puedo. Puedo descansar un rato de este trabajo e ir a ver lo que necesitas», afirmó sonriente.

«Yo soy María Gabriela. Gaby», comentó mientras sacaba el móvil del bolsillo lateral del diminuto pantalón de ejercicios que parecía haber sido dibujado sobre las caderas. Cayo recitó los números de su teléfono y la vio teclear con rapidez y grabar el contacto como «Cay – ebanista». «Te marco para que puedas guardar el mío». La radiante sonrisa que desplegó la joven lo dejó sin aliento. *¡Cielos! ¡Quizá debía pensarse esto mejor!* Esta mujer transpiraba peligro.

El dispositivo de Cayo se iluminó sobre la meseta de la cocina. «Ahí está», comentó ella y se quedó observando la pantalla mientras él guardaba el contacto como «Gaby» y volvía a colocar el móvil sobre la meseta. Entonces el dispositivo volvió a iluminarse, esta vez anunciando una llamada de su hermana, la que contestó pronto, ya que sabía que ella atravesaba por un momento de mucho estrés estando en medio de su divorcio.

«*Olá, carinho, tudo bem? Posso te ligar mais tarde?*». Escuchó a Antonella afirmar que todo iba bien y que la llamara luego. «De acuerdo. Te amo».

Vio a Gaby salir de la cocina y la oyó llamar a su «Abuela Mayra» quien venía de regreso de inspeccionar las habitaciones.

«Luce como si ya alguien viviera aquí...», decía la señora mientras él recogía la camiseta que tiró al piso un rato antes y se la ponía, «hay ropas en el closet de la habitación principal», afirmaba la señora. Gaby hizo un barullo ante la revelación de la abuela. Cayo era un hombre celoso de su privacidad, pero la intromisión de esta anciana le parecía hasta graciosa.

Cerró con llaves la puerta del apartamento y las siguió hasta el ascensor. Cuando lo abordaron, Gaby presionó el número siete en el tablero y volteó hacia el espejo fingiendo que arreglaba algunos mechones de su melena. La abuela se arrinconó tan alejada de él como pudo y Cayo miró al techo metálico y rio para sus adentros luego de atrapar a la jovencita clavándole la mirada en el trasero y mordiéndose el labio inferior con lascivia.

Capítulo 3

Gaby

Para el viernes no tenía más remedio que admitir que la abuela Mayra tenía razón. ¡Rayos! ¡Mi apartamentito era diminuto al lado de ese enorme *penthouse*! Solo dos ventanales y no alcanzaba los cincuenta metros cuadrados. ¡Pero era mío! Era una réplica del *loft* que ocupé en Londres hasta pocos meses atrás. Estaba ubicado en una zona preciosa de la ciudad y a diez minutos a pie de la casa de mis padres. Era un concepto abierto, del que me enamoré rápido, que daba a la cocina un papel protagónico..., pero en este momento, la presencia de Cay el ebanista ocupaba todo el lugar y yo era demasiado consciente de su presencia.

Mientras él tallaba y pulía, yo adelantaba trabajo organizando documentos en mi computadora. Certificados, formularios, récords de notas, acreditaciones... debía tener todo en orden cuando enviara investigaciones para publicación... Me hacía gran ilusión publicar mis investigaciones científicas y hacer un aporte a la generación de conocimiento en Medicina Funcional. Estudié mucho y me estuve preparando los últimos tres años para ello y mi nuevo trabajo sería una importante plataforma para lograrlo. Mi enfoque era original y ahora como becaria podría generar evidencia y demostraciones.

¡Señoras y señores, la doctora María Gabriela Fuentes Sena, científica del año!

Vi clarísima mi imagen vistiendo un traje largo, subiendo unas escalinatas. En los altavoces iban describiendo mis grandes aportes y contribuciones al mejoramiento de la calidad profesional de mis colegas. Mi discurso fue conmovedor y a la vez inspirador para las nuevas generaciones. El público aplaudía de pie, algunos gritaban mi nombre mientras lloraban en pleno estado de histeria... Yo misma me secaba las lágrimas y, con humildad, recibía mi décima estatuilla dorada consecutiva..., pero sabía que no sería la última. Me seguía sorprendiendo lo similares que eran estos trofeos a las brillantes estatuillas de los *Oscars*.

La falta de sueño de la noche anterior me provocaba delirios.

Volviendo a la realidad, si alguna vez daba un discurso, de cualquier tipo, tenía que agradecerlo a mis padres. Mis estudios de Medicina en la Universidad de Chicago, en gran medida, los pagaron ellos, menos alguna asistencia que pude conseguir por mis calificaciones a través de los años. Luego gané una magnífica beca en la Queen Mary University y recibí algo de dinero adicional para mi sustento durante esos tres años. Eso me permitió ahorrar casi todo el dinero que seguían enviándome mis padres y mis abuelos en contra de mi voluntad. Esos ahorros los gasté completos en el pago inicial para este bellissimo apartamento y me comprometí con una hipoteca que pagaría durante diez larguísimos años.

Al contrario a otras personas de mi generación, yo no temo a los compromisos a largo plazo; más bien creo en que es necesario «guardar pan para mayo», como dice mi abuela materna, y quiero perseguir la estabilidad. Desde mi punto de vista, una inversión como esta, a los veintisiete años, no estaba nada mal. Ni siquiera la cara de desagrado de mi otra abuela, mientras lo recorría un par de días atrás, pudo desanimarme. Desde que regresé al país, hace dos meses, me propuse verme con la abuela Mayra por lo menos una vez por semana. De un modo

raro, mi relación con mi abuela paterna comenzó en el pasado reciente, muchos años después del divorcio de mis padres. Siendo una niña, no tengo muchos recuerdos a su lado. Y tampoco la recuerdo como esta persona activa y conversadora en quien se convirtió en los últimos tiempos. De aquellos años solo recuerdo que la abuela Mayra vivía a la sombra de su esposo, el licenciado Alberto Fuentes.

Se casaron muy jóvenes, cuando la abuela apenas tendría unos quince años y el abuelo dos o tres más. Mayra asistía al Instituto de Señoritas y Alberto al colegio de sacerdotes jesuitas. La boda se dio, al vapor y por exigencia de los padres de Mayra, ya que una noche sorprendieron al joven Alberto saltando desde el balcón de la habitación de la jovencita. Ambas familias, prestigiosas en la sociedad de la capital de aquel entonces, no podían darse el lujo de verse envueltas en un escándalo, por lo que un matrimonio infantil fue la solución que en el momento se entendió como la apropiada. Eran gente de iglesia y además el padre de Alberto tenía el gran privilegio de representar en el país a la Hans & Droit, una famosa naviera holandesa. Y así fue como en menos de diez días los jóvenes ya estaban casados.

Los Fuentes se convirtieron una familia influyente en los gobiernos dominicanos, desde el año 2010 en adelante. Mi abuelo fue un empresario de éxito desde joven, heredando primero la representación de la Hans & Droit, y luego ampliando esos negocios a otros sectores. Así que siempre tuvo buenas conexiones políticas. Llegó a ser un ministro de Estado en varios periodos consecutivos de gobierno y terminó mal. Muy mal. Tan mal como otros funcionarios de ese gobierno que también fueron acusados de corrupción.

Desde Londres, vi en las noticias dominicanas cómo la Policía Nacional y el Ministerio Público allanaban la casa de mis abuelos, maltrataban en público a mi abuela y al final sacaban esposado al famoso don Alberto Fuentes Lora. Llamé desesperada a mi papá, quien reside en los Estados Unidos, pero no contestó las llamadas. Más tarde conseguí a mi mamá y con ella hicimos una conferencia con mi hermana menor, Daniela, quien entonces estudiaba en París. Mi mamá fue franca con nosotras. Nos explicó la gravedad de los cargos y las pruebas que decía el Ministerio Público que tenían contra él. Grabaciones, documentos falsificados, confesiones de empleados y relacionados, transacciones bancarias... No parecía que pudiera salir con facilidad de todo eso. La frialdad de mi mamá al contarnos todo eso era asombrosa. Parecía estar leyendo las noticias. Nada la inmutaba. Hasta sospeché que ella fuera una de esas personas que declararon en contra del abuelo. En estos días ya nada me sorprendería.

Sin embargo, aun después de todas las humillaciones, la abuela Mayra no escatimaba en lujos. Era evidente que, aunque el abuelo Alberto cumplía una condena de diez años en arresto domiciliario, sus bienes seguían intactos. La señora menuda y graciosa vestía de arriba abajo con marcas de lujo silencioso, se transportaba en vehículos blindados, con chofer y tenía un amplio personal de servicio en la casa. No porque en la realidad necesitara tanta asistencia, sino más bien porque disfrutaba la pleitesía.

Dos días atrás tuve mi dosis semanal de mi abuela. Con orgullo, le mostré mi apartamento y recibí a cambio su profunda decepción por la «ratonera» en la que estaría viviendo. Insultó a mi madre y a mi padrastro, insultó a Cay el ebanista, despreció cada metro cuadrado de mi apartamento e insistió en que nos fuéramos a cenar a su casa. Le recordé un total de veintidós veces que tenía un compromiso con mi mamá y mi padrastro y se marchó disgustada, lo que no me causaba ningún remordimiento porque nunca en la vida cambiaría un

instante con mis padres por oír uno de los monólogos interminables de Alberto Fuentes durante la cena.

Unos mensajes instantáneos aparecieron desplegados en la pantalla de mi *laptop*:

Daniela: *Mana, ¿llegó el carpintero?*

Sentí que me ponía roja y sudorosa de la vergüenza. Miré hacia la cocina para asegurarme de que Cay siguiera ocupado. ¡Mi hermanita era una indiscreta! Debí pensármelo mejor antes de decirle que este hombre vendría hoy a mi casa.

Daniela: *¿Está medio en cuero otra vez o tiene la camiseta puesta? Voy a diagnosticarte que tu vena suprarromántica presenta pulsaciones de ciento noventa latidos por minuto y tu corazón imprudente late desbocado para llevar la sangre hasta el mismo centro de tu cuerpo.*

¡Muy graciosa! El pasatiempo favorito de mi hermanita siempre ha sido mortificarme con sus bromas, desde que éramos niñas. Comencé a teclear apurada antes de que se me tostara la cara por el calor del rubor.

Gaby: *Sí. Está aquí. Con la camiseta puesta y concentrado en su trabajo. Eso deberías estar haciendo tú. Atiende a tus estufas y fogones. ¿Dónde se ha visto que una chef con una estrella Michelin vaya a quemar todas sus salsas?*

Sabía que tocaba una tecla sensible. Había mucho de la historia de esas salsas quemadas que Daniela no quiso contarme y adiviné que, como en las veces anteriores, estaría cambiando el tema. Tardó un buen rato en contestar mientras yo veía los puntitos saltar en la pantalla y entonces escribió:

Daniela: *Estoy tramitando mis vacaciones para irme a casa en las fiestas de fin de año. El restaurante cerrará por quince días. Hace años que no estamos todos juntos en Navidad. No le digas nada a mami ni a Jack, quiero que sea una sorpresa para ellos.*

En efecto. Cambió de tema. Hablar de las salsas quemadas no era una opción.

Gaby: *Tengo unas ganas locas de verte.*

Primero con la pandemia y el cierre de los aeropuertos y luego con los compromisos de cada una, en total tenía más de tres años que no veía a mi hermana.

Daniela: *Tómale una foto a escondidas al carpintero y envíamela. Estoy segura de que tiene la pinta de esos tipos que nos mandan a terapia por cinco meses. ¡Ah! y antes de ilusionarte más con él, primero confirma si es gay o no.*

Gaby: *Estoy segura de que hacer fotos a escondidas es ilegal, ¿o no? Vives en Roma y lo sabes. Además ¡debes parar!, estás cosificando a este hombre.*

Daniela: *¿Yo lo cosifico? ¡No fui yo quien dijo que podría pasarle la lengua por cada músculo del torso y del abdomen! Tampoco fui yo quien pensó en irse al mambo con él desde el mismo instante en que lo vio. Y además no pasa na'... sería solo una fotito. Dijiste que es el hombre más atractivo que has visto en tu vida. ¡Tengo curiosidad! Pero no me confío porque entiendo que cualquiera pueda ser más atractivo que el Oso de Circo.*

Ignoraría ese último comentario. No quería amargarme la mañana con recuerdos de Andrew. Pero nadie podría negar que Cay, el ebanista, era un tipazo. Cada músculo de la espalda

se le marcaba mientras tallaba la madera y eran evidentes aun con la camiseta puesta. Nunca imaginé que las consecuencias de invadir propiedad privada junto a mi abuela serían encontrarnos un Adonis descamisado, musculoso y sudoroso. Con hermosos ojos verdes, una mirada triste y cierta indiferencia en su actitud.

Desde que era una adolescente me acostumbré a atraer la atención de los hombres. Tenía un cuerpo muy bien formado y lo sabía. El día que subimos a conocer el *penthouse*, entrené antes en el gimnasio del edificio, por lo que *shorts*, sostén deportivo y tenis era toda mi vestimenta cuando nos encontramos. Habría esperado que este hombre superatractivo me mirara más. Sin embargo, solo hizo un rápido y discreto recorrido visual y pareció haberme descartado de sus opciones.

A pesar de mis principios, tuve que reconocerle a mi hermana la ironía de que eso me molestó un poco. No andaba cazando halagos ni piropos; sin embargo, mi color de piel, mi melena y mis ojos eran atributos de los que podía estar orgullosa... Nadaba, corría y hacía *crossfit* por lo que ningún milímetro de mi cuerpo estaba fuera de lugar. ¿Por qué este tipo no me miró? Tampoco era buena señal que respondiera el móvil diciéndole «*Hola, cariño*» a alguien llamado Tony. De ahí le surgió a Daniela la hipótesis de que Cay, el ebanista, pudiera ser gay. Clarísimo, ¿no?

Unos días atrás, al entrar a mi apartamento, Cay se adueñó con su presencia del pequeño y acogedor espacio. Divisó la distribución del diminuto apartamento desde la cocina, la mesa del comedor de cuatro puestos, que también se convertiría en mi área para estudiar cuando mudara todos mis libros de medicina desde la casa de mis padres..., y el pequeño sofá rojo frente a la televisión. Propuso otros proyectos de ebanistería que podría realizar más adelante, como, por ejemplo, una mampara divisoria para aislar más el rincón donde acomodé la cama, un tallado para el espaldar, unos detalles para enmarcar los ventanales... Aseguró que podría cotizarlos más adelante, pero por ahora se concentraría en el tallado de las seis puertas de gabinete... Comprobó las medidas con la cinta de medir que llevaba enganchada de la cintura del pantalón corto..., vaciló por unos segundos y luego dio un estimado. Sentí gran alivio al escuchar un monto que podría pagar sin problemas.

Acordamos el día y la hora para iniciar el trabajo y se presentó en la puerta en la mañana de hoy, viernes, dos minutos antes de las nueve. Sin duda, este era el hombre más atractivo que vi en la vida. Saludó con amabilidad y con una media sonrisa en el rostro porque, quizás, se dio cuenta de que me levanté muy temprano para entrenar y aun tener el tiempo para lavarme y secarme el cabello, decidir mi vestimenta de hoy y hacerme un maquillaje ligero.

Elegí una minifalda de *jeans* y una blusa blanca sin mangas. No quería parecer que hacía un gran esfuerzo; por tanto, me quedé descalza y me aseguré de guardar la tabla de planchar y la plancha que utilicé para dejar la blusa impecable.

Lo vi entrar vestido con unos *jeans* desgastados y cortados a la mitad de los muslos, una camiseta blanca y calipsos. No era el calzado más seguro para trabajar con herramientas de corte, pero en lugar de hacerle la debida advertencia me distraje con lo bonitos que eran esos pies masculinos. Iba cargando una escalera que acomodó con cuidado en la cocina y luego colocó una mochila de herramientas encima de la meseta. Pregunté si necesitaba algo y dijo que no. Ofrecí desayuno y aseguró que ya había desayunado. Parecía que con que me sentara a contemplarlo era

suficiente para él... y tal vez para mí también..., pero ¡noooo! Yo tenía muchos pendientes importantes antes de presentarme a trabajar el siguiente lunes.

Al terminar la residencia en Gastroenterología en Londres, apliqué para varias oportunidades alrededor del mundo para hacer mis estudios de especialidad en Medicina Tropical. Planificaba mi boda y no quería salir de Inglaterra, pero en medio de la pandemia las plazas para especialidades se volvieron escasas. Todo el personal médico estaba en la primera línea cansado y altamente expuesto. Las investigaciones médicas quedaron rezagadas, y todos los esfuerzos y recursos económicos se concentraron en combatir el SARS-CoV-2 y sus variantes. Para que luego los países ricos acapararan las vacunas y los países pobres, los más vulnerables y los mismos médicos se quedaran desprotegidos. Si se suponía que la pandemia sacaría lo mejor de la humanidad, su trabajo fue bastante mediocre.

A principios del presente año comenzaron a llegar las respuestas a mis aplicaciones. Recibí tres aprobaciones en total. Tres organizaciones aceptaron financiar mi investigación al finalizar la residencia médica. Al principio opté por el Instituto Británico de Ciencias, que me permitiría mantener mi residencia en Londres, continuar mi vida en el Reino Unido y mis planes con Andrew. Cuando esa relación se vino abajo estrepitosamente, mis prioridades cambiaron y alejarme de Inglaterra se convirtió en mi obsesión. Así que aceptar el financiamiento de la Fundación Medeiros Pardo, y volver a casa, fue la decisión final.

Terminé de llenar los formularios de información de empleados que me hizo llegar la licenciada Sofía Cáceres, la gerente de Recursos Humanos de mi nuevo empleador y decidí dejar los dos reportes pendientes para más tarde. Debía ir hoy a una sucursal del Banco SASRD para abrir una nueva cuenta bancaria donde depositarían mis pagos, según las instrucciones de la señora Cáceres.

Busqué mi móvil para solicitar una cita en el banco a través de la aplicación. Cuando la tuve programada y confirmada para las tres de la tarde, cerré la sesión. Verifiqué con Waze la mejor hora para salir previendo el tránsito y los embotellamientos de la ciudad, que me indicaba salir más o menos en una hora para llegar a tiempo. Revisé mis redes sociales para distraerme un rato. Mis amigos en Londres parecían estar planificando un aburrido fin de semana de pizzas y cervezas. El grupo de becarios que se marchó al Hospital John Hopkins de los Estados Unidos, en este verano, anunciaba un aburrido simposio con el tema de *Seguridad sanitaria luego de la pandemia*. La doctora Vogel, mi asesora de tesis, adoptó un aburrido cachorro blanco. El único que no parecía aburrido era el bombón que tenía enfrente, Cay el ebanista, que me miraba divertido sentado en el tope de la escalera de pintor. Parecía esperar una respuesta.

«Has estado distraída toda la mañana. Te preguntaba qué te parece el trabajo». Dos de los gabinetes estaban listos. Y la diferencia entre estos y los demás era asombrosa.

«Me parece magnífico. Eres un verdadero artista», expresé con sinceridad. La transformación era evidente.

«Este trabajo es una pequeña inversión que le dará mucho valor a tu apartamento además de darle calidez al área», declaró el ebanista admirando el espacio.

«Hablas como un vendedor de bienes raíces», afirmé sin pensarlo y vi como él soltaba una carcajada. ¡Oh, Dios Padre! El Cay serio, callado y circunspecto era atractivo, pero el Cay

sonriente y relajado hacía que se me humedeciera la ropa interior. Él estaba empapado de sudor. Lo vi bajarse de la escalera y caminar hacia la mesa del comedor donde yo trabajaba, diciendo: «Debo parar por hoy porque tengo otro compromiso esta tarde. Puedo estar aquí mañana a la misma hora, si no es muy temprano para ti... siendo sábado». Escuchaba lo que decía y me distraía el ritmo y la entonación de sus palabras. Su español era perfecto, pero era su entonación lo que delataba que no era su lengua materna.

«Yo también tengo algunos pendientes que debo resolver hoy. Soy madrugadora, así que puedes venir más temprano y desayunamos juntos...», dije sin temor a parecer demasiado agresiva y contenta porque él aceptó la invitación de buena gana. Lo vi ubicar la escalera y la mochila de herramientas en el área de lavado... bastante dueño del lugar. Parecía que quería decir algo más, pero se arrepintió y se despidió.

Así sobrellevamos el primer día de trabajo de Cay, el ebanista. No tenía más opción que aceptar con dignidad su indiferencia, pero entendiendo que era un asunto de su preferencia sexual, no me quedaba más remedio que superarlo.

Capítulo 4

Gaby

Este no era un beso normal. Sentía que este hombre quería tocarme el alma con los labios. La lengua masculina me exploraba cada milímetro de la boca, me robaba el aliento y me abrasaba la piel. Las grandes manos me recorrían y se multiplicaban a lo largo del cuerpo. Pero qué podía esperar. Todo en este hombre gritaba intensidad. Nos sumergimos en un beso largo y apasionado. Me soltó la boca para devorarme con los ojos. Esos ojos que me recordaban un felino hambriento.

«Cay, ¿te gusta lo que ves?», pregunté excitada y temblorosa.

«Sí, definitivamente, sí», respondió con voz tan profunda que me hizo estremecer.

Me besó desde la barbilla hasta el hombro, dejando un rastro de besos, quitando del medio los tirantes del vestido y dejando que cayera al piso. Admiró mi cuerpo semidesnudo, solo cubierto por los pantis de color lila. Regresó los labios a los míos para estampar otro beso igual de salvaje. Me rodeó la cintura con las manos y me cargó para sentarme sobre la mesa del comedor. Me deslicé un poco más para acomodarme mientras él me seguía sin apartar los ojos de los míos y volvió a sentarse en la silla donde se sentó antes, justo frente a mí.

Me recorrió la piel de los muslos y las caderas con delicadeza mientras se clavaba los dientes en el labio inferior. Parecía un león salvaje dispuesto a devorar a su presa. Levanté las caderas para deshacerme de los pantis. Él intervino halándolos y arrojándolos despreocupado lejos de la mesa.

«Me encanta mirarte», afirmó con voz ronca.

«Me encanta que me mires», confirmé en un hilo de voz.

«Abre las piernas», ordenó rudo y autoritario. Debió molestarme el tono mandón de este hombre. Me gustaba tomar la iniciativa y llevar la voz cantante en la cama. Hasta ahora, todas mis parejas me lo permitieron, pero mi cuerpo respondió con descaro y sumisión a la orden de Cay separando las rodillas, lubricándome copiosamente las paredes de la vagina y tensando la piel de los pezones. «Abre más», demandó impaciente.

Me agarró los tobillos y amplió mucho más la distancia entre ellos acomodando la cara justo frente a la entrepierna, dejándome expuesta. Miré al techo para tomar aire como si estuviera a punto de ahogarme. Levanté las caderas hacia él, deseando que se acercara más. Sabía que me encontraría caliente y húmeda.

Cay posó la mano sobre la vulva y deslizó el pulgar con suavidad sobre esos labios separándolos solo un poco con la punta del dedo. Lo escuché gruñir y soltar una expresión en portugués y no pude contener mi propio gemido de placer, mientras permitía que las piernas se me abrieran de par en par.

«No hay duda de que has deseado esto todo el fin de semana», afirmó sin retirar el pulgar y colocando la otra mano en la cara interior del muslo para acariciarlo. Subió la mirada hacia mí

como para darme la oportunidad de detenerlo. Si continuaba, cruzaríamos un límite del que no habría retorno. Como no lo detuve, se inclinó y comenzó a depositar una hilera de pequeños besos, mordidas y lamidas desde el hueso púbico hacia el monte de Venus sin llegar más lejos y convirtiendo la sensual caricia en una tortura. Posé las manos sobre la cabeza masculina y vi que me temblaban de forma incontrolable.

Muy pocas veces recibí sexo oral antes y nunca con buenos resultados. Cay me besó con lentitud los muslos otra vez y me dejó a la espera de su boca, solo el pulgar me rozaba muy despacio. Me mataba la anticipación. Pero él sabía exactamente qué hacer para darme placer. Me besaba y lamía en el abdomen con lentitud y ahora dos largos dedos se deslizaban en mi interior. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera sentir un orgasmo formándose dentro de mí. No hice nada para detener el grito obsceno que me salió de la garganta cuando por fin me invadió con un tercer dedo y presionó la boca para chuparme el clítoris. Todo esto parecía un sueño, pero era una dulce, muy dulce realidad. Y la tarde de este domingo apenas comenzaba.

Unas horas antes, esa mañana de domingo, Cay llegó a la misma hora que el día anterior. Otra vez preparé el desayuno para los dos, ajustando las cantidades según sospeché que eran sus gustos. El sábado cociné un abundante desayuno y lo vi comer con gusto y en grandes porciones. Gran cantidad de proteínas, algo de lácteos, algo de carbohidratos y nada de embutidos procesados. Así supe que era más consciente de su alimentación que yo misma, que era mucho decir..., pero para mantener un cuerpo tan musculoso como ese, había que serlo.

Cay insistió en preparar el café, prometió que sabía utilizar la máquina para colarlo, y a regañadientes se lo permití. Esa cafetera era el regalo de mi padrastro para celebrar mi regreso al país y era lo único con lo que tenía una conexión sentimental en este apartamento. Jack y yo teníamos una relación muy especial. Llegó a mi vida en mis años de la adolescencia. Un viejo amor de mi mamá que al reaparecer terminó de sacudir el maltrecho y desvencijado matrimonio de mis papás. Y contrario a la opinión de la abuela Mayra, estoy segura de que la llegada del «gringo» a nuestras vidas fue una gran bendición para todos.

Jack se convirtió en una figura paterna diferente a la que ya conocía. Presente, atento, cariñoso y total y definitivamente enamorado de mi mamá. Mi hermana y yo fuimos testigos de cómo ella floreció a su lado. Él nos enseñó a Daniela y a mí lo que debíamos esperar en el futuro en una relación sana con nuestras parejas. Pero al parecer, yo no presté la debida atención.

Ahora que observaba a Cay utilizar la cafetera, noté que su comportamiento de hoy era muy diferente al del día anterior. Durante la jornada del sábado trabajó en silencio. Parecía determinado a concluir y dejar el trabajo listo antes de que terminara el día. Y eso me dio una sensación de desasosiego. No creo en el amor a primera vista ni en ninguna de esas tonterías, pero este hombre me gustó desde el primer instante y quería seguir viéndolo más..., tener citas con él, llegar a conocerlo. ¿Ser amigos quizá? ¡Para eso tenía que sacarle alguna reacción! Me cansé de su indiferencia.

Hice múltiples intentos fallidos. Primero mostrar el escote cuando le servía el café, luego un roce de mi cuerpo contra el suyo cuando me enseñaba cómo tallar la madera, también acaricié distraídamente el duro antebrazo mientras comentaba mis planes de decoración del apartamento para, al final, desplegar unas cuantas sonrisas tontas..., pero nada parecía funcionar. Reprobé

Coqueteo 101. Así que decidí a desmontar la ofensiva y darme por vencida antes de que me denunciara en la Fiscalía por acoso. Daniela tenía razón. Era obvio que el tipo era homosexual y no reaccionaba a galanteos de mujeres. Pero no todos mis esfuerzos fueron en vano, ya que descubrí que teníamos en común el vicio del café. Tan pronto percibía el rico aroma, parecía perder la concentración en el trabajo y estaba dispuesto a hacer una pausa para conversar.

Durante todo el día del sábado y la mañana del domingo puse en práctica algunas de las recetas de preparación de café que aprendí en los últimos años, desde los tradicionales carajillo y americano, hasta el sabroso café vienés. Ya para el domingo, Cay estuvo dispuesto a sentarse por ratos a la mesa del comedor y relajarse admirando el trabajo casi completado. Así que pudimos conversar de forma amena. Resultó ser un tipo divertido, con un fino sentido del humor. Compartimos nuestros conocimientos sobre los cultivos, la preparación y algunas curiosidades del café. Dijo conocer cultivos en Colombia, Brasil, Macao, Etiopía y la India. Me sorprendió que tuviese conocimiento detallado de las propiedades de la cafeína y de los efectos de esta en el cuerpo humano. Me enteré de que aprendió a tallar la madera cuando tenía seis años y que fue un don que pudo labrar de la mano de su abuelo materno, quien era un reconocido ebanista en Sevilla y le enseñó todo lo que necesitaba saber del oficio.

Fue inevitable que recordáramos a mi abuela Mayra. Le conté solo un poquito de la historia de mis abuelos paternos para que tuviera el contexto de la necesidad de la anciana de controlarlo todo, incluido cada detalle de mi vida. Estallamos en risas cuando imitó la forma en que se dirigió a él para contratar sus servicios para hacer reparaciones en su casa. La divertida caracterización que hizo Cay de la voz de mi abuela provocó que me corriera lágrimas por las mejillas.

Dado lo relajado del momento que vivíamos y la cordialidad con que logramos conversar, fue muy natural para mi hacer una declaración inocente:

«¡Oye! ¡No sabes cuánto te agradezco las risas de hoy! Contigo me siento tan a gusto. Debemos seguir viéndonos. Vi que Tony te ha mandado muchos mensajes ayer y hoy... Él es tu pareja, ¿verdad? Me encantaría conocerlo también. No sé si él estará de acuerdo en que tengas una nueva amiga. ¿Qué dices?», dije distraída ubicando unas servilletas para secarme las lágrimas.

«¿Tony? ¿Si él estará de acuerdo? ¿Él?», preguntó cauteloso.

Cuando la temperatura de la habitación bajó varios grados en picada me di cuenta de mi error. Busqué la mirada masculina y lo encontré mirándome fijo. Los ojos verdes navegaron desde la confusión hacia la comprensión. Dudó por largos momentos y luego un brillo de lujuria pura y desmedida apareció en el rostro masculino. Arrastró la silla hacia atrás separándose más de la mesa y acomodó la postura extendiendo las piernas.

«No solo eres una niña rica presumida... también eres arrogante y machista», afirmó mirándome fijo a los ojos.

«¿Qué? ¿Estás loco? ¿Qué dices?», solté sorprendida. Podía considerarme muchísimas cosas, pero nunca machista. ¡*Por-fa-vor!*

«Estás convencida de que, si no he saltado sobre ti en estos tres días, es porque soy *gay...*», me acusó y no encontré las palabras para negarlo.

«No quise...». Dejé las palabras en el aire porque sentía la cara arder de la vergüenza. Él tenía razón, pero yo no pensaba así, ¿o sí? Daniela fue quien puso esas ideas locas en mi cabeza... Era la única justificación para que un hombre soltero —sí, él mismo afirmó que era soltero la tarde anterior— me ignorara de aquella manera. Fue Daniela quien me convenció de que Cay jugaba en el bando contrario.

«Tony es Antonella, mi hermana melliza», declaró mirándome con detenimiento y con alguna emoción que no logré descifrar en el rostro.

«¿Hermana?», pregunté mortificada.

«Sí. Así es. Hermana. ¿Por qué no vienes aquí?», preguntó usando la voz más siniestra que jamás escuché. Tragué en seco. No parecía enojado; sin embargo, exudaba peligro.

«Lo siento. No debí decir eso...», pero lo dije. No podía creer que solté aquella estupidez del tamaño de una catedral.

«Está bien que digas lo que piensas...», interrumpió con calma. «¿Por qué no te pones de pie y vienes hasta aquí?», insistió pausado mientras los ojos se le oscurecían.

No podía aceptar su invitación. ¿O sí? No sabía si las piernas me iban a sostener. La repentina tensión sexual que había entre nosotros era una declaración de que interpreté todo mal. Sabía que no debía aceptar la invitación, pero me puse de pie y caminé tres pasos hacia él. Solo fueron tres pasos, pero fue suficiente para agitarme la respiración como si hubiera corrido media maratón. Lo vi recorrerme con los ojos las piernas desnudas desde las uñas de los pies pintadas de azul, pasando por las pantorrillas, las rodillas y deteniéndose con languidez en los muslos fuertes y definidos. Cuando estuve más cerca de él, me agarró la mano y besó con delicadeza los dedos clavándome la vista en los ojos. Con seguridad aquella boca me dejaría una marca de fuego en la mano.

Me haló hasta que quedé sentada sobre la cadera masculina, con una rodilla a cada lado de la silla, cara a cara frente a él. Recogió la falda del vestido, me agarró las nalgas y me haló con fuerza hasta asegurarse de que mi entrepierna hiciera contacto directo con la fuerte y larga erección. Solté un resoplido que fue una mezcla de sorpresa, alivio y excitación. La sonrisa divertida que se dibujó en el rostro de Cay selló mi destino. Iba a enamorarme de este hombre.

«Llevo tres días excitado de esta manera, jovencita. ¿Te das cuenta? Desde el instante en que puse los ojos sobre tu cuerpo por primera vez. He luchado para mantener la cordura cada vez que te me acercas. Tu flirteo de este fin de semana ha sido una tortura que creí que podría aguantar..., quería esperar un poco y conocernos mejor antes de meterme entre tus piernas..., quizá un par de citas para cenar, quizá otra salida. Pero eso no es lo que tú quieres, ¿verdad? No quieres que te corteje. Quieres cama y sexo, y lo quieres pronto. Pues hagámoslo a tu ritmo entonces, ¿sí?». Sugería él mientras desabotonaba con lentitud todos los botones del vestido veraniego que traía puesto, dejándome el cuerpo al descubierto sin resistencia de mi parte.

«Quizá... quizá es mejor a tu manera... quizá vamos demasiado rápido... quizá... cenar suena bien», balbuceaba incoherente.

«Ya es tarde para eso. ¿O es que quieres que me detenga?», preguntó tenso y las amplias manos se detuvieron en mis costados.

El corazón me latía desbocado. Apoyé las manos sobre los amplios hombros de Cay y mis caderas comenzaron a rozarlo como si tuvieran vida propia. Sentí la erección crecer más y ponerse más potente, si eso era posible. Lo escuché murmurar algunas palabras en portugués y levanté una mano para desabrocharme el sostén que se sujetaba al frente. La pieza se abrió de forma abrupta liberándome los senos. Lo desafié con la mirada para que dijera lo que sabía que estaría pensando... que eran demasiado grandes para mi contextura delgada..., que quizá eran demasiado pesados..., quizá pondría en duda que fueran naturales, pero Cay los admiraba como si hubiera encontrado un tesoro y no pudiera despegar la vista de ellos. Agachó la cabeza y atrapó uno de los pezones con la boca. Un gemido ahogado me salió de lo más profundo de la garganta y le hizo saber que eran muy sensibles.

«Son estupendos», afirmó maravillado y divertido, «podría jugar con ellos toda la tarde».

«No veo ningún problema en eso», dije con un hilo de voz.

«El problema es que me lo quiero tomar con calma, pero a la vez quiero estar dentro de ti ¡ya! Ahora. Necesito estar dentro de ti», aseguró mientras me besaba para luego subirme a la mesa y después meterme la cabeza entre las piernas. Con el primer orgasmo quedé lánguida y mareada. Pero sabía que él querría que le devolviera el favor.

«¿Tienes condones?», preguntó Cay sin titubear.

«¡Sí! En el cajón junto a la cama», indiqué mientras él me levantaba y en unos pocos pasos me tenía sobre la cama. Abrió el cajón y encontró las dos cajas de setenta y dos unidades de preservativos que guardaba ahí. Oí con claridad una expresión de sorpresa en portugués. Por supuesto que ese no era el aprovisionamiento normal de ninguna persona, por lo que me apresuré a contarle que las entregaban como cortesía en mi trabajo anterior. Asintió indiferente, pero vi el alivio en su semblante cuando revisó que las dos cajas aún tenían más de cinco años de vigencia. Me excitó que este hombre fuera tan precavido.

Lo sorprendí tumbándolo sobre la cama y sentándome sobre él. No parecía estar a gusto en esta posición, pero me dejó hacer. Le besé el rostro con detenimiento saboreando cada uno de los detalles de sus facciones, las gruesas cejas, los cálidos párpados, la nariz recta y larga..., los labios gruesos que dibujaban una suave sonrisa. Lamí una de las mejillas masculinas y sentí cuando me agarró con fuerza las nalgas.

«¿Por qué no te desvestes?», pregunté sobando la boca contra la oreja masculina cuando comenzó a molestarme que estuviera totalmente vestido y yo totalmente desnuda.

«Ese es tu trabajo», afirmó sonriente.

Y para mí, su solicitud fue una orden. Halé la camiseta, la saqué por la cabeza y tuve disponible para mí todo aquel torso amplio y masculino. Era muy musculoso. Cay no tenía nada que envidiarle a Jason Momoa. Cumplí mi deseo de pasar la lengua por cada surco de los pectorales y del abdomen... una y otra vez..., dejé un rastro de besos desde el trapecio hasta los oblicuos..., quité del medio la cinturilla del pantalón para bajar un poco más... y sentí cómo se agitó nervioso para deshacerse del pantalón y de la ropa interior.

Sentí el rubor caliente en las mejillas otra vez. Cay tenía un miembro enorme. Desde el glande perfectamente formado hasta la base podrían contarse más de nueve pulgadas... Las venas azules fuertes y protuberantes se apreciaban en detalle, así que delineé con lentitud el

trazado de la vena dorsal profunda y de la bulbouretral... algo de líquido preseminal ya lubricaba desde la punta. Cuando intenté cubrirlo con la boca, él me detuvo en seco para primero colocarse el preservativo...

Lo tomé en la boca con miedo a que el látex fuera de sabor desagradable, pero no fue así. Descubrí que Cay disfrutaba mucho del sexo oral y lo dejaba saber con gruñidos, gemidos y alguna que otra frase corta con palabrotas en portugués. *Não deixa meu pau grosso te assusta, querida*. Oí esas palabras, aunque no entendí lo que decía, pero esta sería una interesante manera de aprender un idioma más.

Tres horas más tarde ambos respirábamos con dificultad, acostados allí, acurrucados bajo las sábanas y con las cabezas en las almohadas. Mi espalda descansaba contra el pecho masculino y él me abrazaba pasando un brazo y una pierna por encima de mi cuerpo. Sentía todas mis partes íntimas adormecidas. La voz chillona de Daniela resonó en mi cabeza diciéndome: *Lo que necesitas es que te den como a sello de notario*. Y tenía razón. ¡Madre mía! ¡Nunca mis senos recibieron tanta atención! Cay los había besado, mordido, chupado, lamido y estoy segura de que en algún momento pellizcó los pezones. También tenía el clítoris sensible al roce de mi propia piel y la vagina adormecida por tantos espasmos. Un pene gigante la invadió en innumerables ocasiones. Unas veces lento y con suavidad, y otras veces rápido y con rudeza. Todas maravillosas. ¿Conté mal o llevaba ya cuatro orgasmos? Y por primera vez en mi vida, para ninguno de ellos fue necesario que yo misma me estimulara... Cay sabía dónde tocar, cómo empujar, dónde morder... Me hizo descubrir que me volvían loca las mordidas... Ahora iba a dormirme. Sin dudas era el mejor sexo que había conocido en mis veintisiete años. El mejor de lo mejor. Necesitaba más que una corta siesta para reponer mis fuerzas, porque quería mucho más de esto...

Desperté un poco sobresaltada al escuchar la voz masculina y vi a Cay profundamente dormido a mi lado. Afuera ya oscurecía y me di cuenta de que él hablaba entre sueños y llamaba el nombre de una mujer... Por unos largos segundos sentí un nudo de lágrimas en la garganta y sensación de ahogo. Supe que la ansiedad comenzaba a dominarme el cuerpo. Un montón de recuerdos y malos ratos me vinieron a la memoria. No iba a llorar. ¡Esto no podía pasarme otra vez! Me harté. No necesitaba esto en mi vida. Otra vez no.

Me levanté agitada y nerviosa de la cama sintiendo en la entrepierna las consecuencias de todo lo que hicimos un par de horas antes. Recogí mi vestido del piso y me vestí con manos temblorosas logrando cerrar todos los botones. Cuando estuve presentable me acerqué a la cama para despertarlo. No fue necesario más que agitarlo un poco y él ya estuvo alerta. La luna iluminaba la cama por lo que pude ver una amplia sonrisa desplegársele en el rostro mientras se desperezaba.

«Debes irte..., tengo que salir», ordené cortante con la intención de apurarlo, pero él no parecía darse cuenta.

«¿Dónde vas? No tengo nada que hacer esta noche... Si quieres puedo acompañarte y...», sugería mientras recogía, con tranquilidad, la ropa interior y comenzaba a vestirse.

«No. No quiero compañía», le informé tan fría como me fue posible, pero se escuchaba el temblor en la voz. Fue entonces cuando Cay notó el cambio en mi actitud, frunció el ceño y encendió la luz de la lámpara de noche. No parecía dispuesto a marcharse aún.

«¿Te pasa algo?», preguntó. Me parecía increíble... Cay asumió la misma actitud condescendiente de Andrew que tanto odiaba. Sabía que insistiría en quedarse, en que conversáramos..., insistiría en decir que todo estaba bien y que yo imaginaba cosas... Encendí la lámpara que descansaba sobre la mesita de noche. Busqué la mochila en la que él cargaba las herramientas y me aseguré de que no quedara ninguna fuera de su lugar. Moví la escalera de pintor para acercarla a la puerta. Cay me seguía con la mirada sin moverse. Tenía que sacarlo de mi casa y asegurarme de no volver a verlo nunca. Sabía cómo hacerlo.

Busqué mi bolso y saqué la billetera. Tenía suficiente dinero en efectivo, pues retiré en el banco el monto que acordamos por su trabajo un par de días antes. Y agarré algunos billetes más. Giré hacia él y vi que seguía de pie en el mismo sitio y observándose.

«Aquí está tu pago», dije extendiendo los billetes hacia él. «Agregué algo más para pagar lo de esta tarde», añadí haciendo un gesto hacia la cama. Cay palideció y borró la media sonrisa que llevaba en el rostro. Un halo siniestro se apoderó de las facciones masculinas.

Tomó el dinero y lo guardó en el bolsillo del pantalón. Recogió la mochila del piso y descubrió algo más. Caminó hacia la mesa y recogió los pantis color lila que él mismo lanzó un par de horas antes. Los acercó hasta la nariz e inhaló profundo. Sin despegar la mirada de la mía los guardó también diciendo:

«Considera esto como una propina», señaló sonriendo con malicia. Entonces lo vi marcharse dejando mi apartamento muy vacío.

Capítulo 5

Gaby

Apenas completé las dos primeras semanas en mi nuevo trabajo, pero ya parecían dos meses. Desde el primer día que me presenté a las oficinas de Recursos Humanos de la Fundación Medeiros Pardo, supe que algunas cosas serían fáciles y agradables, y otras no tanto.

Las instalaciones de la fundación eran ultramodernas. Un pequeño complejo hospitalario dedicado a diferentes especialidades de la Medicina Interna, un centro de imágenes y diagnósticos, y el Departamento de Investigación. Y en ese último es donde está mi pequeña oficina, donde deberé pasar la mayor parte de mi tiempo una vez complete el proceso de inducción.

La gerente de Recursos Humanos, la licenciada Sofía Cáceres, fue mi primer contacto con mi nuevo empleador. Una mujer de unos treinta y cinco años, con varias cirugías estéticas, de muy buena calidad había que admitir, que se adornaba con vistosa joyería. Altanera y pretenciosa. Puso en claro que todos los becarios residentes nos debíamos reportar directos a ella, y no a la dirección médica, y que ella sería quien atendería nuestras necesidades. Eso se traducía a que ella tenía poder sobre todos nosotros y no dudaría un segundo en usarlo.

También fue ella quien me explicó que formaría parte del selecto equipo de investigadores que trabajarían directos para el doctor Carlo Medeiros Pardo. El nieto del presidente de la fundación. Una eminencia de la medicina. Hizo un larguísimo recuento de los logros del doctor Medeiros incluyendo que era médico infectólogo con especialidad en Medicina Tropical que con solo treinta y siete años llevaba cerca de doce años de práctica médica en Estados Unidos, España y Portugal. Recipiente de la beca Fullbright para completar sus estudios de medicina y con varios reconocimientos de diferentes asociaciones médicas internacionales. Y que a nadie le quedara duda de que la señora Cáceres estaba más que segura de que el jefe era de su propiedad.

La grata sorpresa en aquella reunión fue revisar y firmar mi contrato de trabajo. Me contratarían por un veinticinco por ciento más de salario que la oferta inicial, aunque se incluían unas pocas responsabilidades adicionales, como por ejemplo unas horas a la semana de trabajo en la sala de Triage del hospital. Sería más trabajo, pero me gustaba la idea. La investigación era la parte más fría y solitaria de la medicina y los médicos involucrados en ella perdíamos contacto y sensibilidad hacia los pacientes. Las salas de emergencias no eran mi lugar favorito, pero diez horas a la semana estarían bien. Eso significaría que los martes y los jueves atendería un turno en Emergencias de seis de la tarde hasta las once de la noche.

Hicimos juntas el recorrido por el complejo y descubrí que el lugar contaba con amplios espacios de recreación para los médicos, biblioteca, salones para entrenamientos, clases de yoga y pilates, gimnasio, canchas de *squash*, pista para correr, salas de descanso, una moderna cafetería y dormitorios para los residentes. Hablemos de la esclavitud moderna. Todo lo necesario para que no quieras irte nunca de tu lugar de trabajo. Ya viví esa experiencia en mi último año de internado en Chicago. Sencillamente no veía la ciudad. El hospital y el

aceleradísimo ritmo de trabajo se adueñaron de mi vida y yo sucumbí contenta. Esperaba haber aprendido la lección.

En Londres, las demandas de excelencia eran superiores, pero tuve un mayor balance en mi vida... Conocí a Andrew Ward, un abogado de familia influyente con aspiraciones políticas, y me enamoré. La agenda de Andrew era muy apretada y viajaba con frecuencia, pasando temporadas en Birmingham y en Liverpool donde llevaba importantes casos. Aunque nunca conocí a sus familiares, yo lo presenté a mi hermana, a mi mamá y a mi padrastro cuando me visitaron, y recibí un bellissimo anillo de compromiso en nuestro segundo aniversario de novios.

Estuvimos en lo que yo consideraba una hermosa relación durante más de dos años... hasta que mi mundo de fantasías se derrumbó. Hoy, mirando hacia atrás, podía reconocer que tuve mucha suerte. Andrew solo me destrozó el corazón y me dejó con un cuadro de trastorno de ansiedad generalizada.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Al final del recorrido llegamos al cuarto piso del edificio principal. A la mitad del pasillo se situaba un pequeño salón de reuniones que Sofía informó que estaba asignado al Departamento de Investigaciones. Siempre que fuera convocada a una reunión administrativa debía dirigirme a este lugar. Y aquí me encontraba hoy, junto a unas diez o doce personas más. Ya era mi tercera semana de trabajo para la fundación. Fui conociendo a mis colegas poco a poco. Éramos ocho investigadores en total, tres mujeres y cinco hombres, médicos de diferentes especialidades. Luego de saludar, pasé revista a los detalles que ya conocía de ellos: Micaela Brenes, dominicana, en la residencia de Infectología. Con ella compartí la primera semana en la sala de emergencias y resultó ser una chica simpática. Casada y tenía un par de niños pequeños.

Desde la primera semana, Micaela y yo coordinamos nuestros horarios de almuerzo y disfrutamos algunos recesos juntas también. Decía que quería empezar una vida más activa ahora que tenía un trabajo fijo y un horario. Y se quejaba con amargura de haber quedado con sobrepeso luego de sus embarazos. Así que acepté su invitación y nos inscribimos en las clases de yoga para los residentes. Las tomaríamos a partir del siguiente mes, algunas mañanas a la semana, lo que yo alternaría con algo de *running* y rutina de pesas antes del inicio de nuestros turnos de trabajo.

Al otro extremo del salón se encontraba Leo Peña, colombiano, en la residencia de Neumología; él sería mi compañero en una parte de la investigación. También era el chico más buenmozo y simpático de todos, con un cuerpo fornido, un rostro aniñado y una hermosa sonrisa que iluminaba todo su entorno. Tenía un interesantísimo postulado de clasificación de enfermedades desatendidas y tropicales, y también sería asesorado por el doctor Medeiros Pardo.

Con Leo, ya había hecho un par de reuniones en la biblioteca y acordamos que utilizaríamos algunos recursos comunes para la investigación. Él me llevaba ventaja pues ya había conocido a nuestro asesor: el doctor Medeiros Pardo, quien le facilitó los protocolos para la investigación y mucha bibliografía de años recientes. Al igual que Sofía Cáceres, Leo también decía maravillas del doctor, pero era más objetivo. Según él, Medeiros Pardo tenía una doble especialidad en Infectología y Enfermedades Respiratorias del Adulto. Era un científico dedicado y además ocupaba largas horas a la atención de una población vulnerable en sus consultas. No cobraba a sus pacientes y solo recibía un salario de la fundación. Aunque siendo el nieto del

fundador, yo podría asegurar que ese salario sería una cifra de muchos dígitos.

Luego de esa conversación con Leo, me sorprendí curioseando en la Internet y descubrí poco o nada de información de mi asesor. Tenía algunas publicaciones originales en importantes revistas científicas, pero la mayor parte de las búsquedas iban directo a los trabajos de la fundación y como figuras relevantes aparecían el abuelo y el padre. El nieto parecía tenerles pavor a las cámaras fotográficas.

A esta reunión también vino Bill Harris, un norteamericano de la residencia de Oncología...de quien solo sabía que llevaba pocos meses en el país, pero aún no conversábamos mucho. Parecía bastante mayor que el resto del grupo. No me parecía simpático y más de una vez descubrí sus fríos ojos azules clavados en mi busto o en mi trasero.

La doctora Emilia Báez sabía que no era dominicana, pero no recordaba ni su procedencia ni su especialidad...y por último, los doctores Héctor, Martín y Virgilio... Aún no sabía nada de ellos tres, pues solo los vi en la reunión de inducción y volvía a verlos hoy. Nos acompañaban también las personas de Recursos Humanos, liderados por la señora Cáceres.

Conversaba animada con Micaela y cuando ya llevábamos casi media hora ahí la puerta del salón de reuniones se abrió y entraron varios hombres vestidos con batas blancas. La capacidad del pequeño salón estaba copada... Era necesario que nos redistribuyéramos y yo me ubiqué detrás de todos, cómodamente pegada a la pared. Sofía se movió hacia los recién llegados para saludarles. Cuando el más alto de todos se giró hacia el grupo, pude reconocer a Cay, el ebanista.

En mi lugar de trabajo.

Vistiendo de traje, una bata blanca y con un estetoscopio colgando del cuello.

¡Mierda!

¿La observación de que *«el consumo de cafeína tenía una estrecha relación con la sintomatología ansiosa y depresiva en adultos jóvenes»* no me dio ninguna pista? *«Solo el aumento de la secreción gástrica puede ser un problema para algunos individuos...»* ¿En realidad pensé que eso era una conversación de cualquier ciudadano? ¿Ni siquiera me llamó la atención que pudiera describir las características bioquímicas del café de civeta? ¡Demonios! Me atonté tanto que no me di cuenta de que Cay, el ebanista, era médico...

Logré sacarlo de mi cabeza en la primera semana de trabajo. Luego de no dormir dos noches recordando cada cosa que hicimos en mi apartamento, en mi cama... tuve una seria conversación conmigo misma y me dije que debía parar. Solo me acosté con otros tres hombres antes que Cay, pero quedó clarísimo que ninguno de ellos podía compararse. La experiencia fue tan grandiosa y me dejó tan satisfecha que, por ratos, me arrepentía de haberlo echado. Pero tenía que defender mi dignidad, mi amor propio y mi salud mental por encima de todo.

Sofía se dirigió al grupo anunciando que finalmente logró reunirnos a todos de forma que pudiéramos conocer a los profesores asesores que dirigirían nuestras investigaciones y los jefes de departamentos. Presentó al doctor Vicente Martínez Leco, el jefe del Departamento de Cardiología, un señor alto y apuesto, pero de apariencia poco saludable, de mediana edad, contextura delgada, piel mestiza y anteojos gruesos..., luego a Luis García, el jefe del Departamento de Reumatología, este tendría unos cincuenta años y era pequeño y atlético.

Presentó a otros dos a los que no puse atención y luego nos introdujo al doctor Carlo Medeiros Pardo..., mejor conocido como Cay *el Ebanista*... Comencé a sospechar que aparecería en la producción de algún programa televisivo de bromas pesadas. ¡Iba a morirme! ¡*Mátame, Señor!* ¡*Llévame ahora!*

El Dr. Cay se dirigió al grupo dándonos la bienvenida formal a la Fundación Medeiros Pardo diciendo sentirse orgulloso de todo el talento reunido en ese salón. Su voz suave hacía que se me erizara la piel. Sentí de repente todos los síntomas de una gripe estomacal: dolor de cabeza, náuseas, calambres, fiebre... Lo próximo serían los vómitos o la diarrea, así que sabía que tenía que huir de ahí.

El doctor Martínez Leco, con voz cansada, dio un breve discurso exponiendo que la investigación comienza con el cuestionamiento de lo establecido... y que la creatividad y la innovación son cualidades que ayudan al investigador a encontrar nuevas soluciones a problemas actuales... Yo no escuchaba mucho. Me dolía la panza. Seguía con cólicos, sudores y medio escondida detrás de dos compañeros. ¿Por qué el universo se burlaba de mí? ¿Qué hice yo?

El doctor mayor decía que tres de las investigaciones estarían bajo su responsabilidad y las otras cinco estarían bajo la responsabilidad del doctor Cayo, el director general... A continuación nos llamarían por nuestros nombres para que nos presentáramos y comentáramos con brevedad sobre el tema seleccionado. Virgilio fue el primero en comentar los pormenores de su tesis... Sentía que sudaba a borbotones y me temblaban las rodillas. Comencé a considerar mi otra opción de financiamiento para la investigación. De repente, vivir en Nueva Zelanda se tornaba en un buen plan.

Calculé la distancia a la puerta de salida... Tendría que quitar del medio a varias personas para escurrirme y alcanzarla. Quizá si me arrastraba en el piso... y me soltaba el cabello para cubrirme la cara...

Cuando estaba lista para intentarlo, escuché la voz de barítono de Cay diciendo:

«Doctor Fuentes». El tono sonaba suave, pero formal. Contemplé no contestar nunca, pero vi a Sofía buscándome entre el grupo con la mirada.

«¿Doctor M. Fuentes?», repitió Cay revisando el expediente que tenía entre manos...

«¡Doctora Fuentes!», grité sobresaltando a unos cuantos a mi alrededor y provocando que todos pusieran la atención en mí. ¡*Diablos!* «Doctora María Gabriela Fuentes». Aclaré la garganta y continué en un tono más suave y apropiado para una conversación en espacios cerrados. «Vengo de la especialidad en Gastroenterología de la Queen Mary University of London. El tópico de mi investigación estudia el fortalecimiento de la respuesta inmunitaria a través del tratamiento integral del eje intestino-pulmón».

Hubo algunos murmullos y comentarios a mi alrededor. Alguien comentó que le parecía muy joven..., otro afirmó que ya conocía acerca de mi investigación... Por segunda vez veía el hermoso rostro de Cay palidecer. Los ojos verdes me atravesaban y podía sentirlos como dagas en el rostro. ¿Sorprendido, bebé? ¡Pues ya somos dos!

Capítulo 6

Cayo

Hay coincidencias desastrosas y luego está esta. Cayo apoyaba la cabeza en el escritorio, mientras trataba de aclarar sus pensamientos encerrado en su oficina. Durante dos semanas había evitado, con éxito, otro encuentro con su vecina. Le dio el tiempo suficiente para que se tranquilizara, pero ya conocía el lugar donde estacionaba, el carro que conducía e intuía que salía a trabajar tempranísimo en las madrugadas. Quería esperar unos días más, pretendiendo olvidar el mal sabor que le dejó su despedida. Pero, más temprano que tarde, provocaría un encuentro casual entre ellos, y le haría saber que el obrero que pretendió humillar en realidad era el propietario del *penthouse* que ella y su abuela admiraron tanto. Pretendía ponerla en una posición incómoda. Y luego ponerla en muchas otras posiciones más.

Todo lo que hicieron ese domingo en la tarde tenían que repetirlo muchas veces. Estuvo sorprendido de cómo sus cuerpos encajaron a la perfección. Ellos dos eran un vivo ejemplo del modelo *lock and key* en la biología, donde una enzima encaja mágica y perfectamente en una única molécula de sustrato. Así fueron ellos.

No le daba pena reconocer que esa mujer se le metió por debajo de la piel. Desde el principio supo que era su vecina, pero no pretendía que tuvieran una relación ni mucho menos. Él ya no era un hombre de relaciones. Sin embargo, desde que cruzaron miradas fue notorio que la atracción sexual fue mutua. Cuando se percató del intenso coqueteo de Gaby, imaginó que podrían salir unas cuantas veces y luego divertirse un poco en la cama, si ella aceptaba algo casual, dejando a un lado los compromisos. Sí, ya lo habían acusado antes de estar emocionalmente indisponible, pero no reconocía tener ninguna incapacidad para mantener vínculos emocionales, sino que en realidad no le interesaban las relaciones. Las encontraba un riesgo demasiado grande que no deseaba enfrentar otra vez en la vida.

Pero llevaba quince días pensando en ella, sin parar. Si durante el día eso era una situación incómoda, por las noches era mucho peor. Hacía años que no sentía una conexión como esta. Nunca tuvo entre sus brazos a una mujer que pretendiera llevar las riendas en la cama y a la vez fuera tan atenta y generosa... y mejor aún, que pareciera tan sorprendida de recibir placer. Parecía celebrar y agradecer cada orgasmo. Las chispas entre ellos pronto se convirtieron en un pequeño incendio. Olvidarse de ella no era una opción. Sacársela del sistema era el único camino para recuperar la razón y eso tendría que ser en la cama. Una sola tarde no era suficiente. Él quería mucho más.

Ese era su brillante plan diseñado a la perfección... hasta que murió, un par de horas antes, pisoteado por la realidad. Nunca soñó que pudiera encontrársela en el trabajo ni que era una investigadora. Nunca imaginó que aquella mujer tan bella pudiera ser la persona que presentó el mejor postulado de investigación que recibieron en la Fundación Medeiros en los últimos cinco años. ¿Por qué supuso que esa propuesta era de un hombre? Sostuvo la cabeza entre las manos para acallar el recuerdo de la voz chillona y molesta de Tony, que le gritaba en tono acusatorio: *¡Porque eres un maldito sexista!*

Y esta vez él no tenía justificación. No podía creerlo. Recibían cientos de postulados cada dos años. Muchos de buen potencial y otros mediocres. Solo elegían lo mejor de lo mejor para darle el uso más efectivo a los fondos de financiamiento que invertían. Nunca pasaban de diez. Cuando leyó el marco teórico de esa investigación, dio la aprobación de inmediato. No era necesario ni discutirlo con el Comité de Selección.

Encendió la pantalla de su computadora para acceder a los archivos en la nube y revisar ese expediente de nuevo. «*Un poco tarde, Cay, un poco tarde*», pensó con cinismo. Abrió la propuesta y releó los primeros párrafos:

Investigación: Estudio del fortalecimiento de la respuesta inmunitaria a través del tratamiento integral del eje intestino-pulmón. Se propone el estudio de la microbiota pulmonar, rechazando los preconceptos de que el pulmón es un órgano estéril, sino que más bien está poblado por una comunidad microbiana de bacterias, hongos y virus que componen su sistema inmunitario y que pueden tratarse en conjunto en intervenciones terapéuticas al intestino.

Postulante: M. Fuentes. Nacionalidad dominicana. 27 años. Título de Medicina de la University of Illinois de Chicago, Illinois, Estados Unidos. Especialidad en Gastroenterología en la Queen Mary University of London, de Londres, Inglaterra. Propuesta con alcance de hasta dieciocho meses de investigación.

Estaba jodido desde el primer momento. No hubo manera de que pudiera ni siquiera sospechar lo que se le venía encima. Para colmo, él solicitó ser el investigador en jefe. Este año tomó una carga de trabajo adicional, ya que el doctor Vicente Martínez Leco seguía presentando los síntomas de un COVID prolongado. La pandemia terminó, pero las consecuencias no. Oyó que tocaban la puerta de su despacho y se levantó para ir a abrirla. No le extrañó ver del otro lado a Martínez Leco con cara de preocupación.

«¿Está todo bien, Cayo? ¡Escapaste de esa reunión despavorido como si hubieras visto fantasmas!», comentó el señor mayor. Cayo sintió remordimientos por preocupar a su amigo. Martínez Leco era un excelente investigador y además una gran persona. Demostró ser un amigo incondicional para Cayo desde su llegada al país y un gran apoyo y consejero en la dirección de la Fundación Medeiros.

Vicente insistió en reintegrarse a sus labores cuatro meses atrás, pero seguía desmejorado. Tan solo contaba con cincuenta y ocho años, y parecía estar en los setenta. El maldito virus se ensañó en su contra y lo dejó con múltiples problemas de salud. Enfermedad pulmonar, inflamación cardíaca y pequeños coágulos en los pulmones. Un cuadro terrible. Desde que comenzó el tratamiento con anticoagulantes, los coágulos desaparecieron, pero todavía tenía un flujo anormal de sangre y oxígeno hacia los pulmones que le dificultaba realizar sus tareas normales. Insistió en regresar a trabajar porque la inactividad lo mataría más rápido que las secuelas, pero todos en el hospital se aseguraban de que estuviera cómodo y supervisado todo el tiempo.

«Claro que no. Es solo que tengo muchísimo trabajo administrativo pendiente. Nómina, nuevos contratos, asignación de beneficios..., todo esto es un pequeño caos», relató sonriendo tratando de aliviar el ambiente mientras Vicente lo miraba fijo desde el cómodo asiento frente al escritorio.

«Encontraste un trabajo más importante que conversar con los postulantes sobre sus proyectos de investigación», afirmaba con sarcasmo mientras asentía con la cabeza. «Ahora ya sé que lo que pasó ahí dentro fue grave», concluyó categórico.

Cayo suspiró profundo y resintió que Martínez Leco ya lo conociera tan bien. En estos últimos cinco años, nada era más importante para él que las investigaciones de la fundación. Nada era más importante que orientar a los investigadores para que trabajaran sobre las premisas correctas desde el inicio. Hacerles saber que cada hora invertida en sus trabajos debía generar algún provecho para la comunidad científica.

Decidió dejar los rodeos con Vicente y a la vez poner en palabras el sobresalto que acababa de vivir. «Conocí a la doctora María Gabriela Fuentes hace unas semanas», confesó Cayo en tono cansado mientras volvía a sentarse detrás del escritorio. «No sabía que era médica, mucho menos que sería una becaria de la fundación». Aclaró rápido y vio a Martínez Leco levantar una ceja y ajustarse el nudo de la corbata con discreción.

«Y puedo entender que hablas de *conocer* en el sentido bíblico de la palabra». Dedujo el señor mayor sin ningún rastro de acusación en la voz. «¿Crees que ella sabía quién eras tú? ¿Sabía que serías su jefe?», preguntó como si estuviera tratando de encajar las fichas de un rompecabezas mental.

Cayo recordó los detalles de cómo se conocieron él y Gaby. Desde el primer momento, ella asumió que se ganaba la vida como ebanista y él no la sacó de su error. Pasaron un par de días a gusto el uno con el otro y el sexo fue simplemente maravilloso. Pero algo pasó en la cabeza de ella que desató un evidente estado de ansiedad y quiso cortar de raíz con él. Sin embargo, Cayo sospechaba que eso no tuvo nada que ver con su identidad. Quizá ella sintió que eran demasiadas sensaciones en poco tiempo o por algún motivo pensó que debía protegerse de él. Ella quiso asegurarse de que él nunca volviera a buscarla así que insultarlo y herirlo «pagando» por sus servicios en la cama fue la salida más clasista, mortífera y desesperada que encontró. Nadie en su sano juicio trataría de esa manera a quien supervisaría su trabajo por los próximos dos años.

«Puedo asegurarte de que no», afirmó Cayo pasándose las dos manos por la cabeza y revolviéndose más los mechones negros. «Pero no deja de ser un problema».

«Grave», acotó Martínez Leco definitivo. «Eres una persona reservada, a pesar de tener apellidos ultrafamosos. Para todos eres un viudo que sigue siendo fiel a la memoria de su esposa, a pesar del continuo esfuerzo de una legión de admiradoras. Si de un momento a otro se destapa una relación con una becaria de la fundación, diez años más joven que tú, sería un duro golpe a tu reputación de monje tibetano».

Cayo supo que Vicente intentaba ser gracioso y divertido. Y el esfuerzo era fatal. Cecilia había muerto más de siete años atrás y aunque en su vida seguía estando el vacío que ella y Luzia dejaron, él no se comportaba como ningún santo. Y en cuanto a esa «legión de admiradoras», en realidad se refería a Sofía Cáceres, quien renovaba esfuerzos, por temporadas, para conquistarlo. Desde llenarle la oficina de flores, hasta pretender intervenir en las decisiones que tomaba la decoradora de su nuevo apartamento. Estuvo tentado a despedirla en más de una ocasión, pero en realidad era una excelente empleada, proactiva y con altísimas cualificaciones. No quería prescindir de ella, así que se aguantaba las frecuentes impertinencias.

«¿Quieres que me haga cargo de la investigación de la doctora Fuentes?», preguntó el doctor Martínez Leco ofreciéndole a Cayo la salida más lógica y ética a este dilema. Eso era lo correcto. Cortar por lo sano y poner la mayor distancia entre Gaby y él. Era lo que convenía a todos. Si Vicente era su asesor, Cayo solo tendría contacto con ella en las evaluaciones de avances cuatrimestrales, reuniones mensuales del *staff* y algún que otro evento. Eso los libraría de chismes, especulaciones y malinterpretaciones. Quizá se verían en los pasillos del hospital, pero podrían limitarse a un saludo cortés... y con sus horarios de trabajo tan complicados, difícilmente coincidirían en el condominio. Sí, esa era la solución más conveniente y adecuada.

«No. Yo me haré cargo», reveló Cayo sin dejar espacio a ninguna discusión. Una media sonrisa se dibujó en el rostro del doctor Martínez Leco mientras salía del despacho del director. A pesar de los achaques y del dolor permanente en las articulaciones, parecía estar sintiendo una genuina alegría por su joven amigo.

Capítulo 7

Gaby

«¡¡No entiendo nada de lo que dices, María Gabriela!! ¿¡Por qué corres!? ¿Hacia dónde vas?», gritaba Daniela en tono desesperado mientras le hacía señas para que se callara. Llevaba los audífonos puestos y nadie más podía oírla, pero, aun así, me aterraba que alguien descubriera de qué se trataba nuestra conversación. Mi hermana debía estar segura de que estaba más loca que nunca, si le hacía una videollamada para después pedirle que se callara. Ella me acompañó en todos y cada uno de mis ataques de ansiedad del año pasado, pero también sabía que con la terapia y la mudanza progresé lo necesario para afirmar que recuperé mi salud mental. Crucé el estacionamiento corriendo hasta llegar a mi vehículo y me senté frente al volante, agitada y sudorosa. Coloqué el celular en el soporte para el carro. Mi hermana parecía haber estado en algún café cuando la llamé, se disculpó con sus acompañantes y ahora salió a la calle para conversar.

«¡Dani! ¡Cay *el Ebanista*! ¡Cay *el Ebanista* está aquí en el hospital!», grité cuando tenía de frente a mi hermana en la pantalla del móvil, sin poder contener las lágrimas y los sollozos.

«*What the fuck?* ¿Es un acosador? ¿Le dijiste dónde trabajas? ¿Te persiguió hasta el hospital?». Daniela sonaba cada vez más alterada. «Tenemos que pedir ayuda ahora mismo, Gaby. Voy a llamar a Jack o mejor a Paul..., él te enviará seguridad privada en cuestión de minutos», vociferaba mi hermana alterada y hablando apresurada como siempre. Al parecer, alguien la siguió afuera del café y ella daba alguna excusa rápida en italiano.

La sugerencia de Dani de alertar a nuestro padrastro o a nuestro hermanastro me hizo entender que ella no comprendió nada aún... o quizá yo no le expliqué mucho... «¡No me cierres! ¡Espera! Espera. No hay que llamar a nadie», alcancé a decir haciendo una inspiración profunda para calmarme. La cara de mi hermana volvió a la pantalla y pude verle la confusión y el miedo en los ojos, por lo que me adelanté a aclararle: «Cay *el Ebanista* es el doctor Carlo Medeiros Pardo, el director general de la Fundación Medeiros Pardo, ¡mi jefe!», solté sin poder contener el llanto.

El *shock* hizo que el rostro de mi hermana se deformara con lentitud hasta parecer una horrible caricatura. Y luego..., como era de esperarse..., estalló en unas risas incontrolables.

«¿Te tiraste a tu jefe? ¿El mejor polvo de tu vida...es *tu jefe*? ¡No me lo puedo creer! ¡La verdad es, Mary Gaby, que las Fuentes Sena, cuando vamos a cagarla, lo hacemos a lo grande!». La risa estruendosa de mi hermanita era la pesadilla de la abuela Mayra, siempre se reía descontroladamente y tenía la risa más irritante y contagiosa del planeta. En pocos segundos, yo también reía sin control.

Cuando logramos calmarnos y nos secábamos las lágrimas, Dani preguntó: «¿Y qué vas a hacer ahora? Él no puede echarte, ¿o sí? ¡Ya firmaste un contrato!», aseguraba Daniela tratando de inyectarme su optimismo. Parecía haberse sentado en algún banco en una acera y yo podía ver a los transeúntes cruzar detrás de ella.

«¡Claro que puede echarme!», contesté apenada. «Apenas tengo dos semanas trabajando aquí. La fundación puede cancelar mi investigación, sin darme ninguna explicación y con eso se cancelaría de manera automática mi contrato laboral».

«¡No es justo!», clamaba Daniela.

«Dani, los Medeiros Pardo son como la realeza de la investigación médica. Nadie cuestiona ni sus estudios ni el uso de sus fondos, que muchas veces son propios. Su reputación y sus métodos son infalibles. Que ellos aceptaran mi postulación fue como un sueño hecho realidad y encima el ambiente de trabajo parecía mucho más sano que en mi práctica en Londres». Escuchaba cómo mis palabras parecían una despedida de mi puesto actual..., sabía que tendría poco tiempo para iniciar los trámites para mudarme a Nueva Zelanda. La estadía con mi familia, en mi país, fue demasiado corta.

«¡No tienes que darte por vencida! Aún puedes explicarle todo lo que pasó. Él fue el culpable de toda la situación por despertar esos demonios que te persiguen», enfatizaba Daniela.

«¡Por Dios, Dani! ¡Qué dramática eres!», dije molesta.

«Dice quien ofendió, insultó y echó de su casa, sin explicaciones, a un buen tipo que además resultó ser un excelente amante», afirmó una Daniela muy irritada.

«¡Eres insoportable!», grité colgando la llamada. Esa era mi forma madura y adulta de decirle a mi hermana que sabía que tenía la razón, pero no podía afrontar esa realidad en este momento. Me miré al espejo y comprobé que estaba vuelta un desastre. Traté de reparar las manchas de maquillaje debajo de los ojos y de aplacar mis cabellos que no parecían dispuestos a cooperar. Los recogí en un moño en el tope de la cabeza y logré adecentar un poco mi imagen.

Recogí el móvil y me desmonté del carro, haciendo afirmaciones de que soy una mujer valiosa, una doctora humana y cualificada y una investigadora tenaz, disciplinada y capaz. Volví a cruzar el estacionamiento con paso firme para regresar al edificio principal. Hice cinco respiraciones en la técnica 4-7-8 para calmar la ansiedad antes de volver a entrar. Darle la cara a Cay en estos momentos, no era una opción. Regresaría a mi cubículo y me encerraría ahí hasta que llegara mi carta de despido. Escribiría una carta hoy mismo a los patrocinadores en Auckland para verificar si los fondos seguían disponibles y...

Al abrir la puerta de mi pequeña oficina, encontré a un hombre sentado en la silla frente al escritorio. Los músculos de la espalda se me tensaron, las rodillas se aflojaron y todo el cuerpo se puso en alerta. Sentía la sangre latirme en los oídos. Mis pobres glándulas suprarrenales trabajaban a toda máquina bombeando litros y litros de adrenalina y cortisol a mi sistema. Él parecía entretenido con el último ejemplar de la *Revista de Medicina e Investigación*. La oficina que antes me pareció amplia y espaciosa, ahora se sentía estrecha y sofocante. Cerré la puerta y pegué la espalda contra ella para mantener la mayor distancia posible.

«Doctor Medeiros...». Sentí el quiebre de mi voz y tuve que detenerme. *Soy valiosa, humana, capaz...*

«Doctora Fuentes, esta es una interesante publicación científica, no la conocía, me gustaría que me comparta los datos para poder suscribirnos», dijo relajado mientras se ponía de pie.

«Por supuesto, yo...». No sabía qué contestar, apenas podía conectar la lengua al cerebro.

«¿Le parece si fijamos nuestras reuniones de asesoría y seguimiento para los miércoles en la mañana? ¿a primera hora? Vi en su horario que estará haciendo turno en la sala de emergencia los martes y los jueves, así que los miércoles podría marcharse más temprano a su casa». Los ojos verdes la miraban fijo al rostro con apreciación y respeto. Todo era profesionalidad en la actitud de Cay. Se comportaba como un perfecto extraño y esperaba mi respuesta.

«Sí. Por supuesto. El miércoles estaré...», comencé a decir con tono suave.

«¡De acuerdo! Nos vemos en mi oficina a primera hora», interrumpió él caminando directo hacia mí. Paró abruptamente a un par de pasos y me barrió con la mirada todo el cuerpo. Los ojos verdes me recorrieron de pies a cabeza, deteniéndose con brevedad sobre la boca... y lentamente la careta profesional fue desapareciendo hasta esfumarse. Solo quedó un rayo de evidente lujuria en la mirada. Sentí cómo se me endurecían los pezones y supe que serían visibles a través del uniforme médico y que no pasarían desapercibidos para él. Me clavó la mirada en el rostro y dio un pequeño paso hacia atrás. «Está bloqueando la salida, doctora».

Di un brinco que me recordó mis años de bailarina. Un magnífico *pas de chat* que habría dejado orgulloso al profesor Carlos Veitía. Y apenas lo vi salir. Me quedé sola y confundida en la oficina. *What the...?* ¿Íbamos a comportarnos como extraños? ¿No pasó nada entonces? Bien. De acuerdo. Quizá esta era la única manera sana de sobrevivir a los próximos dos años.

El miércoles llegué al estacionamiento del hospital un poco antes de las seis de la mañana. El exitazo de Shakira y Karol G me acompañaba a alto volumen en la cabina del todoterreno. Vestía ropas deportivas pues ya había corrido seis kilómetros hoy. Los becarios no teníamos parqueos asignados, pero hasta ahora, yo siempre encontré el mismo espacio disponible y se convirtió en mi favorito. Entré apresurada a las duchas del gimnasio y veinte minutos más tarde estaba lista para subir a la oficina. Mi horario de trabajo no iniciaba hasta las ocho de la mañana, pero yo quería estar bien preparada para el día. Hoy sería mi primera reunión con el doctor Medeiros Pardo..., el hermano gemelo de Cay. Una nueva hipótesis alocada de Daniela, que no sé cómo yo tenía el tiempo para escuchar.

En su fantasía, Carlo y Cay eran hermanos gemelos monocigóticos, genéticamente iguales, que fueron separados al nacer. Y eso explicaba la actitud fría, profesional e indiferente de uno, mientras que el otro fue ardiente y apasionado. Su teoría tenía más de un fallo, pero lo más incomprensible era que yo siguiera prestándole atención a la boba de mi hermana después de donde me llevó su absurda hipótesis de que si un hombre que no responde de inmediato a los coqueteos de una mujer atractiva obviamente es homosexual.

Mientras cruzaba el estacionamiento hacia el hospital, escuché una potente motocicleta entrando al parqueo. A pesar de la inseguridad de mi ciudad, no me asusté porque este era un lote de acceso restringido. A pesar de que aún no amanecía, podía asegurar que esa moto era una maxi trail de propulsor bicilíndrico. El sonido suave del motor anunciaba unos mil o quizás mil doscientos cc y más de cien caballos de fuerza, con silenciador. Tremenda máquina. La oscuridad no me permitió apreciar con claridad la carrocería, pero tal vez más tarde podría verla.

Entré al recinto por las puertas de la sala de emergencias del hospital. Hacía menos de

ocho horas que concluí mi turno aquí mismo. Compartí el turno con mi compañero Héctor Del Monte y conformamos un equipo muy efectivo. Él estudiaba la producción de serotonina en el intestino para evaluar su impacto en el cerebro, en el trastorno depresivo mayor y en otros trastornos emocionales. Recibimos tres casos de dengue y uno de ellos requirió de internamiento, también una gastroenteritis aguda, una crisis asmática severa y un caso de influenza tipo A en una embarazada de veinte semanas. Hoy debía hacer el asentamiento de cada uno de esos casos en la data de mi investigación. Más tarde en la mañana visitaría al paciente ingresado y verificaría cómo reaccionaba a la dieta de prebióticos y probióticos que le indiqué. También quería asegurarme de que ningún médico o enfermera la modificara.

En la comunidad médica encontré la principal resistencia a mis propuestas de tratamiento. La idea de que un intestino enfermo es la raíz de todas las enfermedades no calaba con facilidad en la escuela de medicina tradicional y encima iba en contra de muchos intereses de la industria farmacéutica. Ningún médico podía sentirse libre de afirmar que los fármacos no resuelven la raíz de una enfermedad, pero la alimentación sí. Las farmacéuticas no aumentarán sus ganancias admitiendo que una alimentación saludable puede curar a las personas.

Saludé al personal de turno en Emergencias y crucé el área dirigiéndome por el largo pasillo al edificio principal de la fundación. Teníamos unos veinte o treinta consultorios médicos, salas de toma de imágenes, quirófanos y las oficinas administrativas del hospital. En esta área siempre había alto tránsito de personas desde muy temprano. Los pacientes se registraban para las consultas y los estudios a través de la aplicación de la fundación; y las consultas médicas y la toma de imágenes iniciaban a la seis de la mañana. En el segundo piso contábamos con un total de veinte habitaciones semiprivadas y en el tercer piso cinco privadas. Era un complejo pequeño y especializado.

Las oficinas de los becarios quedaban en el cuarto nivel del edificio principal. Detuve en seco los pasos al darme cuenta de que no sabía dónde se ubicaba la oficina del director general. Le escribiría un correo electrónico preguntándole... o mejor aún, le preguntaría a Leo Peña, quien ya se había reunido en una ocasión con el doctor.

Gaby: *¡Hola, Leo! Si ves este mensaje antes de las 8:00 a.m., por favor, indícame dónde está la oficina del doctor Medeiros Pardo.*

Tan pronto envié el mensaje, vi los tres puntitos burbujando y anunciando una respuesta.

Leo: *¡Buenos días, mamita! ¿Cómo me le amanece? Esa oficina está en el quinto piso del edificio principal, justo al lado de la biblioteca.*

Gaby: *¡Muchas gracias, Leíto! Que tengas muy buen día.*

Leyendo los mensajes podía escuchar en mi cabeza la agradable y cantarina entonación de las palabras con el acento colombiano. Iba a guardar el móvil en el bolso cuando vi los tres puntitos saltando otra vez.

Leo: *¿Qué tal si almorzamos juntos usted y yo hoy?*

Gaby: *¡Es un plan! Estaré a la 1:00 p.m. en la cafetería.*

Leo: *Ahí la veo. Se me cuida pues.*

Al retomar el camino hacia los ascensores del edificio principal encontré al doctor

Martínez Leco. La semana pasada compartí el turno de Emergencias con él, aunque solo se quedó por unas tres horas. Amé la paciencia, dedicación y la jovialidad con que atiende a los pacientes y sus maneras amables para los médicos. Me di cuenta de que es mucho más joven de lo que aparenta, ya que apenas ronda los sesenta años.

Intercambiamos saludos y me sorprendió con la pregunta de qué hacía de regreso en el hospital tan temprano si tuve un turno en Emergencias la noche anterior. Me conmovió que, aunque yo no fuese de su equipo de investigadores, estuviera al tanto de mi horario y mostrara ese interés. Esto no era algo común en el personal médico de su jerarquía. Mientras entrábamos juntos al ascensor le respondí:

«Trabajo en la formulación de las preguntas de mi investigación. No es que creyera que iba a ser un trabajo sencillo, pero me ha tomado mucho más tiempo del que planifiqué», le confesé. Desde que lo conocí noté que su presencia me inspiraba confianza y tranquilidad. Sus gestos y la manera de comportarse me recordaban a mi abuelo materno. El abuelo José Pedro. Ambos tenían esa vibra de hombres sabios.

«¡Ah! ¡Las preguntas! Veo que avanzas rápido en tu proceso. La investigación va de preguntas no va de respuestas. Este es un momento crucial en tu carrera y requiere de humildad, creatividad e inteligencia. Solo con buenas preguntas se logran buenos resultados y solo un investigador excepcional puede formular preguntas excepcionales», afirmó mirándome a los ojos. Asentí tratando de grabar sus palabras en mi memoria. Su declaración parecía describir lo obvio, pero me dejó con la incógnita de si existía conocimiento adicional que no podía percibir en sus palabras en este momento. Antes de marcharse me sugirió irme entrenando en la redacción científica con la publicación de artículos en blogs o revistas digitales de actualidad. Indicó que sería un buen comienzo. El doctor mayor se despidió y salió del ascensor en el tercer piso, yo continué mi camino hasta llegar a mi oficina.

Todo el edificio estaba equipado con sensores inteligentes de iluminación, por lo que las luces se iban encendiendo según avanzaba en mi trayecto. Me senté frente al escritorio para releer las preguntas y una hora después me sentí confiada de que saldría bien evaluada en esta primera reunión. Aún tenía una hora más antes de la cita con mi asesor, así que podía leer otro artículo científico o navegar por las redes sociales, pero en eso recibí un mensaje de mi mamá:

Mami: ¡Hola, mi cielo! ¡Buenos días! ¿Cómo amaneces hoy?

Gaby: ¡Mamiiii! ¿Qué haces despierta tan temprano?

Mi mamá no era madrugadora y las 7:00 a.m. definitivamente era la madrugada para ella.

Mami: Estamos en el aeropuerto. Salimos de viaje hoy. Te lo había dicho, ¿verdad?

Gaby: Hmmm. No estoy segura, pero no importa. ¿Gael va con ustedes?

Mi medio hermano, Gael, cumpliría quince años el próximo mes. Era un chico maravilloso, con buen sentido del humor, fanático del soccer y un virtuoso del violín.

Mami: No. Se quedará con Avery, Paul y los chicos. Nosotros volveremos en diez días. Jack tiene chequeos médicos y luego aprovecharemos para pasar algunos días en la montaña.

Mi padrastro rondaba los setenta años y era un paciente cardíaco de alto riesgo. Era un inversionista norteamericano que desarrollaba construcciones turísticas en el país. Estaba

parcialmente retirado, pero nunca vivió como un hombre enfermo y no teníamos motivos para esperar que ahora lo hiciera. Nadaba todos los días y, dos veces por semana, jugaba al soccer con mi hermanito. Recuerdo que la primera vez que escuché sobre sus condiciones clínicas yo era apenas una niña. Me sentí tan fascinada por su cuadro clínico que sé que fue entonces cuando comencé a interesarme en la medicina. Por el otro lado, mi mamá iniciaba sus cincuentas y tenía la energía de una mujer de treinta años, a pesar de que no llevaba una vida tan organizada como él. Era una reconocidísima empresaria y consultora de negocios que trabajaba sesenta horas a la semana y amaba el arroz, las harinas y el azúcar. La receta perfecta para una enfermedad inflamatoria no transmisible como la diabetes o la hipertensión, con el factor agravante de la perimenopausia.

Gaby: *Me envías los resultados desde que los tengan.*

Mami: *¡Por supuesto! Nunca fallamos en eso.*

Gaby: *Lo sé. Los quiero. Se me cuidan mucho, ¿ok?*

Acompañé la despedida de algunos emojis divertidos de besitos, aviones y corazoncitos para mi mamá. ¡Era hora de subir al despacho del director! Faltaban diez minutos para las ocho y no quería llegar retrasada. Recogí la *laptop* y un cuaderno de apuntes. Por el momento era todo lo que necesitaba. Corrí por las escaleras y en pocos segundos llegué al quinto piso.

¡Wao! Aquí no escatimaron en recursos. El *lobby* era lujosísimo e impresionante. Parecía un mundo aislado al resto del edificio y, por supuesto, del hospital. Me acerqué a la recepcionista para anunciarle que tenía una cita con el doctor Medeiros.

La señora, de cara delgada y gafas para leer, asintió educadamente y consultó la pantalla del computador, confirmó mi nombre y marcó una extensión. Apenas susurrando al teléfono informó: «*Doctor Medeiros, buenos días, su cita de las 8:00 a.m. está aquí*».

La recepcionista me mostró el camino hacia un acogedor salón de reuniones con una decoración exquisita. Encendió la pantalla de proyección y me indicó cómo conectarme a la red inalámbrica. En pocos minutos me preparé para iniciar y fue justo cuando el doctor Medeiros entró al salón.

«¡Buenos días, doctora Fuentes! ¿Ya bebió café?», preguntó alegre y despreocupado mientras cruzaba la habitación y ponía la máquina cafetera a funcionar. Vestía de traje otra vez, pero en esta ocasión descartó la bata blanca.

«¡Sí, gracias! Ya tomé en casa...», balbuceé como una tonta.

«Por supuesto. Usted tiene esa cafetera estupenda en casa», afirmó el doctor.

¡Bingo! Toma ahí, Daniela. Te fuiste al trasto con tu estúpida teoría de los gemelos idénticos. Sin embargo, en realidad fui yo la que quedé sin palabras y desconcertada. Y en ese estado inicié la presentación de mis preguntas de investigación, haciendo una breve (y a veces no tan breve) explicación de cada una. Un rato después reparé en que el silencio del doctor era incómodo. En principio parecía atento y expectante a cada nueva pregunta que le mostraba, pero ahora podía asegurar que perdió el interés y con frecuencia miraba el reloj que llevaba puesto en la muñeca. Era evidente que era un Rolex. Si hubiera vestido ese reloj cuando nos conocimos, nunca habría pensado que vivía de la ebanistería.

Casi dos horas más tarde concluí con la presentación y justificación de las preguntas de investigación. Recordé las palabras del doctor Martínez Leco. Sabía que el éxito de mi investigación dependía en gran medida de la correcta formulación científica, ya que incidiría en el objetivo, precisión y veracidad del análisis, pero el doctor Medeiros parecía... ¿contrariado? ¿decepcionado?

«Doctora Fuentes, usted tiene un excelente tema de investigación, pero estas preguntas no la llevarán a ningún lado. Usted no ha encontrado el enfoque y por tanto ha perdido su tiempo y me ha puesto a perder el mío», afirmó con brusquedad y sin darme la píldora. No podía creer lo que escuchaba.

«¿Pero ¿cómo dice eso? ¿por qué?!», pregunté nerviosa y alterada. Hacía seis meses que escribí el marco teórico de mi investigación y desde entonces formulaba estas preguntas. ¿Esta era su estrategia para despedirme? ¿Menospreciaría todo el trabajo que he hecho hasta ahora y luego cancelaría mi contrato? No le bastaba con quitarme el empleo, sino que intentaría humillarme.

«¿Ha escuchado sobre el filtro FINER?», preguntó ignorando mi reacción y poniéndose de pie para caminar hasta la cafetera. Esta vez seleccionó dos tazas.

«¿El qué?», pregunté aturdida. Si quería confundirme con términos extraños, lo logró.

«FINER: Factible, Interesante, Novedoso, Ético y Relevante», recitó mientras iba mostrándome los largos dedos de la mano derecha. Puso una taza de café frente a mí, pero no volvió a sentarse, sino que comenzó a pasearse por el salón. «Usted está presentando más de veinte preguntas de investigación y eso no es sostenible, pero, encima de eso, esas preguntas no son científicas. Muchas de sus preguntas no son “factibles” porque se escapan del alcance que usted puede lograr en esta investigación, no son “interesantes”, porque no van a despertar el interés de ninguna otra especialidad médica ni de la comunidad en general; y ninguna es “novedosa”». Se detuvo para dar otro sorbo a su café y sentí que el nudo en mi garganta iba a convertirse en lágrimas en cualquier momento, así que también tomé un sorbo. «Esta reunión terminó», dijo terminante mirando otra vez el reloj, descartando la taza y dirigiéndose hacia la puerta, pero antes de salir agregó: «La semana próxima estaré fuera del país, así que volveremos a vernos en dos semanas. Y quiero mejores resultados... Puede escribirme o llamarme cuando me necesite». Y con eso salió apresurado del salón de conferencias.

Sentí escalofríos cuando me quedé sola. Detuve con la yema de los dedos medios las lágrimas que amenazaban con derramarse. Recogí mis pertenencias para regresar a mi oficina. Trabajé durante largas semanas en esta presentación y resultó ser desastrosa, volví a cero otra vez.

Me quedaba la satisfacción de que el doctor Medeiros Pardo no me despidió y de que Cay, *el Ebanista*, recordó perfectamente cómo me gusta el café.

Capítulo 8

Cayo

Sentía cansancio extremo, y apenas eran las cuatro de la tarde. Tendría que regresar al gimnasio. Como rutina llegaba antes de las seis de la mañana a la fundación y aprovechaba para utilizar el gimnasio, que, a esa hora, estaba vacío. Hacía sesiones de pesas y circuitos durante noventa minutos, y con eso podía tener la energía necesaria para un largo día de trabajo. En días con tanto estrés como el de hoy, acostumbraba a volver a entrenar al final de la tarde para disipar la mente y lograr un sueño tranquilo y reparador por la noche.

Pidió a Dalia que reprogramara todas las consultas de hoy. La fecha, por sí sola, lo envolvía en la tristeza de los recuerdos. Era el octavo aniversario de la muerte de su esposa y su hija. Su hermana, sus abuelos maternos y sus suegros trataron de ponerse en contacto con él en el día de hoy. No respondió a ninguna de las llamadas ni a los mensajes. ¿Para qué sumar más pena al dolor tan profundo que sentía hoy? Mañana los atendería.

Como médico debía ver la pérdida como una parte natural de la vida; sin embargo, enfrentó largos períodos de tristeza y depresión. La conexión tan perfecta que tuvieron él y Cecilia en su matrimonio añadía otra dimensión al proceso de duelo de Cayo. Perdió a su mejor amiga, a su compañera de travesuras, a su confidente, a su apoyo..., un tesoro al que extrañaba con locura. Ocho años debieron ser suficientes para reflexionar, lograr ver la relación con nuevos ojos y acostumbrarse a la pérdida. Pero apenas en la mañana, mientras se duchaba y escuchaba *Everybody Hurts* de R.E.M., una de las canciones favoritas de Ceci, no pudo contener las lágrimas amargas.

Ahora, sentado frente al escritorio, hizo extensiones de brazos y espalda para liberarse un poco de la tensión. Se sentía drenado. Sentía cansancio físico y mental. No era solo la fecha. El cansancio acumulado era provocado por estar en medio de una lucha de poder entre su abuelo y su padre, y los equipos de trabajo de cada uno de ellos. La relación idílica de la familia Medeiros Pardo era una pantalla de relaciones públicas. La realidad era muy distinta.

El abuelo, el doctor Carlo Augusto Medeiros Pardo inició la fundación, más de cincuenta años atrás, con el fin de captar fondos para investigaciones científicas. Esos fondos provenían con frecuencia de gobiernos interesados en programas de desarrollo, pero la objetividad de la fundación se puso en tela de juicio, quince años atrás cuando la prensa denunció que determinadas empresas farmacéuticas estarían manipulando los resultados de los estudios con el interés de obtener beneficios económicos a corto plazo. Dicho escándalo afectó a la fundación y provocó que importantes patrocinadores se inhibieran. La mesa directiva forzó al abuelo a dar un paso atrás y a permitir que su hijo, el doctor Joao Medeiros Pardo, asumiera la presidencia. Seguido a eso, como un golpe de suerte, investigadores de la fundación identificaron de manera precisa el asentamiento militar que provocó la crisis del cólera en Haití, propusieron un plan de acción para cercar la zona en ese país caribeño, aislar a la población enferma y así contener la diseminación de la enfermedad.

Con eso, la imagen de la fundación se restableció y más aún se fortaleció. El apellido

Medeiros Pardo fue reconocido hasta en lugares nunca soñados. Y ahí nació el enfrentamiento entre padre e hijo, y entre el círculo de poder alrededor de cada uno de ellos. Y esa puja interna era desastrosa. Para la familia, que no encontraba paz, y para los altos ejecutivos, quienes en su día a día, pisaban constantemente sobre un campo minado. Y, para bien y para mal, Cayo resultaba ser familia y alto ejecutivo a la vez.

Su hermana Antonella tampoco se libraba de la guerra interna. Ocupaba la dirección de Relaciones Públicas y se encargaba de la negociación y captación de fondos para la fundación. Los intentos de su padre y de su abuelo de manipularla eran continuos e intensos, al punto de que Cayo podía asegurar que eso le costó el matrimonio a su melliza.

Cayo aceptó la posición de director general en la República Dominicana a sabiendas de que entraría en un fuego cruzado, pero en ese momento se encontraba adormecido por el dolor, nada le importaba y vio el traslado como una oportunidad de escapar al sufrimiento. Pero la fiebre no estaba en la sábana. En cualquier punto del planeta, los primeros años de viudez serían difíciles y oscuros.

Sin embargo, el tiempo se ocupó de empezar a sanarlo. La muerte le robó a su familia, pero encontró razones para vivir en el trabajo que realizaba. El servicio a esta comunidad, brindado desde la fundación en los últimos cinco años, lo llenaban de orgullo. El hospital atendía una importante población vulnerable y de escasos recursos, tanto en la sala de emergencias como en consulta, aunque los internamientos se mantenían muy limitados. Estudiaban las enfermedades tropicales y trabajaban sobre la teoría de que esas enfermedades llevaban tratamientos más efectivos en casa. Orientaban continuamente a los pacientes para la prevención e investigaban para producir nuevo conocimiento y tratamientos efectivos. Las consultas privadas, los estudios y los diagnósticos sí tenían un costo y permitían que el hospital se autogestionara: por lo que de ninguna manera significaban una carga económica para la mesa de dirección de la fundación, sino que, al contrario, generaban ganancias.

Pero en estas semanas tendrían cierre de periodo, y cada cierre de periodo era una nueva guerra administrativa contra Portugal. Debían presentar los estados financieros, los presupuestos y las justificaciones para la reserva de los fondos obtenidos en la operación local. Solo así podían mantener la autogestión en la República Dominicana. Y no había tregua. Era una guerra tanto contra el equipo de trabajo de Carlo Augusto como contra el de Joao. Todos querían una tajada de este pastel. Su equipo de finanzas en Santo Domingo lidiaba con gran parte de la preparación y el papeleo, pero, por desgracia, Cayo tenía que hacerse cargo de las negociaciones económicas.

Hasta ahora no cedió nunca. Dado que la inversión inicial fue un proyecto conjunto entre el Gobierno dominicano y la fundación, el hospital generaba muy buenos ingresos. Tuvieron ganancias desde el primer año. Encima, a través de uno o dos eventos locales al año, Antonella y su equipo lograban importantes donaciones del sector privado y una pequeña subvención del Gobierno. Los contratos de los médicos también fueron bien diseñados, tanto para los investigadores como para los consultantes. Tenían salarios por encima del promedio para sus puestos, a cambio de horas de servicio en el hospital. Era ganancia para todos, y más para aquellos que no tenían acceso a atenciones médicas de calidad. Cayo sería feliz si lograra que Antonella creara un equipo fijo para la República Dominicana y lo librara de todo eso. Él se concentraría en trabajar con los investigadores. En especial con una investigadora.

Pasaron diez semanas desde que comenzó a asesorar a Gaby y solo eso le generaba tanto estrés que la tensión arterial podría matarlo. Cumplió fielmente su promesa de mantenerse al cien por ciento en el terreno profesional, dando igualdad de condiciones a todo el equipo de investigación. Se convenció de que, hasta ahora, no había ninguna diferencia ni en el trato ni en las exigencias.

Pero en la primera reunión con Gaby, fue abrasivo con ella. Estuvo seguro de que la perdería, de que renunciaría al puesto. Y se convenció de que sería lo mejor para los dos. Era su trabajo hacerle ver los errores tan básicos que cometió. No podía dejarlos pasar ni andarse con paños tibios. No lo haría con ningún investigador. Pero no podía negar que, al final, tuvo que huir del salón de reuniones para no quedarse a abrazarla y consolarla. Se quedó con las ganas de decirle que todos hemos sido principiantes y hemos cometido esos mismos errores. Que nada podría opacar ese cerebro tan brillante de ella.

Después de esa reunión, en los días que estuvo de visita en Centroamérica, se quedó esperando algún mensaje de ella. Se descubrió revisando con frecuencia el móvil y desilusionándose cada vez que se daba cuenta de que no lo había contactado. Era una estupidez pensar que la extrañaba. Lo cierto era que apenas la conocía. Sabía poco de ella. Era una empleada de la fundación, tenía un récord académico excelente, su mamá y su padrastro eran empresarios, su abuelo era un reconocido funcionario corrupto en gobiernos anteriores, era excelente cocinera... y era hermosa, divertida, jovial, ardiente..., estupenda, una diosa en la cama. Solo eso.

A su regreso al país, ella se presentó a la siguiente reunión con cinco preguntas sólidas y magistrales. Muy bien elaboradas, con la estructura adecuada y que respondían a la perfección a todos los elementos del filtro FINER. En dos semanas hizo lo que le podía tomar meses y meses a investigadores experimentados. La doctora Fuentes era genial. En esa ocasión él no pudo parar de mirarla. Sintió orgullo al escucharla describir de forma breve y concisa la justificación de cada pregunta. Al revisar el avance logrado en esas semanas, Cayo le confesó que él mismo no habría conseguido tanto en tan poco tiempo, pero ella lo miraba desconfiada, estuvo rígida en toda la reunión, las manos le temblaban y llevaba aquel horroroso moño en el tope de la cabeza.

Sin admitir que se fijaba demasiado, pudo darse cuenta de que, cuando estaba nerviosa, usaba ese horrendo peinado como una armadura. Lo llevaba a sus reuniones de los miércoles..., también las veces que se presentó a su oficina para negociar alguna decisión con él... y lo llevó a su reunión con Recursos Humanos para su primera evaluación del desempeño. Una reunión innecesaria que pudo sustituirse por un correo electrónico de felicitación.

En esa interminable reunión con Sofía Cáceres, descubrió por qué odiaba tanto ese peinado en Gaby. Por más que luchó, no pudo detener los pensamientos que se descarrilaban hacia los recuerdos de aquella tarde de domingo. Cómo jugó con los suaves mechones castaños, cómo el cabello largo ondulaba mientras ella se movía encima de él... cómo se esparcía en la almohada mientras él la penetraba una y otra vez...

El sonido del teléfono lo sobresaltó. La pantalla anunciaba una llamada desde el Departamento de Investigación. Aclaró la garganta y se acomodó los pantalones, tratando de disimular el incómodo bulto que se formó entre ellos.

«¡Buenas tardes!», contestó en tono seco.

«Buenas tardes, doctor Medeiros. Le habla la doctora Báez. Estamos reunidos en la oficina del doctor Martínez Leco para la videoconferencia de presentación de resultados con las oficinas de Lisboa. El doctor pregunta si usted participará». Escuchó la invitación de la doctora Báez y supo que no quería participar.

Era lunes y hoy no tenía ninguna necesidad de ver a Gaby. Su humor tampoco ayudaba. Y la cercanía de ella con el doctor Leo Peña en las últimas semanas empeoraba todo. Coordinaron sus turnos de trabajo y horarios de almuerzo, y parecían ser siameses...

«¿Doctor?». La insistencia de la doctora Báez lo obligó a contestar.

«Sí. Voy para allá en diez minutos», respondió a pesar de su buen juicio.

«De acuerdo», aceptó la doctora colgando la llamada antes de que él pudiera arrepentirse. La oficina de Martínez Leco era enorme porque prefería que sus investigadores trabajaran en equipo con él. Tenían una amplia mesa de trabajo en el centro y algunos espacios más privados para sus pertenencias. Las pantallas de la pared estaban encendidas, aunque no iniciaba aún la videoconferencia internacional. Descubrió que entre los invitados contaban con Yocasta Sosa y Julia Mañán, dos investigadoras senior del departamento, y Pilar Velázquez, la asistente de investigaciones. Saludó a todos y se ubicó a una distancia cómoda de la pantalla de proyección, en una silla junto a Martínez Leco.

Su amigo lo saludó con unas palmadas en la espalda.

«No te vi hoy. ¿Dónde almorzaste?», preguntó Vicente forzando un poco la voz para escucharse por encima del barullo de la reunión.

«No había salido de mi oficina en todo el día. Almorcé en mi escritorio», se lamentó Cayo.

«Sabes que eso no está bien», lo sermoneó Vicente circunspecto.

«Hay unos reportes pendientes de enviar a la mesa directiva. Necesito presentarlos en lenguaje neutral para todos los bandos», dijo acercándosele a la oreja para que aquel comentario no llegara a oídos de nadie más.

«No es justo que tengas que lidiar con todo el trabajo que hay aquí y encima con eso», contestó apenado, a lo que Cayo solo pudo contestar con un gesto de resignación. Cuando aceptó la oferta de su abuelo, aceptó también ser parte de ese detestable juego de poder.

Al regresar la atención a la mesa, barrió con la mirada a los asistentes. Hasta el momento, no reparó en que ahí se encontraban Gaby y el doctor Leo Peña, sentados juntos, conversando muy animados y entre risas..., ¡para variar! En las últimas semanas, parecían haberse cosido las solapas el uno al otro. Más de una vez, en las reuniones grupales del *staff*, estuvo tentado a encarnar al típico profesor de la escuela primaria que exige «¡Ey! ¡Ustedes dos! Se separan ahora mismo». Pero él no era un profesor de básica y estos dos estaban lejos de ser niños, aunque ahora se comportaran como adolescentes.

Martínez Leco le ofreció un café y Cayo estuvo tentado a solicitarle que mejor le ofreciera un *whiskey* para ahogar en alcohol su espantoso día, pero hoy conducía la moto, así que la idea era horrible. Se conformó con la quinta taza de café del día y eso tendría que ser suficiente.

En pantalla apareció la doctora Marie Hubert, la jefa de investigaciones en Lisboa, ofreciendo una disculpa anunciando un retraso de quince minutos por problemas de conexión. En Lisboa eran más de las ocho de la noche y no parecía que su día de trabajo estuviese por terminar. En esta oficina también tenían de frente jornadas de trabajo superiores a las doce horas, por lo que el grupo de jóvenes doctores retomó sus conversaciones en alto volumen y en un ambiente de receso de su jornada regular. Todos vestían sus uniformes médicos y calzado cómodo, y encima una bata blanca con el logo de la fundación. No se suponía que fuera una indumentaria atractiva, mucho menos *sexy*... ¿Cómo la doctora Fuentes lograba verse tanto o más sensual que con una minifalda *jeans* o un vestido veraniego? Aquella vestimenta solo era superada por los *shorts* deportivos... y por los *pantis* lila que él guardó en su cajón.

Leo Peña parecía devorarle el rostro con los ojos. La miraba fijo mientras ella contaba los detalles de alguna historia interesante. La melena suelta reflejaba la luz con algunos destellos rubios que él no notó antes.

«No me gustaría estar en tu posición, hijo, pareces estar cocinándote en tu propia tinta», declaró Vicente en tono de voz discreto y a la vez burlón. Estaban retirados del grupo, excepto por Bill Harris, que se quedó alejado y entretenido en su móvil. «¿Crees que tengan una relación?», preguntó poniendo el dedo en la llaga.

«No creo que ese sea mi problema», murmuró Cayo taciturno, dando un sorbo al café y mirando al grupo mientras la doctora Brenes extendía el brazo para hacerse una *selfie* con el resto de sus compañeros de trabajo.

«Es buena. Coincidimos unas cuantas veces en Emergencias y vi que conecta muy bien con los pacientes. Tiene buen trato, es rápida con los diagnósticos y acertada con los tratamientos. Me comentó apenada que no cumplió con tus expectativas en la formulación de sus preguntas». Cayo miró interesado al doctor esperando su opinión mientras degustaba el café. «Realmente fueron deficientes», asintió para continuar en voz baja. «Hablamos del FINER y solo necesitó un ejemplo para que esa cabecita comenzara a crear estupendas preguntas. Es trabajadora e inteligente. Yo la invitaría a salir si fuera tú..., y si tuviera tu edad... y si me interesaran las mujeres», susurró Martínez Leco pensativo y Cayo se atragantó con el café. Sacudió la cabeza riendo por el humor de su amigo. Vicente era discreto con su vida privada y, para todos, era un científico solterón que solo se interesaba por la medicina. Pero Cayo pertenecía al círculo de sus amigos cercanos y conocía a Lester, un sicólogo clínico, de unos sesenta años, quien era el vecino y compañero de vida de Vicente.

Lester estuvo casado durante algunos años y ahora tenía un par de hijos que ya eran adultos. Ellos no sabían o preferían ignorar la relación de su padre y Vicente; y era por eso por lo que llevaban más de veinte años mostrando al mundo una fachada de buenos amigos. Pero Cayo vio a Lester llorar como un niño, tres años atrás, cuando ingresaron a Martínez Leco a la Unidad de Cuidados Intensivos, contagiado del COVID, y sin haber recibido ninguna dosis de la vacuna. Y también vio la vida volverle al rostro, más de veinte días después, cuando por fin el doctor recibió el alta médica y pudo regresar a casa.

«¿O será que sigues pensando en la morena antipática que solo hablaba de dinero?», preguntó fingiendo estar asustado y Cayo no pudo contener otra carcajada. Vicente no soportaba a esa mujer. Cayo la conoció meses atrás y salieron por algunas pocas semanas, hasta que se

aburrieron el uno del otro y no se llamaron más. «Sabes que no», contestó apresurado. El rostro de Marie Hubert volvió a aparecer en pantalla poniendo fin al ambiente festivo en la oficina. Iniciaron la videoconferencia presentando los resultados de una investigación cardiológica de complicaciones inmediatas en pacientes mayores de sesenta y cinco años post cateterismo cardíaco en seis centros especializados europeos.

Virgilio Mena era el especialista en Medicina Interna y Cardiología del equipo e intervino con preguntas interesantes sobre la fase experimental de la investigación y las conclusiones. El resto del equipo podría aprender de la calidad del proceso mismo, la construcción de hipótesis, la toma de muestras y la comparación de resultados, aunque el tema no fuera de interés para sus especialidades.

Al terminar la videoconferencia eran más de las siete de la noche. Apagaron las pantallas y pasaron a una sesión de discusión de los datos y las conclusiones presentadas. Virgilio hizo una comparación entre su tema de investigación y el tema estudiado en Lisboa. Los demás médicos pudieron hacer unos pocos aportes. Casi al cierre de la reunión la doctora Fuentes todavía no había comentado nada, por lo que Cayo la sobresaltó cuando la cuestionó directamente sobre cuáles eran sus conclusiones.

Gaby jugó nerviosa con el lapicero que tenía en las manos y Cayo podía apostar a que contempló contestarle que no tenía conclusiones. Pero volvió a abrir su libreta para compartir las anotaciones que hizo. Aclaró la garganta y leyó:

«Las pruebas de las hipótesis parecen haberse ejecutado en ambientes descontrolados, con un grupo de estudio de condiciones socioeconómicas y culturales muy diversas, donde el factor de coincidencia es solo la edad. El sistema de salud y el acceso a atenciones médicas es desigual, evidenciándose con resultados de mayores complicaciones en España y Portugal y menores en Inglaterra, Francia y Países Bajos. Y aunque no se citó en esta investigación, esos datos ingleses ya fueron publicados por el *British Medical Journal*, un interesante blog donde publican residentes médicos de todo Reino Unido, a principios de este año». Cerró sus notas y miró a Cayo a los ojos. «Enfocándome en las desviaciones, veo errado que los investigadores presenten conclusiones globales y entiendo necesaria una segmentación por país». Concluyó desafiante como si lo retara a él. Se sintió la tensión en la mesa de reuniones. Cayo no se dejó provocar y pasó la oportunidad de debatir a Virgilio, quien parecía no salir de su asombro por la audacia de Gaby de cuestionar una investigación de la Fundación Medeiros Pardo y encima de eso hacer una velada acusación de plagio.

«No sería la primera vez que pasa. Desde el cólera en Haití es algo que se repite en la fundación a los ojos de todos», intervino Bill Harris con acidez. Se hizo un silencio sepulcral y la temperatura bajó varios grados en la habitación. Los médicos miraban a Cayo expectantes. Antes de que pudiera decir nada, Martínez Leco intervino:

«No es algo que podamos demostrar, Bill, y tampoco es lo que estamos discutiendo ahora», concluyó el doctor cerrando ese tema y a la espera de que la discusión de los jóvenes médicos continuara.

Cayo esperaba ver muchas otras buenas discusiones como esta, pero era hora de dar la sesión por terminada. Agradeció su tiempo al equipo y los invitó a terminar la jornada laboral. Gaby y Virgilio no parecían querer tirar la toalla, pero él se despidió, palmeó la espalda de su

amigo agradeciendo el respaldo y salió de la oficina y del edificio hasta llegar al estacionamiento para encontrar su moto.

El arrullo del motor en el encendido era suficiente para tranquilizarlo, aunque a la vez lo llenaba de recuerdos. Compró su primera Ducati Enduro pocas semanas después de enviudar. Vendió la casa en Coímbra y se marchó a viajar desde Sintra en Portugal hasta Marsella en Francia. Paró en Évora e hizo ahí unos contactos para trabajar como voluntario por unos meses en un hospital en Sevilla, y luego hizo lo mismo en Granada, en Málaga y en Murcia.

Continuó hasta llegar a Perpiñán y luego a Marsella, se enroló en su segunda especialidad médica y fue cuando la terminó cuando su abuelo lo contactó y le pidió que regresara a Portugal. Se ausentó por tres años y, aunque nunca se disipó el dolor, por lo menos pudo volver a respirar.

Cuando aceptó la propuesta de su abuelo y ya estuvo en Santo Domingo, supo que también quería una moto. El tránsito en la ciudad era caótico y peligroso, pero él pasaba la mayor parte del tiempo en la fundación, así que no le supondría una gran diferencia. Hizo algunos recorridos largos e interesantes en el país y sabía que podría conocer mucho más.

Llegó sin darse cuenta a su parte favorita de la ciudad. Condujo por instinto hasta el puente Juan Pablo Duarte, que cruza sobre el río Ozama y une a los dos principales municipios de la capital. La población empobrecida que residía en casuchas a las orillas del río Ozama representaba toda la carencia y las necesidades de esta ciudad. Era a esa población a la que servían las investigaciones de la Fundación Medeiros Pardo. Para esta gente sin acceso a la medicina de calidad era para quienes ellos trabajaban. Eso lo inspiraba y lo retenía al frente de la fundación.

Si eran ciertas las acusaciones de que la Fundación Medeiros Pardo robaba investigaciones de médicos independientes o centros de investigación más pequeños, Cayo no podía confirmarlo. En el año 2010, cuando aún era un estudiante en Estados Unidos, oyó las acusaciones que hicieron dos médicos latinoamericanos ante la Organización Panamericana de la Salud, de que el trabajo de campo para detectar el foco de infección en el río Artibonito era de ellos y lo presentaron extraoficialmente al equipo de trabajo de la fundación. Sus nombres fueron borrados de la investigación. Enfrentó tanto a su papá como a su abuelo y ambos proclamaron ser inocentes y negaron rotundamente las acusaciones.

En poco tiempo las denuncias fueron apagadas por el equipo de Relaciones Públicas, que en aquel momento dirigía su papá, y todo quedó en el olvido cuando la respuesta a la denuncia fue que era necesario enfocarse en las soluciones a la catástrofe y no en otros detalles sin importancia. Mientras tanto, la reputación de la fundación se restablecía y los fondos para las investigaciones comenzaban a fluir de forma abundante y desde todos los lados. El tema debió quedar en el olvido, pero algunas conciencias, como la suya, no quedaron del todo tranquilas.

Cayo arrancó la moto otra vez y se dirigió hacia su casa. Citando las palabras de su hermana, él dormía en horario de señora mayor. Raras veces se acostaba pasadas las diez de la noche, y antes de las cinco de la madrugada ya estaba en pie. Al abrir la puerta del apartamento se encontró, como cada vez desde hacía dos meses, con el paquete que trajo como obsequio desde Guatemala y aún no tuvo el valor de entregar.

Agarró la bonita bolsa de regalo, entró al ascensor de nuevo y oprimió el número siete.

Recorrió el pasillo, dejó la bolsa colgando en la cerradura del apartamento de Gaby y regresó al suyo. Al cerrar la puerta tras él, comenzó a sentir una extraña sensación de alivio y esperanza que no comprendió, pero que le dibujó una media sonrisa en el rostro.

Capítulo 9

Gaby

La sala de emergencias seguía tranquila en la noche de hoy. El doctor Martínez Leco pasó a saludar y me salvó de una conversación incómoda y fastidiosa con Bill Harris. ¡Qué tipo tan molesto y desagradable! Ya tuve que solicitarle, en dos ocasiones, que no me tocara el cabello sin mi autorización. Vi a más de una enfermera huir incómoda de su lado. Era un egocéntrico y altanero que creía que podía manosear a toda fémina que se le cruzara en su camino. Pareció no tomarme en serio, pero si volvía a tocarme, por la salud de mi mamá que lo golpearía.

«¡Entrada de paciente!» oí gritar al paramédico mientras abría la puerta de la sala de Emergencias acompañado por el ruido de la camilla que empujaba. «Desmayo a la salida de un concierto. Palidez, aturdimiento, sudoración y náuseas al recuperar el sentido», completó en tono automático la descripción de los síntomas.

La enfermera Rondón ya auscultaba a la paciente cuando llegué al área de atención. Le solicité canalizar una vía de inmediato y tomar una muestra de sangre. La paciente parecía rondar mi edad y se quejaba de dolor en la cabeza. Lucía severamente pálida a pesar del cargado maquillaje que llevaba en el rostro. Se golpeó contra el suelo al caer. Hice el examen físico con cuidado mientras le hacía preguntas para descartar posibles causas de su desmayo. ¿Qué hacía justo antes de desmayarse? ¿Qué sintió antes de desmayarse? ¿Qué pasó antes? La joven cayó desplomada luego de una gala, sin razón aparente. Los signos vitales volvían a la normalidad, pero la tensión arterial seguía baja. Le informé de que le practicaríamos un electrocardiograma para descartar alguna condición cardíaca y luego la dejaríamos descansar hasta que regresaran los resultados del laboratorio.

La paciente llegó sola en la ambulancia y cuando ya descansaba se presentó un acompañante. El joven, también vestido de gala, parecía más molesto que preocupado. Al parecer, la situación alteró sus planes. Apenas miró a la paciente en la camilla y se acercó a la enfermera para saber cuánto tiempo tendrían que quedarse ahí.

Me acerqué a la paciente otra vez, quien cerraba los ojos, para asegurarme de que evolucionaba bien. Me sorprendí cuando me agarró de la mano y me miró suplicante. Cerré la cortina para aislarnos y me acerqué a ella para preguntarle:

«¿Estás bien?», susurré.

«Si es un embarazo, por favor, no lo comente delante de él», murmuró con los ojos llenos de lágrimas y sentí un fuerte nudo en la garganta. Asentí, apreté la pequeña mano de la jovencita y salí del cubículo.

«¡Enfermera!», gritó el hombre dirigiéndose a mí. «Tenemos que irnos. ¡Tenemos una cena muy importante con mi jefe! ¡Estamos tardísimo! ¿Cuánto tiempo más ella tiene que quedarse acostada ahí?». Miré de pies a cabeza al individuo y estuve tentada a ordenar un ingreso para la paciente, pero eso no sería ético. Respiré profundo y extendí la mano para presentarme.

«Soy la doctora Fuentes. ¿Cuál es su relación con la paciente? ¿La acompañaba usted cuando se desmayó?», pregunté con calma.

«Es mi novia», contestó exasperado. «Y sí, estaba justo al lado de ella», explicó sin una pizca de empatía.

«Y aun así se golpeó la cabeza contra el piso al caer...», comenté tratando de suavizar la acusación en mi voz.

«Yo conversaba con un cliente clave. ¡Y ella lo sabe! Y viene a hacerme semejante espectáculo frente a todos los clientes de la compañía. ¡Por Dios!», vociferaba el tipo indignado y con los brazos en alto.

El doctor Martínez Leco apareció a mi lado y me tocó el hombro justo cuando iba a contestar la impertinencia del hombre. Asintiendo con suavidad me indicó que estaban listas las analíticas de la paciente. Volví a mirar al hombre y decidí que no valía la pena seguir perdiendo el tiempo con él, así que le di la espalda y me dirigí a la sala de Enfermería y abrí el informe clínico. Sentí alivio cuando vi la prueba de embarazo con resultado negativo. No conocía la historia de esta pareja, mas no me parecía justo que ese tipo siguiera reproduciéndose. El conteo de la hemoglobina era ligeramente bajo, pero el resto de los indicadores aparecían en rango.

Al regresar al cubículo de la paciente noté que Martínez Leco y el acompañante salieron de Emergencias. Regresé junto a la paciente sonriendo.

«¡Hola! ¿Cómo te sientes ahora?», pregunté bastante aliviada de ver mejor color en sus mejillas. Le medí una vez más la tensión arterial y mostró los valores normales. Revisé el goteo de la solución y calculé unos veinte minutos más para poder darle el alta.

«Ya estoy mucho mejor. Creo que puedo irme. No quisiera que Eric se enfurezca aún más. ¿Ya sabe por qué fue el desmayo?», quiso saber con voz temblorosa y algo asustada.

«No hay embarazo», afirmé viendo el alivio y la sonrisa dibujársele en el rostro. «Tienes un traumatismo en la cabeza producto de la caída, pero no es una lesión grave. Es posible que el dolor baje al cuello y hasta la espalda, para lo que te voy a recetar un analgésico por cinco días. El desmayo fue porque tienes lo que se llama síndrome vasovagal. ¿Has oído hablar de eso?», pregunté, y la vi asentir con la cabeza.

«La hermana menor de mi mamá tiene el mismo diagnóstico», recordó pensativa.

«Voy a referirte a Cardiología y también voy a pedirte algunas pruebas más para confirmar el diagnóstico. No es algo que requiera tratamiento, sino más bien cuidado de tu parte. Evitar situaciones de mucho estrés, en la medida de lo posible. Hacer ejercicio regular y asegurarte de consumir una dosis prudente de sal a diario. ¿Deseas que te refiera a Obstetricia o te gustaría que te indique unas pastillas anticonceptivas... o quizá unas inyecciones?», pregunté y la vi suspirar resignada.

«Todos sus compañeros de trabajo y sus amigos tienen familia e hijos. Según su jefe, eso los hace hombres confiables. Ninguna de las esposas tiene una carrera. Yo soy economista. Todas se quedan en casa a cuidar a los niños y...» dijo, en tono de lamento.

«Ser ama de casa y cuidadora es un oficio admirable, como cualquier otro, pero, como todos, solo lo vas a disfrutar si es una elección y no una imposición. Estás a tiempo. Eres joven.

No dejes que nadie elija por ti. ¿Bien?». La resignación en el rostro de la joven me generó compasión, pero no era mucho más lo que podía hacer por ella. Me despedí, devolví el récord de la paciente a la estación de enfermería para que tramitaran su salida y al dirigirme de vuelta al saloncito de médicos, vi al novio, tranquilo y cabizbajo, en el área de espera; y al doctor Martínez Leco conversando animado con la jefa de enfermeras. Por alguna razón, aquel hombre que antes se comportó con arrogancia extrema, ahora me recordó la triste imagen del cachorro asustado al que golpearon varias veces con un periódico para que dejara de molestar. Miré sospechosa al doctor y me pregunté qué pudo haberle dicho a ese joven para lograr ese cambio...

Antes de que llegara hasta el saloncito de doctores, llegó otro paciente, y otro más, y otro... completando diez antes de las once de la noche, que fue cuando pude entregar el turno a Leo Peña para poder marcharme a casa. Leo se convirtió en un buen amigo en los meses que llevábamos trabajando juntos. Le di un fuerte abrazo al verlo.

«¿Llegó a tiempo el avión?», le pregunté.

«¡Huy, mamita! Usted no va a creer que aterrizó unos veinte minutos antes de la hora programada. La encontré justo cuando venía saliendo de migración», dijo sonriente. Nadia, su novia de toda la vida, vino desde Bogotá para pasar un par de semanas con él y Leo estaba feliz. Parecía genuinamente enamorado y quería aprovechar este encuentro para pedirle que se casara con él.

«¿Y ya tienes todo listo?», pregunté en medio de un bostezo.

«No. Todavía lo estoy masticando. Y usted tendrá que hacerme el dos, mamita». Lo miré confusa con clara expresión de que no entendía nada de lo que decía y él continuó: «que voy a necesitar su ayuda con los planes, mamita, pero después. ¡Váyase a dormir ahora mismo! Se ve que está megacansada y mañana tiene reunión a primera hora con el *Führer*. Y usted sabe que ese *man* no le perdona ni una». Yo no necesitaba recordatorios de eso. Temía la llegada de los miércoles y la ola de frío que venía con cada una de las reuniones con mi asesor. Leo no sabía nada de la historia de Cay *el Ebanista*, ni lo iba a saber, y aun así le apenaba la pequeña crisis de nervios con la que salía de cada una de esas reuniones.

Me aturdía el cansancio y solo podía pensar en irme a dormir, pero justo al llegar frente a mi puerta recordé el regalo que encontré ahí la noche anterior. Dos libras de café tostado guatemalteco. Una delicia en aroma, sabor y dulzura que probé esa misma mañana.

Mientras me duchaba y cepillaba los dientes, volvió a mí esa dulce sospecha que no me atrevía ni siquiera a poner en palabras. Nadie de mi familia me avisó que me visitaría el día anterior, ni que me traería un obsequio, no conocía a mis otros vecinos... y varias semanas atrás los doctores vimos los videos de una conferencia magistral del doctor Medeiros Pardo desde un importante centro de investigaciones en Guatemala City... Cualquiera sumaría dos más dos y el resultado sería evidente..., pero yo prefería no sumar nada.

Después de conocer al doctor Medeiros Pardo, de cuando en cuando me mortificaba recordando que Cay *el Ebanista* no era un empleado de la construcción, sino un hombre con escaso tiempo libre que utilizaba esos momenticos para acondicionar, a su gusto, su propio hogar. Y yo invadí con descaro su privacidad, tuve la osadía de «contratarlo» como jornalero y encima ¡la abuela Mayra lo insultó de todas las maneras posibles!

Me metí entre las sábanas recordando que las preguntas que me perseguían eran: ¿por qué él no me sacó de mi error? ¿Le pareció divertido que lo confundiéramos con un obrero? ¿Le gustaba pasar desapercibido? Quizá le pesaban en los hombros sus sonoros y renombrados apellidos... Quizá quería escapar de la justicia o de algún crimen que cometió en el pasado... «¡Dios!», exclamé molesta en voz alta apagando la luz de la mesita de noche. ¡Me armé una película policíaca en la cabeza! ¿Me volví loca o me trasplantaron el cerebro poniéndome el de mi hermana menor?

Varias semanas después, podían notarse importantes cambios en mi rutina desde aquella mañana en la que me atreví a cuestionar cara a cara al doctor Medeiros sobre su relación con el obsequio en mi puerta. En principio quiso pretender que no sabía de qué le hablaba y luego de pensárselo un poco admitió que, al conocer y probar aquel café, se acordó de mí y me lo trajo como un regalo..., pero, aunque no se arrepentía, lo guardó por varias semanas, antes de decidirse a entregármelo, puesto que quería evitar malas interpretaciones.

Después de una buena conversación, acordamos dejar atrás lo que pasó entre nosotros. Si poníamos los límites adecuados, teníamos la oportunidad de hacer una buena investigación juntos, como colegas, y no debíamos dejar que nada se interpusiera en nuestro camino. Valía más la pena una sana y duradera relación laboral que un breve *affaire*. Y mal que bien, logramos una conexión y la tensión extrema entre nosotros desapareció... Casi podríamos decir que iniciamos una amistad... Casi.

Todavía recibía unas reprimendas más fuertes que el resto de los investigadores ante cualquier error. Todavía era muy estricto y riguroso con el cumplimiento de los pasos del método científico y descartaba, sin miramientos, cualquiera de mis postulados que no estuvieran sustentados en firme evidencia... y todavía nuestros ojos se encontraban con frecuencia, sin importar la multitud que nos rodeara. Y si nuestras manos se rozaban, saltábamos como si hubiésemos recibido una descarga eléctrica de altísima potencia. Y las pocas veces que nuestros cuerpos se rozaron accidentalmente..., antes que tarde, uno de los dos se veía en la necesidad de disculparse y abandonar la habitación, acalorado. Era bochornoso admitir que solo escuchar su voz me excitaba.

¡Pero íbamos bien! Manteniendo la distancia física prudente el uno del otro, sobreviviríamos a esta investigación sin mayores contratiempos. Comencé a asistirle en otras investigaciones e incluimos en nuestra rutina almorzar juntos los miércoles, al terminar nuestras sesiones de trabajo... y quizá algún otro día según lo permitieran nuestras agendas. Algunas veces se nos unía Micaela, o el doctor Martínez Leco, o el doctor García u otro miembro de nuestro equipo. El único al que Cay no parecía recibir con agrado en esos convites era a Leo Peña. Mi pobre amigo Leito. Nadia rechazó la propuesta de matrimonio que él le hizo y se marchó de regreso a Colombia antes de la fecha prevista. Lo dejó con el corazón en pedazos y yo no encontraba manera de consolarlo. Era injusto que cosas como esa le pasaran a gente tan buena.

Al enterarme de la propuesta fallida, me ofrecí a llevarlo a la playa, irnos a la montaña o sacarlo de fiesta hasta el amanecer, pero Leo no aceptó ninguna de esas ofertas y me pidió tiempo para estar solo y para estar triste. Y me vi reflejada en su tristeza. Yo misma necesité ese

espacio de tiempo que nos permite llorar y lamernos las heridas. Es vital para regresar fortalecidos a una nueva normalidad.

Aun así, me ocupé de acompañarlo algunas noches en su turno en Emergencias, y cuando no podía quedarme, por lo menos me ocupaba de llevarle algo de cenar o su helado favorito... Y una de esas noches en que estuve en el hospital, fuera de mi horario, fue cuando descubrí quién conducía aquella moto alucinante.

La perseguí al verla entrar al estacionamiento del hospital y me detuve a su lado con el propósito de identificar a quien la montaba. ¡Y, por supuesto y como era de esperarse, resultó que Cayo Medeiros era el piloto! Le pedí detalles del modelo, el cilindraje y de la velocidad máxima, y, como todo macho sexista, se sorprendió de mis amplios conocimientos de motociclismo de velocidad. Así que no pude contenerme y solté el nombre de quien fuera mi novio mientras viví en París, en un año de intercambio. Ese chico, para aquel entonces, era un desconocido y aún no había sido el ganador del campeonato mundial de motociclismo de velocidad, pero años después ya era famosísimo.

Tuvimos otras larguísimas conversaciones. Ya fuera en persona y acompañados por un café o por WhatsApp a altas horas de la noche. Le comenté algunos detalles importantes de mi vida. Le conté desde la complejidad de mi enorme familia que incluía abuelos, mamá, papá, padrastro, madrastra, hermana, hermanastro y medios hermanos... Mis años de estudios en la Universidad de Chicago y mi experiencia como médica en los Estados Unidos, hasta mi efímero compromiso con un abogado londinense, cuyo final impactó mi vida para bien y me ayudó a tomar un mejor rumbo en mi carrera, llegando a la fundación.

Cay, por su lado, no me compartía mucho de su vida privada aún. En un par de ocasiones me habló tímidamente de sus años en Nueva York y de los puntos de coincidencias en nuestros estudios. Me habló de sus padres, quienes residen en Lisboa, de sus abuelos maternos, quienes viven desde hace cincuenta años en Sevilla, y de su hermana Tony, quien viaja entre Europa y América con mucha frecuencia, lo llama y le escribe constantemente y además parecería ser la figura más importante en su vida. Su hermana era la única mujer de la que hablaba en detalle. Cay lucía ser un soltero empedernido... o quizá más bien uno muy discreto.

Y también hubo otros regalos sorpresa en mi puerta. Más café, en esa ocasión traído desde Costa Rica; chocolate amargo de una marca local que él me sugirió que probara en el café..., y resultó ser delicioso... y lo más reciente fue una minibatidora de café; producto de una conversación en el almuerzo de la semana pasada, en que se nos unieron Martínez Leco y un sicólogo muy simpático, de nombre Lester, amigo del doctor mayor.

Pasamos un rato divertido entre bromas y risas y, al terminar el almuerzo, Lester sugirió que saliéramos a cenar, los cuatro, en la próxima semana. Comentó de una chef ultrafamosa y de su nuevo restaurante de temporada que abrió en la ciudad y que era muy recomendado. Me encantó la idea. Fui directa a la aplicación de reservas de mi móvil e hice una para cuatro personas en la próxima fecha disponible. Dentro de tres semanas. El lugar estaba en tendencia.

Lester aprovechó el momento y formó un grupo en WhatsApp con los cuatro, con la excusa de que no olvidáramos la reserva y de hacer otras salidas más adelante. Me entusiasmó esta salida, ya que fuera de tomar café con Micaela algún sábado, cenar con mis padres una o dos veces por semana o alguna tarde de *brownies* y videojuegos en casa de mi hermanastro Paul y su

esposa Avery; mi vida social fue nula en los últimos meses. Pero Cay parecía contrariado, por lo que quise liberarlo del compromiso, insinuando que quizá él estaría muy ocupado y que modificaría la reserva solo para nosotros tres.

«No es un viaje a China, doctora Fuentes, y no soy adicto al trabajo», interrumpió Cay indignado. «Claro que tengo el tiempo para salir a cenar... Envíenme la ubicación y la información de la reserva y ahí estaré», dijo desafiante, sin que yo pudiera comprender cuál era el desafío que enfrentaba. Mientras tanto, Lester parecía entusiasmado y Martínez Leco era la viva imagen del gato, altamente satisfecho, que acababa de cazar al ratón.

Capítulo 10

Gaby

Extrañamente, encontré el salón de reuniones del quinto piso vacío cuando llegué. La clase de yoga terminó antes de tiempo, pero no importaba qué tan temprano llegara, Cay, más bien el doctor Medeiros, siempre me esperaba aquí los miércoles en las mañanas, ya fuera leyendo en su *tablet* algún artículo médico o conversando en portugués por el móvil...con Tony, usualmente. Eran apenas las siete quince de la mañana por lo que podría sentarme tranquila a esperarlo.

Cuando la puerta del salón se abrió, como de costumbre, sentí el bombeo de dopamina y la reacción de todo mi cuerpo ponerse en alerta... y luego una fuerte desilusión al ver que quien llegaba era la señora Dalia, la amable asistente del doctor, y entraba con cara de preocupación. «Doctora Fuentes. No la vi pasar y creí que aún no llegaba. Me informaron de que el doctor Medeiros tuvo un pequeño accidente más temprano en la mañana y está en la sala de emergencias. El doctor Martínez Leco pregunta si usted podría ir hasta allá», informó apenada.

«¡Claro!», exclamé saltando de la silla para ponerme de pie. «Qué tipo de accidente?», pregunté tratando de ser profesional, pero sintiendo que el corazón podría salirse por la boca. Ponderaba si llevarme mis pertenencias o dejarlas en este salón para recogerlas luego.

«Puede dejar todo ahí», aseguró Dalia comprendiendo mi dilema.

«Sí», acordé corriendo veloz hacia la puerta impulsada por la adrenalina.

«¡Doctora!», llamó la señora mayor angustiada.

«¿Sí?», contesté sin detener mis pasos.

«¿Podría llamarme cuando sepa qué le pasó al doctor?», preguntó a gritos.

«Por supuesto, Dalia. La llamo en un rato», grité también mientras me alejaba. A esta hora de la mañana, bajar por las escaleras al primer nivel sería más rápido que esperar el ascensor. Llegué hasta el primer piso y corrí hasta la sala de emergencias. La sala estaba atestada de gente y podía asegurar que todo el personal de turno del hospital y de las oficinas se encontraba ahí. Doctoras, enfermeras, secretarias, oficinistas... y más que el barullo a mi alrededor, yo solo podía escucharme los latidos del corazón.

Logré hacerme camino por el pasillo hasta llegar al lado del doctor Martínez Leco. Aparentemente, él pudo leer las preguntas en mi cara, ya que, sin hablar, me señaló hacia el cubículo que tenía frente a mí. Sentado sobre la camilla estaba Cay *el Ebanista*, con la cara apretada por el dolor, sudado y sin camisa... con todo aquel enorme pecho desnudo y vistiendo solo unos pantalones deportivos. Una de sus musculosas piernas descansaba sobre la camilla, mostrando una gran inflamación y un feo hematoma a la altura del tobillo.

El doctor Mario García, el jefe del Área de Reumatología y Ortopedia del hospital, quien también sudaba a borbotones y vestía ropas deportivas, revisaba unas imágenes en la pantalla y le mostraba a Cay la zona que presentaba la distensión.

«Practicaban *squash*», contó el doctor Martínez Leco dirigiéndose a mí. «Al parecer se

pusieron competitivos», agregó divertido.

«Puedo oírte, Vicente», gruñó Cay trayendo la mirada hacia nosotros y mostrando un destello de sorpresa al verme ahí. Devolvió la mirada hacia el doctor y yo hice lo mismo, pero su rostro era inexpresivo.

«¿Hay fractura?», pregunté a Martínez Leco, pero fue el doctor García quien contestó:

«Cayo tiene músculos tan fuertes que no es cualquier torcedura la que logra romperle un hueso», exclamó el doctor, risueño, y pudieron escucharse las risitas a todo lo largo del pasillo. Fue entonces cuando entendí el tumulto y la aglomeración en Emergencias. Todas curioseaban... admirando aquella musculatura. Pues, mis queridas niñas..., el espectáculo era asombroso, pero iba a terminarse ¡ya mismo! ¿Dónde fue a parar el derecho a la privacidad de los pacientes? ¿Y por qué Cay tenía que deshacerse de las camisetas a la primera oportunidad que tenía? ¿Todos los portugueses tenían tendencias nudistas o solo este? ¡Dios! Corrí las cortinas del cubículo procurando que quedáramos dentro solo el doctor Martínez Leco, el doctor García, el paciente y yo.

«Es un desgarró incompleto, así que voy a colocarte una bota para inmovilizar el tobillo por unos pocos días y luego usarás una tobillera de compresión. Debes estar en total reposo por unas cuarenta y ocho horas a setenta y dos, y continuar si el dolor persiste. Aplica hielo por sesiones de veinte minutos. Eleva la pierna dos o tres horas cada día. No debes poner peso en el pie en dos o tres días, y luego estarás sosteniéndote con muletas mientras persista el dolor al apoyarlo. Quince días sin hacer deporte y trabaja desde casa esas dos semanas».

«¿Estás loco?», protestó Cay. «Tengo una montaña de trabajo pendiente para hoy. Debo darme una ducha y subir a mi oficina. Necesito un analgésico antiinflamatorio que me permita... ¡¡Aarrrrgggg!!». Un grito de dolor desgarrador salió de la garganta de Cay al momento que trató de bajar la pierna de la camilla. El dolor fue suficiente para hacer que lo pensara mejor, se recostara en la camilla y colocara los puños sobre los ojos. «Necesito un analgésico...». Ahora las palabras salieron en tono más bajo y de súplica.

El doctor García dio la indicación a la enfermera Rondón para una inyección de burtofanol y se dirigió a mí en tono más suave y diciendo: «doctora Fuentes, visto que hoy Cayo vino conduciendo la moto, el doctor Martínez Leco sugirió que usted podría llevarlo hasta su casa». Asentí rápidamente buscando la mirada al doctor mayor, pero él miraba fijo al piso.

«Sí! Tenía en agenda una reunión con el doctor Medeiros toda la mañana. Puedo recoger la *laptop* y los documentos que él necesite de su oficina para trabajar en remoto», aseguré mirando a Cayo que levantaba los brazos al cielo con exasperación y aseguraba que no necesitaba irse y que no trabajaría en remoto..., pero ya no se escuchaba tan seguro...

«Para tranquilizarlo y que no mueva esa pierna, tendrás que dormirlo», aseguró Martínez Leco en susurros y García asintió.

«Esta dosis lo relajará y lo hará dormir por unas horas. Debes repetir la inyección cada cuatro a seis horas por un tiempo máximo de veinticuatro horas. Así que dormirá buena parte de ese tiempo. Cuando se acueste puedes retirar la bota y colocar hielo. Para mañana el dolor debe haber disminuido y podrás pasar la medicación a dos pastillas de naproxeno cada seis horas». Hice nota mental de las indicaciones y saqué el móvil para ver que eran las ocho de la mañana

cuando la enfermera Rondón le aplicaba la primera dosis del medicamento a Cay.

«Recogeré sus pertenencias y vendré en mi carro hasta la puerta de Emergencias para recogerlo a él», informé a los doctores mientras escuchaba el gruñido de Cay por el picor que le producía la inyección del medicamento. El doctor García solo asintió, pero el doctor Martínez Leco dibujó una extraña sonrisa en el rostro que lo hizo rejuvenecer un par de décadas. Parecía complacido.

Al regresar al quinto piso, fui directa al escritorio de la señora Dalia y le expliqué en detalle lo que sabía de la condición de Cay. Le aseguré que no era nada de qué preocuparse, aunque en este momento el doctor Medeiros atravesaba un episodio de dolor agudo, que para el día siguiente debería estar mucho mejor. La vi relajarse y cómo el color le volvió al rostro. Murmuró algunas oraciones con las manos unidas en posición de plegaria. Le comenté las indicaciones del doctor García y que necesitaba todos los dispositivos móviles del doctor Medeiros y lo que él necesitara para trabajar en remoto. Ella se dirigió a la oficina de su jefe mientras yo iba al salón de reuniones a recoger mi *laptop* y mi carpeta de documentos. Debía parar en mi propia oficina para buscar mi bolso y las llaves...

La señora Dalia se ofreció para acompañarme hasta el estacionamiento, que quedaba junto a la cancha de *squash* y ahí encontraríamos el bolso de gimnasio del doctor Medeiros. Suponíamos que dentro estaría su teléfono móvil. Cruzamos el estacionamiento apresuradas y, cuando ya habíamos colocado todo en el maletero, prometí mantenerla al tanto, nos despedimos y conduje hacia la puerta de la sala de emergencias que por suerte seguía despejada.

Trasladar a Cay desde la silla de ruedas hasta subirlo al todoterreno fue casi tan absurdo y jocoso como las escenas de una comedia antigua, al estilo de *Los tres chiflados*. Divertido para todos, excepto para él, quien seguía experimentando un fuerte dolor. Cuando por fin estuvo sentado dentro y con el cinturón ajustado, me aseguré de que la música y la temperatura del aire acondicionado estuvieran agradables para él... ¡por lo menos llevaba una camiseta puesta!, pero los fuertes brazos y piernas seguían estando expuestos.

«Eres prudente al conducir. No es la norma en esta ciudad», reflexionó. Si el comentario era un halago, en la realidad se oía como una crítica. Decidí ignorarlo y cambiar la conversación.

«¿Conduces la moto con frecuencia?», pregunté suponiendo que preferiría conducirla en Europa y no en las caóticas vías de Santo Domingo.

«Cuando estoy de humor», contestó cortante. Era más que evidente que Cay era uno de esos pacientes difíciles que irritaban a los médicos y hacían nuestro trabajo mucho más arduo. Decidí ignorar su mal humor e ir mostrándole puntos en nuestro trayecto que sufrieron transformaciones en los últimos años, que me parecían interesantes. Sabía que Cay llevaba cinco años viviendo en mi ciudad, pero eso contrastaba con que yo llevaba casi diez viviendo fuera del país, así que encontré muchas cosas nuevas o diferentes para mí.

Le comenté de una plaza comercial que fue erigida en lo que antes era la residencia de unos amigos de mis papás, un supermercado que décadas atrás fue un hotel, el restaurante Cayena, uno de los restaurantes más viejos y tradicionales de la ciudad que fue remozado y modernizado en los últimos meses...

«Ahí vine a mi primera cita», recordé emocionada.

«¿Cita? ¿Tenías citas a los diecisiete años?», preguntó sin disimular el desagrado.

«Apenas había cumplido dieciséis», recordé con nostalgia. «Mi mamá y mi padrastro me trajeron hasta ahí y mi amigo me esperaba en la entrada. Cenamos ensaladas y pasta, comimos *cheesecake* de postre... y cuando terminamos de cenar nos dimos cuenta de que mis padres nunca se marcharon, sino que se quedaron en la terraza del restaurante». Reí recordando que nunca les confesé que sabía lo que hicieron. «Llamé a mi mamá para avisarles de que ya podían recogerme y los vimos pagando la cuenta y saliendo apresurados del restaurante... y un rato después aparecieron otra vez estacionados en la entrada, como si acabaran de llegar...». Saboreé el bonito recuerdo de mi adolescencia, satisfecha.

«Eras una niña de dieciséis. Me alegra saber que tus padres fueron responsables, pero ¿quién tiene una cita con un *amigo*?», preguntó tratando de disimular el interés.

«Nos besamos unas cuantas veces, pero nunca me pidió que fuera su novia... así que solo fuimos amigos. Y después de salir tres o cuatro veces dejó de llamarme y no contestaba mis mensajes. Así que la relación no prosperó», comenté viendo que se movía incómodo. «¿No ha cedido el dolor?».

«¡No!», respondió molesto. «Ya llegamos», dijo señalando el edificio, como si hubiera olvidado que yo también vivía ahí. Entré al estacionamiento y me acerqué hasta la entrada de los ascensores tanto como me fue posible. Lo ayudé a bajar del vehículo, evitando rozar la bota ortopédica y agradeciendo cada sesión de *crossfit* que he completado en la vida. Cay debía duplicarme en libras de peso y cada onza en su cuerpo era de músculo macizo.

«Debes esperarme aquí. No te muevas. Me estaciono y regreso», le ordené. Ahora él no era mi jefe, sino mi paciente.

«No temas. No tengo cómo escapar sin tu ayuda». Aceptó con el rostro sudado y con tono derrotado mientras apoyaba la espalda contra la pared, manteniendo la pierna extendida.

En el piso catorce no había pasillo, sino que el ascensor abría en un pequeño y elegante *lobby* frente a la puerta del departamento de Cay. Una cerradura electrónica se activó con su huella digital y pudimos entrar. El apartamento cambió notablemente desde la primera vez que estuve aquí. La decoración era exquisita. Moderna, elegante y con toques industriales... y el trayecto hasta la habitación principal se nos hizo eterno.

Más de una vez tuve que ayudar a Andrew a acostarse, luego de alguna de sus borracheras, pero aun con sus impertinencias, aquello era mucho más sencillo, principalmente porque Cay no quería ayuda, decía que no la necesitaba y se lastimaba en cada intento de moverse solo. Este hombre tenía la cabeza tan dura como los pectorales.

La habitación principal era e-nor-me. Todo mi apartamentito completo cabía aquí y sobraba algo de espacio. Esta cama era para cuatro personas. Me impresionó el orden y la limpieza del espacio. Me convencí de que todo adulto funcional mantenía sus espacios limpios y ordenados, pero Cay iba mucho más allá. Parecía que nadie vivía aquí. La decoración en esta habitación era más sencilla, sin llegar a ser simple. La cama perfectamente arreglada, al igual que el pequeño escritorio del rincón... Ni una pieza de ropa a la vista...

Acomodé el edredón, las sábanas y las almohadas para que pudiera acostarse. Entre gruñidos y maldiciones en portugués logró recostarse y fue evidente que pudo relajarse cuando

estuvo acostado. Estaba por dormirse. Finalmente, el medicamento comenzaba a hacer efecto.

«Debo salir para subir tus pertenencias, ¿cómo hago para volver a entrar?», susurré con la esperanza de que siguiera despierto.

«La clave de la cerradura es: doce diez diecisiete...», indicó adormilado.

Recogí del maletero tanto mis pertenencias como las de él y regresé al *penthouse*. Comprobé que la clave era la correcta, entré y regresé directa a la habitación principal. Cay dormía profundo. Entré en silencio y coloqué la *laptop* y el *iPad* sobre el escritorio, y el móvil, en modo de silencio, sobre la mesita de noche. Dejé el bulto de gimnasio junto a la puerta y regresé a pararme frente a la cama. ¡Wao! Esos muslos eran increíblemente fuertes... y ese tobillo seguía hinchado. ¡Hielo! Necesitaba hielo.

Miré a mi alrededor y me fijé en el tallado de las puertas. Suponía que una daría al *walk in closet* y la otra al baño. Eran una obra de arte. Cay *el Ebanista* hizo un trabajo estupendo en su apartamento. Adivinando, abrí la primera puerta y acerté en mi suposición de que era el cuarto de baño. Amplio y lujoso como todos los otros espacios del apartamento. Agarré una toalla y la dejé a los pies de Cay.

Me fui a la cocina y admiré los gabinetes. El trabajo también quedó fenomenal. Necesitaba una *Ziploc* y necesitaba averiguar cómo dispensaba el hielo ese complicado refrigerador. Varios minutos después, tenía lista la compresa de hielo y con mucho cuidado trataba de abrirle la bota. Me di una reprimenda mental porque debí ponerle el hielo antes de que se durmiera. Logré abrir el aditamento sin lastimarlo y aunque lo escuché gruñir no se despertó... Coloqué el hielo sin retirarla del todo. De esta manera podía evitar que se lastimara mientras dormía.

¡Bien! Regresé a la cocina y tomé la jarra que encontré, la llené con agua y agarré uno de los vasos que hacía juego. Los dejaría sobre la mesita de noche por si despertaba en algún momento mientras yo me ausentara. Me pregunté qué hacer con los medicamentos que traje del hospital... ¿Se los dejaba a su alcance para que se inyectara él mismo? Preferí dejarlos en el baño y regresar yo misma para administrárselos.

Me acerqué a la cama de nuevo y le toqué con suavidad la frente para comprobar que seguía fresco. Me sobresalté cuando en un rápido movimiento me agarró la mano y luego llevó el dorso hasta los labios. Plantó un cálido beso sin abrir los ojos y dijo: «*obrigado*».

El corazón se me aceleró como si fuera una locomotora de alta potencia y la sangre comenzó a palpitarme entre las piernas. Deseé esos labios en otras partes del cuerpo. Muchas otras partes.

Aun acalorada salí de la habitación y cerré suavemente la puerta. Me senté a trabajar en la mesa del comedor. Apenas se encendía la pantalla de la *laptop* cuando oí que abrían la cerradura electrónica. Fue grande la sorpresa cuando vi entrar a Sofía Cáceres, vestida con elegancia y con la abundante melena lustrosa y suelta. Parecía recién salida del salón de belleza. La sorpresa de ella no fue menor que la mía y puso cara de pocos amigos cuando me reconoció. Y preguntó con evidente disgusto:

«¿Qué haces tu aquí?».

Capítulo 11

Cayo

Cuando Cayo despertó podía asegurar que García le aplicó un sedante para caballos. Hizo mucho más que dormirlo, aquello más bien lo dejó en un estado de coma. Recordaba haber llegado al apartamento... recordaba que Gaby le preparó la cama... y recordaba las delicadas manos acariciándole la pierna... Pero ahora algunas cosas ya no estaban tan bien... El suave y delicioso olor a lavanda que Gaby dejaba como una estela en todos los espacios fue sustituido por una fuerte, penetrante y molesta esencia a rosas... y el jodido dolor regresó y con mayor intensidad. *Caralho!*

Estuvo a punto de incorporarse cuando un movimiento en la habitación le llamó la atención. ¿Pero qué demonios?! ¿Qué diablos hacía Sofía Cáceres sentada detrás del escritorio de su habitación? O mejor aún, ¿qué rayos hacía en su casa? Sofía parecía ocupada tecleando en una computadora portátil que exhibía el logo de la fundación, mientras, con los audífonos puestos, mantenía una conversación telefónica en tono muy suave.

«Cuando termines ahí, ¿podrías llamar a la doctora Fuentes?», gruñó sobresaltando a la mujer, quien se apresuró a cerrar la llamada, se puso de pie y se acercó presurosa a la cama.

«Vine tan pronto como me enteré de lo que pasó. Creo que dormiste más de cinco horas. ¿Cómo te sientes ahora? Estoy aquí para ayudarte a moverte y todo eso, hasta que te acostumbres a usar las muletas», explicaba la joven mientras se acomodaba junto a la cama.

«Es un bonito gesto de tu parte, Sofía, y lo agradezco mucho, pero entenderás que no estoy de ánimo para visitas en estos momentos. Te agradecería que avisaras a la doctora Fuentes de que desperté y que el dolor regresó», indicó Cayo tratando de ocultar la exasperación. Sofía tenía grandes cualidades y era una reconocidísima profesional de su área. Era un privilegio para la Fundación Medeiros Pardo contar con ella como la cabeza de Recursos Humanos, pero también era persistente e irritante. De ser decisión de ella, se le habría metido en la cama a Cayo desde el día que se conocieron, cinco años atrás. Pero eso no iba a pasar. No en esta vida..., y tampoco en la siguiente si ella seguía utilizando esa espantosa fragancia.

«La doctora Fuentes me indicó dónde dejó las ampollas de los medicamentos, las jeringas y todo lo demás..., todo está aquí mismo en el cuarto de baño... Pensé que no la necesitaríamos y que podrías aplicártelo tú mismo y...». Cayo no quería escuchar una tontería más. ¿Qué sería necesario para que esta mujer saliera de su vista? Buscó el teléfono móvil y lo encontró en la mesita de noche. Marcó al celular de Gaby y contestó al primer timbrazo.

«¿Dónde estás?», preguntó molesto y apenas le dio el tiempo suficiente para informarle de que estaba en su apartamento cuando la interrumpió diciendo: «Necesito que vengas ya mismo». Cayo no tenía ninguna tolerancia al dolor físico y no iba a empezar a desarrollarla ahora. Practicaba varios deportes, hacía rutinas de pesas con regularidad, pero evitaba a toda costa las lesiones... y agradecía al cielo por los fármacos.

Contestó varios mensajes de Tony, que quedó preocupada por la mañana cuando lo llamó

en medio del peor dolor de su vida. Cuando lo trasladaban a Emergencias, la pasó a conversar con García para que él le dijera si moriría o no por esa lesión. Ahora ella se burlaba con su acostumbrado: *Tão grande e tão chorão*. Tan grandote y llorón.

Cuando devolvió el dispositivo a la mesita vio a Sofía revolotear a su alrededor queriendo hacerse útil. Acomodó las almohadas y el edredón, rellenó el vaso de agua... Y hablaba nimiedades sin parar. Cayo sentía que tenía que salirse de aquella cama. Llevaba el día entero acostado y estaba entumecido. Eran las dos de la tarde... es decir que durmió unas seis horas. El dolor punzante era insoportable. Se iba a incorporar y, cuando estaba listo para mover la pierna y ponerse de pie, las manos firmes de Gaby lo detuvieron por los hombros.

«¿A dónde crees que vas?», preguntó en su rol de doctora autoritaria y mandona.

«Al baño. Eso nadie puede hacerlo por mí, ¿cierto?», dijo Cayo pretendiendo ser gracioso, pero sintiendo demasiado dolor para lograrlo. Gaby hizo una maniobra para moverle la pierna y otra para acomodarse debajo del brazo masculino. Siempre supo que ella estaba maravillosamente en forma, pero desde esa mañana lo dejó sorprendido con la fortaleza física que guardaba en ese hermoso cuerpecito.

«Contemos hasta tres y nos ponemos de pie. Uno, dos, tres... ¡Muy bien! Ahora pondrás tu peso sobre mí, como lo hicimos antes... y luego te apoyas en la otra pierna, ¿de acuerdo?», le explicó. Esta mujer enloqueció. ¿Acaso no sabía lo que le provocaba con su cercanía? Y encima dice cosas como que *pusiera todo mi peso sobre ella*... Ganas no le faltaban... sobre todo cuando vestía esos leggins pegados al cuerpo y esa camiseta deportiva que sostenía con firmeza esos hermosos y jugosos pechos... *¡Esta mujer es una diosa del Olimpo e iba a matarme!* Y además el rico aroma a lavanda regresó. Cayo hizo una inhalación profunda y antes de darse cuenta se encontraba frente al inodoro y ella le ordenaba apoyarse con ambas manos a la pared. «¿Necesitas ayuda con el pantalón?», preguntó ella en tono profesional.

¡Sí! ¡Sí!... ¡claro que sí! Quería que lo desvistiera. Por supuesto que sí. Y también quería que le admirara el cuerpo, que le acariciara el pecho, que le sobara los brazos y le lamiera los pectorales como hizo de forma magistral unos meses atrás. «¡No! Puedes salir y me das un par de minutos», respondió seco y poniendo toda su energía en conectar la lengua a la parte del cerebro que permanecía libre de delirios y confusión mental.

Regresar a la cama y volver a colocar la bota ortopédica fue un viacrucis. Parecía mentira que esa mañana se levantó enérgico y de buen humor. El reto de practicar *squash* con el doctor García era un gran motivador. Los dos llevaban varios años retándose en la cancha y podría decirse que tenían habilidades físicas similares, pero Cayo llevaba una mala racha de varias semanas y no lograba ganarle ni un solo *set* al ortopeda. García lo acusaba de estar distraído.

Y varias personas más decían lo mismo. Distraído en la cancha, distraído en la consulta, distraído en las reuniones de trabajo... y es que de la noche a la mañana se convirtió en un adolescente. Y en uno de los que solo pensaba en sexo. A ritmo constante. Mañana, tarde y noche.

Gaby y él acordaron dejar atrás lo que pasó entre los dos y eso de alguna manera les permitió acercarse e ir convirtiéndose en amigos, pero la cercanía de Gaby no era buena para su salud mental ni para su imagen del tipo indiferente. Reconocía que en los últimos años se

comportó como un ermitaño. Eso le permitió evadir y delegar en el Departamento de Relaciones Públicas todos los compromisos sociales propios de su posición con el fin de llevar una vida tranquila, mantener un círculo de amigos pequeño y selecto y relaciones ocasionales con alguna que otra mujer, sin ningún compromiso. Vivía tan encerrado y apartado como le era posible. Desde la muerte de Cecilia, pocas mujeres le llamaron la atención y con ninguna logró una conexión tan poderosa como la que ahora tenía con Gaby. Y es que era obvio que, después de conocer al amor de su vida y vivir una vida de ensueño a su lado, nunca creyó que volvería a pasar horas pensando en alguien.

Conversaban hasta tarde en las noches, intercambiaban mensajes todo el día, almorzaban juntos y trabajaban más de cerca, ya que la involucró en otras dos de las investigaciones que él lideraba. Evaluaban juntos los artículos y reportes que él debía entregar y, sin falla, recibía de ella las mejores observaciones. Y más de una vez fue ella quien detectó inconsistencias que lo obligaron a revisar sus conclusiones. Cayo ya había decidido que, cuando ella concluyera su investigación, le ofrecería ocupar la dirección del Departamento de Gastroenterología del hospital... Desde ahí podrían hacer maravillas juntos en el Departamento de Investigación.

Pero, por desgracia, esa cercanía no los llevaría a ningún lado. Él no se daba el permiso de abrirse demasiado a ninguna mujer porque sabía que no sería capaz de tener otra relación nunca. No podría correr el riesgo de amar a otra persona y perderla otra vez. No sobreviviría a eso. Pero un vínculo casual con Gaby sería un sueño hecho realidad. Eso sería lo mejor de todos los mundos. Era una mujer inteligente, conversadora, divertida... y era una amante ardiente, fogosa y atrevida. Nadie podría pedir más. Sería tenerlo todo. Esperaría el momento adecuado para preguntarle si le interesaría algo así... con él. Solo exigiría que fueran exclusivos. No pretendía compartirla ni con Leo Peña ni con nadie. Quería borrarle cualquier recuerdo que tuviera del estúpido adolescente que le hizo *ghosting*, del famoso piloto de velocidad y del infame abogado londinense. Pero, mientras tanto, hasta que no concretaran un nuevo acuerdo, prefirió seguir viéndola solo en la oficina, en presencia de otras personas, donde estuviera obligado a controlar sus instintos.

Cayo se dio cuenta de que perdió el hilo de la conversación entre Gaby y Sofía, y el tono crispado y molesto de la doctora le provocó un aterrizaje forzoso de vuelta a la habitación. Gaby parecía botar fuego por los ojos cuando miraba a la otra mujer que mostraba un disgusto similar. «La instrucción era tan simple como colocar hielo en sesiones de veinte minutos, licenciada. No una única vez y ya. Por eso la inflamación del tobillo no ha bajado, sino que empeoró. Usted aseguró que entendió, pero en realidad solo se concentró en lograr que yo me marchara». Sentenció Gaby mientras recogía molesta la bolsa que contuvo hielo horas atrás, pero que ahora solo contenía agua tibia, y salió de la habitación dejando a Sofía apretando los labios con fuerza y con los puños a cada lado de las caderas.

«Creo que debes irte ya, Sofía. Agradezco mucho la preocupación, pero el doctor García instruyó en detalle a la doctora Fuentes para que vigilara mi evolución y es mejor si la dejas hacer su trabajo», indicó Cayo reflejando más calma en la voz de la que sentía y sin que se le notaran las ganas inmensas de deshacerse de ella. «Estaré de regreso en la oficina en pocos días, pero mientras tanto, puedes consultarme cualquier inquietud por WhatsApp, ¿de acuerdo?», declaró sin dejar oportunidad para contradicciones.

La joven recogió sus pertenencias, resignada y en silencio, y se despidió con actitud de

derrota. Hasta la próxima vez. Este era el cierre de otra temporada de esfuerzos desesperados de Sofía por meterse, a las buenas o a las malas, en la vida de Cayo. Ya lo aburría.

Gaby regresó a la habitación con la bolsita con hielo, pero aún callada y malhumorada... y con pocas ganas de conversar. Entró al cuarto de baño y trajo la jeringa preparada. Fue rápida y profesional clavando la aguja en el brazo de Cayo antes de que él pudiera protestar. *Merda!* El picor era terrible. Nunca se acostumbraría a las inyecciones. Mucho menos admitiría, siendo médico, tenerles miedo a las agujas. Él no tenía problemas con esos artefactos siempre y cuando se mantuvieran lejos de su espacio personal.

Advirtió que ella se dispuso a acomodarlo otra vez, ahora elevando la pierna con unas almohadas y colocando el hielo en la parte más afectada del tobillo. Le comentó que estaría escribiendo el artículo en el que trabajaba en la mesa del comedor y que gritara o le marcara al celular si la necesitaba. Y se marchó dejándolo solo y adormilado.

Cayo volvió a despertar cuando eran las ocho de la noche y de inmediato supo que la inflamación del tobillo había bajado. Comprobó que recuperó una buena parte de la movilidad del pie. Ya no sentía el miedo a morir de un infarto a causa del dolor ante el más mínimo movimiento. Y además el apartamento olía delicioso. Escuchó con curiosidad una suave alarma que provenía de afuera de la habitación y encendió la lámpara de la mesita de noche, justo en el momento en que Gaby abrió la puerta con suavidad.

«¡Hola! ¡Qué bueno que estás despierto!», la oyó decir con voz risueña. Retiró la compresa de hielo, revisó el tobillo y asintió satisfecha. De nuevo lo condujo hasta el baño con la misma destreza de las ocasiones anteriores. Gaby le permitió entrarse a la ducha y darse un merecido baño, prometiendo no lastimarse. Pudo movilizarse solo hasta ponerse los calzoncillos y estuvo dispuesto a quedarse así, pero Gaby insistió en que vistiera una camiseta. Al terminar, no lo dejó volver a recostarse, sino que lo llevó a recorrer el apartamento. Cayo agradeció poder desentumecerse y estirarse. Y descubrió que lo que olía tan divino era un churrasco relleno de queso mozzarella que Gaby tenía puesto en el horno. También preparó ensalada verde y algo que parecía un quiche Lorraine.

«No has comido nada hoy, así que decidí que cuando despertaras te alimentaría muy rico. Hice una fusión entre lo que tenía en mi refrigerador y lo que encontré en el tuyo. Y creo que el resultado es estupendo... mi hermana estará orgullosa de mí», afirmaba mientras lo ayudaba a sentarse en una de las sillas del comedor y acercaba un otomán para que subiera la pierna.

«Tu hermana, la chef», recordó Cayo sonriendo. «No dejaste que la conociera el otro día cuando te hizo una videollamada...». Por la descripción que daba Gaby de su hermana, esa chica era un alma libre que vivía con intensidad y pasión cada instante y alegraba la vida de todos aquellos que la rodeaban. No podrían negar que eran hermanas.

«Hmmm... mejor no. Después», respondió Gaby con una risita traviesa mientras acomodaba los platos, cubiertos y copas en la mesa. La cena estuvo deliciosa, aunque interrumpida por varias llamadas de la abuela de Gaby, la abuela Mayra. Según él entendió, los abuelos tenían un nuevo sistema de sonido en la casa y ella esperaba que su nieta dejara todo lo que estuviera haciendo y fuera hasta allá para enseñarles a ella y a su marido cómo utilizarlo. La paciencia de Gaby con la señora era simplemente admirable.

Comenzó a llover y Gaby sugirió poner música. Él eligió música portuguesa. Semanas atrás, Gaby manifestó a Cayo su interés en conocer detalles de la cultura y las costumbres de su país, por lo que desde entonces él aprovechó los momentos en que se quedaban a solas para que escucharan los ultraconocidos fados, las movidas sambas o alguna nostálgica bossa nova.

Pero en esta ocasión, ella no parecía estarlo disfrutando mucho. Gaby parecía tensa e incómoda mientras recogía los platos y los llevaba a la cocina. Lo acompañó a la sala y él se acomodó en el sofá, de frente a la hermosa vista que daba el amplio ventanal. Desde esa altura podía ver una buena parte de la ciudad iluminada. Oyó a Gaby decir que acomodaría los platos en la máquina de lavar y que luego le aplicaría la tercera dosis del medicamento. Cayo consideró que esa sería la última. El dolor cedió al igual que la hinchazón. Recuperó casi toda la movilidad. Aún no se atrevería a poner peso sobre el tobillo, pero en la mañana ya podría utilizar la tobillera de neopreno en lugar de la bota y comenzar a practicar con las muletas.

La lluvia arreció un poco y daba la impresión de que tendrían una tormenta tropical porque venía acompañada de algunos truenos y relámpagos. No dio seguimiento al clima de hoy, pero este disturbio le pareció inesperado. Cuando Gaby lo ayudó a regresar a la habitación y lo inyectó otra vez, Cayo advirtió que estaba nerviosa y apresurada. ¿Tendría una cita? Apenas eran las diez de la noche, pero parecía desesperada por irse. No creyó que fuera a visitar a sus abuelos, pero tampoco tenía derecho a preguntar... No es que le molestara que tuviera un compromiso..., era simple curiosidad. La vio irse y tuvo que tragarse todas las preguntas que tenía en la punta de la lengua.

El estruendo del trueno lo despertó. ¡Cielos! El trazado de los relámpagos en el cielo era impresionante. ¿De dónde salió toda esta lluvia? Algunas partes de la ciudad no tenían la capacidad de drenar toda el agua que recibieron en estas pocas horas. Encima de eso, buena parte se estancaba y se convertía en criadero de mosquitos. Eso incrementaría los casos de dengue en las próximas semanas. El sorpresivo ¡*kaboong!* de otro trueno agitó las ventanas del dormitorio y lo hizo cuestionarse si cerraron las ventanas en el resto de la casa.

Buscó el móvil y vio que faltaban algunos minutos para las tres de la madrugada. Como ya era su costumbre, entró a la aplicación de mensajería y revisó la hora de la última conexión de Gaby. Dos minutos antes. ¿Qué hacía despierta a esta hora? ¿Habría salido de fiesta? ¡Era jueves! Un día normal de trabajo. ¿Cómo podía estar de juerga hasta esta hora?

Se sentó en la cama sin pensar mucho en el tobillo malogrado y tecleó con rapidez:

Cay: *¿Aún estás despierta?*

Gaby: *¿Pasó algo? ¿Estás bien?*

No. No estaba bien. Estaba furioso. La noche anterior ella estuvo apresurada por irse y salió sin darle explicaciones. Apenas se despidió después de la divertida velada que pasaron juntos. Por qué ahora le importaba si él estaba bien o no. No debió irse. Eso seguro que fue una violación a alguno de los párrafos del juramento hipocrático.

Por encima del repiquetear de la lluvia en las ventanas escuchó el sonido de la cerradura electrónica al abrirse y, extrañado, se puso en alerta. En cuestión de segundos Gaby apareció frente a él calzando unas pantuflas, un pijama azul marino, el cabello revuelto y la cara inflamada y mojada por las lágrimas. Cayo sintió que el corazón se le hundía en el estómago.

«¿Estás bien?», urgió ella dirigiéndose hacia él a la vez que un rayo iluminaba la habitación y ella se bajaba en cuclillas, apretándose la cabeza y tapándose las orejas con las manos. El móvil cayó al piso, pero el ruido quedó cubierto por el escándalo de este trueno que fue todavía mayor que el de los anteriores. Cayo la vio erguirse y tomar una bocanada de aire por la boca para tranquilizarse y seguir moviéndose hasta él. Le tocó la frente, acomodó la almohada que tenía en la espalda y colocó la pierna sobre las otras almohadas. Ella era la representación de la eficiencia mientras secaba disgustada cualquier lágrima que se atreviera a escapársele de los ojos.

«Ven aquí», ordenó Cayo y ella se acercó a tocarle la frente otra vez. Él agarró la suave mano y la haló hacia a la cama. «Siéntate aquí», ordenó más suave, tratando de hacerle espacio en la orilla. Vio como ella cedió y soltó el escudo de eficiencia con el que se protegía, quedando vulnerable.

«Voy. Espera. Está bien. Pero no quiero lastimarte. Esta cama es enorme. Voy por el otro lado», dijo dirigiéndose al otro costado de la cama por donde subió y se sentó junto a Cayo, apoyándose también contra el espaldar. Él consideró que ella dejó demasiado espacio entre los dos, así que la rodeó por la cintura y la acercó más, hasta que ella apoyó la cabeza en el amplio pecho masculino justo cuando otro resplandor anunció el próximo trueno.

Y Gaby comenzó a llorar otra vez. Recogió las piernas, las abrazó y ocultó la cara entre las rodillas convirtiéndose en una pelotita. Él la abrazó aún más fuerte, envolviéndola también con la pierna sana. Comenzó a mecerla y arrullarla haciendo un sonido suave y monótono en la garganta. Recordaba haber estudiado la fobia a las tormentas, la astrafobia, pero hasta el momento, no había conocido a alguien que la padeciera. Otros tres horrendos truenos la espantaron en los próximos minutos, pero luego se fueron espaciando. Al final la tormenta cedió y ella se relajó y se quedó dormida en sus brazos. Verla muerta de miedo le rompió el corazón, pero podía acostumbrarse a abrazarla de esta manera en todas las noches de tormenta que tuvieran por delante.

Capítulo 12

Gaby

«¿Embarazada?! ¿Estás seguro?», grité sorprendida para luego cubrirme la boca con la mano al recordar que algunas enfermeras conversaban fuera, en la estación de Emergencias, justo al lado del salón de médicos. «Pero..., pero ¿cómo?», susurré sin poder salir de mi sorpresa.

«¿En Gastroenterología no le enseñaron a usted cómo se hacen los bebés, mamita?», se burló el joven médico colombiano dibujando una primera sonrisa en el rostro desde hacía un buen rato, y se ganó que lo golpeará suavemente en el hombro con el puño. «Siempre fuimos cuidadosos, pero sé que hizo un cambio de las píldoras anticonceptivas poco tiempo antes de venir en las vacaciones. Ninguno de los dos pensó en que eso pudiera ser un riesgo... y aquí es donde estamos», contó Leo cabizbajo.

«No estás nada feliz con la noticia», aseguré. En los meses que llevaba conociendo a Leo Peña me convencí de que estaba muy enamorado de su novia. Por lo que él contaba de su relación, imaginé que serían un matrimonio perfecto. Pero pocas semanas después de que Nadia rechazara su propuesta de matrimonio, Leo parecía haberse quitado una carga de encima. No digo que el rechazo no le afectara, pero él supo reestablecerse rápido y lo veíamos recuperado y dispuesto a seguir con su vida... hasta ahora.

«¡No, fresco! Ella fue clarísima en todas las razones por las que no quiere una vida conmigo. Quiero borrar de mi memoria esa última conversación porque no quiero guardarle rencor; sin embargo, no me cabe duda de que solo le fui útil para pagar sus estudios, sus clases de modelaje, sus rumbas y mantenerla en los primeros años de su carrera como modelo para que ella pudiera hacer sus tonterías de *influencer* en Instagram... Hasta que logró un buen contrato y me mandó a volar... Ya podía seguir su camino por su cuenta. Tenía un plan perfecto..., pero esto se lo alteró», declaró el médico con amargura.

«¿Y tú qué quieres hacer?», pregunté tratando de distraerlo de su desilusión.

«¡Ay, mamita! Lo que yo quiera hacer a ella le vale huevo. No me dejó ni masticar la noticia. Ella solita tomó la decisión de interrumpir el embarazo. Solo me llamó porque pretendía resolver su embrollo con mi plata, pero no se va a poder. Eso no lo hago yo ¡ni de vainas!». Era obvio que Leo estaba muy molesto porque apenas podía entenderle entre el fuerte acento y las expresiones colombianas. Pero no cabía duda de que lo hirió el haber sido excluido en esa importante decisión.

Ojalá ellos pudieran conversarlo un poco más. Sabía que a Leo le hacía ilusión casarse, formar una familia y ser papá. Fui testigo de que soñó con eso por varios meses antes de proponerle matrimonio a Nadia. Sin embargo, ¿podría asumir el gran reto de ser un papá soltero? ¿No debería Nadia por lo menos evaluar esa posibilidad con él?

Leo se puso de pie y fue hasta el casillero para recoger sus pertenencias. Nos despedimos con abrazos y la promesa de almorzar juntos, jugar boliche o ir al cine en el fin de semana. Su turno en la sala de emergencias terminaba y el mío apenas iniciaba. En cinco horas más podría

regresar a casa... o quizá iría primero al apartamento de Cay para enterarme de cómo pasó el día. Una triste excusa para no admitir que me moría por verlo, luego de intercambiar mensajes de texto, con promesas veladas, todo el día.

Estaba en pie desde las seis de la mañana, cuando desperté en la cama de Cay con la vejiga a punto de explotarme. Éramos una incómoda pila humana, una sobre el otro, pero no recordaba haber despertado tan contenta y agradecida en mucho tiempo. Cay calmó mi horrible miedo con arrullos y abrazos. Y no me cuestionó, no se burló, no hizo alusiones a lo inapropiado que era que una médica tuviera ese tipo de fobias irracionales. Solo me arrulló y me hizo sentir segura hasta que la tormenta pasó.

Después de ir al baño, encontré mi teléfono celular tirado en el piso, junto a la cama, y respondí varios mensajes de mi mamá, quien la noche anterior insistió de mil maneras para que me fuera a dormir a su casa, pero yo me negué a salir y le aseguré que estaría bien, que la fobia era un asunto del pasado. Dudaba de haberla convencido.

Parada frente a la cama, me sentí tentada a acariciar los cabellos revueltos de Cay para despedirme. Me ardían los labios por las ganas de darle un beso suave en la frente o en los labios, pero temí despertarlo..., y peor aún, temí no poder parar en un solo beso. Sabía que los límites que pusimos en nuestra relación se iban desvaneciendo poco a poco. Sabía que tarde o temprano volvería a besarlo, volveríamos a tener sexo... y la expectación me consumía. Pero, aun así, en lugar de besarlo le escribí un breve mensaje en un pedazo de papel:

Sin importar las condiciones, dormir contigo nunca decepciona.

Muchas gracias.

Lo dejé sobre la mesita de noche y antes de arrepentirme me salí en puntillas del apartamento, dejándolo profundamente dormido. Desde las ocho de la mañana, el bombardeo de mensajes no se hizo esperar:

Cay: *¿Dónde estás? Soñé que estabas aquí cuando despertaba. Hace meses que no dormía tan bien.*

Gaby: *Estoy en mi oficina, en la fundación. Tengo montones de trabajo. Ayer me distrajo un atractivo paciente y no pude avanzar en algo importante que debo enviarle a mi jefe.*

Cay: *Pensé que hoy trabajaríamos desde aquí los dos. Que nos quedaríamos todo el día en pijamas..., que beberíamos café y descansaríamos por ratos...*

Gaby: *Eso no suena apropiado, doctor Medeiros. Suena como si usted estuviera coqueteando conmigo.*

Cay: *No es nada del otro mundo. ¡Anoche dormimos abrazados! Es algo que hacen los amigos... y tú y yo somos amigos, ¿no?*

Gaby: *Sí, supongo que sí, pero aun así tenía que venir a trabajar. Además, esta noche tengo turno en Emergencias hasta las once.*

Cay: *Es muy pronto para dejarme solo todo el día. Puedo resbalarme, caerme y empeorar la situación.*

Él exageraba su condición. Yo sabía que estaría mucho mejor. La tarde anterior, sumé a

la indicación del doctor García la aplicación de un remedio casero que he probado mil veces y que aprendí a preparar con mi abuela Lucía. Nada supera las propiedades analgésicas y antiinflamatorias de la semilla de aguacate fermentada en alcohol isopropílico. Yo lo viví en carne propia de niña; en más de una ocasión, mi abuela materna me curó inflamaciones de torceduras y hematomas provocados por caídas de caballo, solo con eso. Y con Cay pude ver los resultados en cuestión de horas. Noté como para la noche anterior recuperaba la movilidad del tobillo. El día de hoy ya él podría apoyar el pie, con el debido cuidado y sin abusar.

Gaby: *No podía quedarme otro día más. La señorita Cáceres sufriría un síncope... o tal vez regresaría a reclamar su espacio.*

Su respuesta fueron varios emojis de carcajadas. Aunque a él le pareciera gracioso, solo pensar en Sofía me hacía acalorar. Era un secreto a voces la devoción que sentía esa mujer por Cay. Desde las oficinistas hasta los médicos especialistas de la fundación tenían anécdotas de los esfuerzos de la licenciada Cáceres por conquistarlo. Hacía maniobras muy evidentes como llenarle la oficina de rosas, prepararle almuerzos especiales en su cumpleaños y en ocasiones especiales e inventarse celebraciones íntimas en la oficina de Cay. Con frecuencia esparcía el rumor de que finalmente Cay le correspondía y que la llevó al teatro, a cenar o a una escapada romántica en un fin de semana. Y todos aseguraban que mentía porque no tenía evidencia de nada de eso en sus redes sociales, pero yo no estaría tan convencida... Sabía que Cay ocultaba muy bien su vida privada. Nadie tenía idea de lo que pasó entre nosotros meses atrás... y si volviéramos a cruzar la raya, nadie se enteraría. Pero yo no sabía cuántas otras mujeres compartían la misma posición que yo. ¿Será que Sofía no podía superar una breve aventura con el doctor Medeiros? Podía entenderla. Cay *el Ebanista* tampoco era un tipo fácil de superar.

La manera en que aquella mujer se enfureció al encontrarme en ese apartamento fue asombrosa. La personificación de la diosa de la furia. Percibí que, en algún momento en nuestra discusión, contempló atacarme físicamente, pero debe habérselo pensado mejor. Habría sido estupendo derribarla al piso con una llave de judo. Yo no salía de la sorpresa de que se presentara como dueña y señora, pero no iba a permitirle que pretendiera menospreciar los cuidados que le prestaba a Cay. Sin contar que me llamó oportunista y aprovechada. Y me informó de que podía irme porque ella podría hacer cualquier cosa que yo estuviera haciendo y hacerlo mejor. ¿Era estúpida esa mujer?

Ahora, después de un ajetreado día de reuniones y distracciones provocadas por los mensajes de Cay, el turno en Emergencias estuvo demasiado tranquilo. No recibimos ni un solo paciente en toda la noche así que encontramos otras maneras de usar el tiempo. Me dolían las costillas de reírme porque la enfermera Reyes practicó con nosotros su rutina de comedia en vivo, también grabamos un video para TikTok haciendo la coreografía que era tendencia en el momento, y finalmente el doctor Martínez Leco nos contó algunas graciosas anécdotas de sus años de estudiante en Europa.

Ya eran las once y repetía en la cabeza, en un bucle sin fin, la melodía de *una loba como yo no está pa' tipos como túúúú...* Me disponía a recoger mis pertenencias cuando el doctor mayor se me acercó extendiéndome su móvil. «Cayo quiere hablarte», susurró discreto. Lo miré sorprendida y saqué mi propio teléfono celular del bolsillo para darme cuenta de que se descargó.

«¿Aló?», dije tomando el dispositivo de las manos del doctor.

«Llevo horas escribiéndote y no respondes a mis mensajes», afirmó Cay en el tono molesto y autoritario que era común desde que se mantenía en reposo en contra de su voluntad. Aun así, me alegraba oír su voz.

«Tú, mejor que nadie, sabes el tipo de trabajo que hago. No puedo estar distraída con el móvil», dije amarrando los lazos de los zapatos deportivos mientras recordaba la manera candente y desinhibida en que estuve moviendo las caderas hasta casi dislocármelas apenas una hora antes al ritmo de *Danza Kuduro* de Don Omar. «¿Necesitas algo?», pregunté apresurada, temiendo que fuesen a escucharse las risitas que se me escaparon.

Y, de hecho, Cay sí que necesitaba varias cosas de su oficina para poder quedarse un día más trabajando desde casa. Le prometí al doctor Martínez Leco que regresaría en breves minutos a la sala de emergencias para devolverle su móvil y me marché por el pasillo manteniendo la llamada abierta mientras subía por los ascensores al quinto piso.

Al abrirse las puertas se encendieron las luces del lobby, pero el pasillo aún quedó en penumbras. Me pareció distinguir a dos personas abrazándose al final del pasillo justo frente a la oficina del doctor García. Se movieron rápidamente y entraron a esa oficina. No podría decir quién era la figura masculina, pero podría asegurar que la femenina era la doctora Báez. La cola de caballo en la que acostumbrada a amarrarse el cabello la delató. ¿No dijo la doctora Báez que se casaría en unos meses? Cualquiera diría que se arrepintió.

Regresé mi atención a Cay que me actualizaba del estado de su tobillo. Ya solo quedaba un mínimo de inflamación y casi nada de dolor. Accedió a quedarse otro día más en casa porque el trabajo remoto no fue tan terrible después de todo. Trabajó tranquilo, lamentándose de estar solo, pero pudo terminar con varios pendientes. También me puso al tanto de lo que comió y del horario en que tomó los analgésicos.

Al entrar a la oficina, lo molesté un poco con el impresionante lujo con que la decoraron, pero insistió en que él no tuvo nada que ver con la decoración y que todo seguía tal como lo encontró cinco años atrás. Seguí sus indicaciones y cuando estuve frente al escritorio encontré los libros de *Inteligencia artificial* y *Medicina Interna* y el cable USB tipo C que necesitaba. Abrí el segundo cajón del escritorio como me indicó, pero no encontré las tarjetas de memoria que necesitaba. Abrí otros cajones... y nada. En el cajón del centro finalmente las encontré... junto a unas fotografías de estudio de Cay descalzo, vistiendo jeans y camisa blanca, sosteniendo el abultadísimo vientre de una hermosa rubia de cabello largo y abundante, muy embarazada, que vestía un pequeño sostén blanco y unos jeans... En una de las fotos se besaban en los labios y en la siguiente se abrazaban y miraban sonrientes y felices a la cámara.

«¿Las encontraste?», preguntó Cay en tono ligeramente exasperado. «Son pequeñas, cuadradas, azules... Son muy importantes..., contienen unas tablas de datos y varios artículos científicos recientes de un centro de investigaciones en los Países Bajos... Me las enviaron el mes pasado», expuso apresurado en un intento de hacerme comprender la relevancia de los dispositivos para su trabajo.

«Sí. Las encontré», confirmé colgando la llamada y cerrando el cajón. Me alejé del escritorio sintiendo que esas imágenes se me grabarían con fuego en el cerebro. Cay me aseguró que era soltero cuando nos conocimos y nunca mencionó que fuera papá. Esto quería decir que Cay también era tan deshonesto y mentiroso como Andrew Ward. Era de esos hombres que

podían llevar más de una vida. Tener una familia y hacerse pasar como solteros. El recuerdo de Bertha y Jenny sentadas en mi pequeña sala en Londres contándome sus historias me provocó náuseas. Sentí cómo un frío intenso me penetraba los huesos y cómo la maraña de mentiras que Andrew tejó a mi alrededor volvía a enredarme otra vez.

Capítulo 13

Cayo

El corazón le brincó en el pecho cuando escuchó la notificación del móvil, lo recogió del escritorio y rápidamente abrió la aplicación de mensajería. Leyó que Gaby respondía en el grupo de WhatsApp a los mensajes de Lester, de apenas veinte minutos antes —dieciocho minutos para ser exactos— sugiriendo otro restaurante de moda en la ciudad. Aún faltaban dos días para la reserva que hicieron en el famoso restaurante de temporada, y ya planificaban otras salidas posteriores. Cayo resopló disgustado por la pérdida de tiempo en el horario laboral. Estas eran las cosas de las que Sofía y su equipo debían estar pendientes y no de las nimiedades que les encantaba atender. Los médicos jóvenes podrían estar *texteando* todo el día si no recibían una buena supervisión.

Resopló otra vez. En realidad, le importaban dos pepinos lo que hicieran los investigadores si al final cumplían con sus responsabilidades. Lo que le molestaba muchísimo era que Gaby tuviera tiempo para contestarle a Lester, pero no respondiera aún los mensajes que él le envió el día anterior.

Llevaban dos semanas en lo mismo. Cayo recordó que el día que comenzó a utilizar las muletas, al día siguiente a la tormenta, le pidió a Gaby que le llevara a la casa algunas cosas que necesitaba para trabajar en remoto. A pesar de haberse negado en principio, recordó lo eficiente que lograba ser cuando trabajaba en esa modalidad y con el atenuante de que ahora no era una imposición, como en la pandemia, sino que aún podía salir o irse a la oficina en el momento que quisiera hacerlo.

Esa noche ella le trajo lo solicitado, pero no quiso quedarse ni un minuto. Se comportó fría y distante, y se despidió apresurada diciendo que iría a visitar a sus padres y no tenía tiempo que perder. ¿A visitar a sus padres a las once y treinta de la noche? Cayo la cuestionó para asegurarse de que todo estaba bien con ellos, pero ella no quiso compartirle detalles. La acompañó hasta el ascensor y trató en vano de darle un beso en la mejilla. La vio salir y despedirse sin mirarlo a la cara. Podía asegurar que Gaby estaba molesta con él y hacía un gran esfuerzo por ser cordial. Cayo se sintió desconcertado. Se quedó pensativo de pie junto a la puerta y observó en la pequeña pantalla digital que el ascensor se detuvo en el piso siete. ¿Se arrepintió? ¿Iría donde sus padres más tarde? ¿O le mintió? Él no entendía nada. Creyó que luego de la noche anterior y de los mensajes que compartieron ese día, su relación fluiría fácilmente hacia nuevos términos. Podría asegurar que era lo que los dos querían.

Al día siguiente le escribió temprano en la mañana, como ya era su costumbre en los últimos meses. Un saludo de buenos días y la pregunta obligada de si todo seguía bien con sus padres. Se entretuvo con la lectura y el análisis de las tablas de datos que necesitaba para preparar el contenido del *paper* que publicaría al final del mes y del cual Antonella le agendó una conferencia en los Estados Unidos.

Antonella estaba más activa de lo normal y, aunque insistía en que estaba bien, Cayo sabía que no era así. Instinto de mellizos quizá, pero solo con escuchar el tono de voz de su

hermana, sabía que estaba sufriendo y que buscaba distraerse con el trabajo. Se divorciaba de Bernardinho a pesar de amarlo con locura. Las dificultades de Tony para embarazarse fueron poniendo tensión en su matrimonio de diez años. Su marido la acusaba de estar casada con el trabajo, de no querer una familia y de interrumpir los tratamientos que iniciaban porque ella priorizaba los viajes y los compromisos de la fundación. Y Cayo sabía que él tenía toda la razón.

Cayo sabía que, desde niña, su hermana le temía al rol de madre. Desde muy jóvenes lo conversaron y acordaron que eso de las alegrías de los nietos, sería Cayo quien las llevaría a los Medeiros Pardo. Tony decía que no sabía qué hacer con un bebé y que sentiría la tentación de engancharlo en un armario hasta que cumpliera la mayoría de edad. Sencillamente no tenía ni las ganas ni el instinto para asumir todas las responsabilidades que implican ser madre.

Cayo conoció a Bernardinho cuando se reunieron los cuatro en unas vacaciones en Francia. Cecilia y él celebraban el primer aniversario de bodas y coordinaron para pasar ese tiempo juntos en Aviñón con su hermana y su nuevo novio. A Cayo le agradó el tipo desde el primer instante. Un grandullón con cara de bonachón, buen sentido del humor y una devoción sin igual por su hermana. Era evidente la química entre ellos. Trabajaban en asuntos similares, fueron a la misma universidad, se terminaban las frases el uno al otro y parecía que Antonella no podía quitarle las manos de encima al muchacho.

Se casaron dos años después y fue entonces cuando Cayo entendió que Tony nunca le aclaró a su novio que no quería hijos. Reconocía con pesar que ninguno de los dos merecía todo lo que pasaron en estos años tratando de concebir. Él por la ilusión genuina de formar una familia y ella por complacerlo.

Cuando ya eran las seis de la tarde de ese día, se dio cuenta de que Gaby leyó y no contestó su saludo de la mañana y seguía sin contestar. A las diez de la noche, antes de irse a dormir, revisó en el grupo de WhatsApp de los médicos investigadores y vio que compartieron fotos y videos de esa misma noche en un club de boliche. Al parecer seis o siete de ellos jugaron, comieron alitas picantes, bebieron cervezas y Gaby y Leo Peña fueron los ganadores de la noche. En la foto de celebración, él la cargaba en el hombro como a un saco de papas y los dos sonreían a la cámara haciendo la señal de victoria.

La sangre comenzó a hervirle en el cuerpo. Confirmó que ella aún no contestaba el mensaje que él le envió y colocó con brusquedad el móvil en la plataforma de carga. Nada de eso le importaba y era hora de dormirse. A la mañana siguiente, tan pronto abrió los ojos agarró el dispositivo para revisarlo y encontró el mensaje que ella le envió a las cinco de la mañana.

Gaby: *¡Buenos días! Espero que el tobillo siga mejorando. Hoy te enviaré el resumen y la introducción del artículo que estoy escribiendo para la Revista de Gastroenterología de México. La editora lo requiere para aprobar la publicación. Me gustaría que revisaras el contenido y la descripción del método. Debo dar respuesta en tres días. Que pases un feliz día.*

Cay se apresuró a contestarle:

Cay: *De acuerdo. Envíalo y lo reviso. ¿Podrías venir a mi apartamento después del trabajo?*

Se dispuso a dormir un poco más, pero no lo logró. Encendió el televisor cuando recordó que era un fin de semana de carreras de Fórmula 1. Tocaba el Gran Prix de Italia en Monza y

siendo viernes habría una carrera de *sprint*. Lewis Hamilton, su piloto favorito, tenía una racha fatal en esta temporada, lo que era hasta doloroso de ver. A las siete de la mañana apagó el televisor indignado con los resultados y se fue a dar una ducha para luego sentarse a trabajar.

Y fue a las diez de la mañana cuando recibió el correo electrónico que Gaby le prometió. Revisó el móvil comprobando que no respondió a la invitación que le hizo. Hizo dos llamadas a su celular, pero ella no contestó. Y ahí Cayo se dio cuenta de que no era simple distracción. Oficialmente, ella lo evadía. Le solicitó una videoconferencia para las dos de la tarde y aunque no le contestó, estuvo puntual en la conexión.

No se sorprendió al verle el horrendo moño atado en el tope de la cabeza. Ella decidió reestablecer la distancia entre los dos y ese era el primer recurso que utilizaba para protegerse. Cayo decidió desmontar la ofensiva, por el momento, hasta que pudieran conversar sobre lo que pasaba por la cabecita de Gaby, cara a cara y en persona.

Las dos siguientes semanas los dos estuvieron ocupados en lo suyo y presionados por los tiempos de entrega. Intercambiaban correcciones a los artículos que cada uno redactaba, y compartían datos y documentación que entendían que les podían ser útiles al otro. En la conversación privada en WhatsApp, solo él daba el saludo de «Buenos días» y de ella recibía las notificaciones de nuevos documentos que le enviaría.

Hoy era miércoles y Cayo estaba de regreso en la fundación. Llevaba puesta la tobillera de neopreno, pero se deshizo de las muletas. El dolor ya era esporádico y la medicación solo la utilizó una vez en toda la semana pasada. Hoy cojeaba un poco después de caminar desde el estacionamiento hasta la oficina. No era una maratón, pero fue una distancia superior a los pocos pasos que tenía que dar para desplazarse en el apartamento.

Gaby no estaría en las oficinas el resto de esta semana. Vicente organizó una visita a la unidad de Medicina Interna de otro hospital en la provincia de Santiago de los Caballeros, donde estarían evaluando, consultando y haciendo procedimientos de endoscopia y colonoscopia. Cayo respiró aliviado cuando supo que el doctor Leo Peña no figuraba en el listado de los participantes.

Peña era un neumólogo con muchísima experiencia práctica para sus escasos veintiocho años. Concluyó muy joven la escuela secundaria e ingresó directo a la facultad de medicina. Tuvo la suerte de trabajar desde el primer año de premédica en una exclusiva Unidad de Neumología en su país, primero como administrativo y luego, al graduarse de doctor en medicina, pasó a ser un asistente de los especialistas. Se enroló en la especialidad ya conociendo una gran diversidad de casos, tanto únicos como complejos, y también evaluando un amplio esquema de tratamientos.

Su investigación de clasificación de enfermedades desatendidas y tropicales era de alto interés para la fundación, tanto en los aspectos políticos, que eran un encanto para su papá y su abuelo, como en el aspecto social, que era el real interés de Cayo.

El tipo era simpático y como dicen «de sangre liviana». Su físico y su rostro hacían que las damas voltearan a mirarlo dos veces, pero él no parecía inmutarse. Tenía un trato exquisito con los pacientes y daba buen seguimiento a los detalles. Si Cayo se concentrara solo en eso, hasta podría hacerse amigo del muchacho, pero cada vez que lo sorprendía apreciando las formas

de Gaby, secreteándole al oído o riendo a carcajadas juntos, le daban ganas de darle una paliza.

Tuvo que tranquilizarse antes de llamarlo al móvil interno para confirmarle que podía reunirse con él a las once de la mañana. Contestó con el entusiasmo de siempre y se presentó puntual a la reunión. Peña no presentó grandes avances en las últimas reuniones y confesó haber estado distraído por temas personales, pero en esta reunión Cayo comprobó satisfecho que recuperó un buen ritmo de trabajo. La descripción que hizo de la metodología para su investigación no tenía errores. Lo felicitó y lo animó a mantenerse concentrado. Un consejo que podría usar él mismo.

El viernes a las cinco de la tarde Cayo estacionaba el todoterreno al lado de la moto en el estacionamiento de su condominio. Vicente, Lester y Gaby parecían entusiasmados con la salida de esa noche e intercambiaron libros, fotos, menús, críticas gastronómicas y sugerencias de *influencers* sobre qué comer y qué no. Si esto era la coordinación de una cena, no quería ni pensar qué significaría salir de vacaciones con este grupo. Él participó al mínimo en la conversación y apenas comentaba alguna que otra imagen. Leyó los últimos mensajes antes de bajarse del vehículo:

Vicente: *La doctora Fuentes y yo llegaremos a la capital alrededor de las tres de la tarde y nos vamos directos a nuestras casas. ¿Cada cual llegará por su cuenta al restaurante o cómo haremos?*

Lester: *¡No debemos llegar en 4 carros distintos! @Vicente, tú y yo nos vamos juntos, y Cayo y Gaby que también lleguen juntos. Sugiero reunirnos en el restaurante unos minutos antes de la reserva, así podremos curiosear un poco la decoración del local. Al parecer es estupenda porque todo el mundo habla de eso en Instagram.*

Cayo: *Ustedes viven cerca del restaurante. La doctora Fuentes y yo los recogeremos a las 7:30 pm y eso nos dará tiempo de ver el sitio y sentarnos en el bar un rato antes.*

Lester: *¡Magnífico! Esa es una idea genial.*

Vicente: *Perfecto. A las 7:30 Lester y yo los estaremos esperando en el lobby.*

Cayo comprobó que Gaby leyó los mensajes y no comentó nada. Él temía que pusiera una excusa de última hora para no ir a la cena y evitar que se vieran cara a cara. Decidió que en algún momento de esta noche tenían que conversar. Subió hasta su apartamento, colocó la *laptop* y los documentos que trajo sobre la mesa del comedor y se quedó pensativo por unos minutos.

Giró sobre los talones y volvió a entrar al ascensor. Se bajó en el séptimo piso y caminó por el pasillo hasta llegar frente a su puerta. Tocó sin recibir respuesta, por lo que tocó más fuerte una segunda vez. Gaby abrió la puerta de par en par y por poco lo mata de un infarto. Tenía el largo cabello mojado, la cara asombrada y acalorada, y sostenía con fuerza contra el pecho una toalla blanca que vestía alrededor del cuerpo. Tenía los hombros, brazos y piernas totalmente expuestos.

«¿Por qué abres la puerta en esas condiciones?», preguntó Cayo en un hilo de voz. Ella dio un par de pasos atrás y él aprovechó para entrar y cerrar la puerta tras él, antes de que algún vecino cruzara por el pasillo. Gaby lo miraba con una mezcla de sorpresa y contrariedad en el

rostro.

«¿Qué haces aquí?», preguntó con disgusto. «Creí que eras mi mamá. Se marchó hace poco rato y creí que regresó o que olvidó algo», explicó ella sosteniendo con más fuerza la toalla y quitándose de la cara el cabello mojado.

«Creo que tenemos que hablar», contestó Cayo tratando de sonar sensato y de controlar las emociones que lo frustraron tanto en las últimas semanas. Le confortó que Gaby lo miraba atenta y parecía dispuesta a escucharlo, pero él más bien tenía muchas preguntas y necesitaba que fuera ella quien se explicara. «Debemos conversar o de otra manera corremos el riesgo de arruinar la velada de esta noche para Lester y Vicente que no tienen que...». Interrumpió sus palabras cuando la expresión del rostro femenino cambió sin que él pudiera descifrarla. Ella asentía con suavidad cuando apareció una chispa diferente en los ojos marrones y una media sonrisa se le dibujó en el rostro. Le dio la espalda y se dirigió hacia la mesita de noche en el rincón junto a la cama. Sacó algo del cajón y volvió a cerrarlo con suavidad. Giró hacia él mostrándole un grueso vibrador de color púrpura.

«Me disponía a usar esto», ronroneó con sensualidad, «¿podrías ayudarme?», preguntó soltando la toalla, dejándola caer al piso y quedando desnuda ante él.

Capítulo 14

Gaby

El doctor Medeiros decía algo, pero yo no podía concentrarme. El cabello negro azabache lucía desordenado como cuando se pasaba las manos inquietas por los mechones. Los ojos verdes me recorrían de pies a cabeza, tratando de adivinar qué había debajo de la toalla. Él vestía impecable como siempre, al estilo de la vieja escuela, con chaqueta de estilo inglés, corbata italiana y pantalones a la medida. Yo me deleitaba en el suave movimiento de la boca masculina, luego miraba el cuello... para finalmente fijar la atención en el amplio pecho, que parecía atrapado en ropas demasiado formales. Ese pecho fue diseñado para camisetas deportivas... o mejor aún, para exhibirse desnudo. Cay me hacía alguna pregunta, pero lo único en lo que podía concentrarme ahora era en la manera en que me aumentaba la humedad entre las piernas solo por estar frente a él semidesnuda. Un par de horas antes, entendí que para salir con él esta noche y mantenerme en mis cinco sentidos, necesitaba apaciguar mi desesperación. Planifiqué otra larga sesión de autosatisfacción, como las que tuve casi todas las noches de las últimas semanas. Esta tendría que ser trascendental y extraordinaria para poder contenerme en su presencia durante toda una velada. Él me interrumpió justo cuando fantaseaba con que esa diestra boca se afanaba con entusiasmo entre mis piernas.

Me di por vencida y decidí ir tras lo que de verdad necesitaba. A él. Saqué de nuevo mi vibrador favorito del cajón donde lo escondí un momento antes y dije:

«Me disponía a usar esto, ¿podrías ayudarme?».

Cay se quedó inmóvil cuando me deshice de la toalla. Apretaba la mandíbula y clavaba la mirada en los pechos que subían y bajaban con cada una de mis respiraciones. El enorme pecho masculino parecía aún más grande mientras sostenía la respiración por la sorpresa. *¿Qué hice?* Estaba aquí desnuda ante él. Esto era lo opuesto a lo que planifiqué en la mañana. Cuando Cay salió del trance en que se encontraba, dio dos pasos agigantados que lo ubicaron justo frente a mí. Inspiré hondo dándome cuenta de cuánto extrañaba el olor amaderado de su perfume que encubría con sutileza el aroma natural de su cuerpo, que era aún más embriagante.

Uno de los fuertes brazos me rodeó la cintura y me haló violentamente contra el cuerpo duro. Me agarró una mano y la colocó sobre la larga erección pronunciando unas frases cortas en portugués. Estaba segura de que decía obscenidades, pero solo pude soltar un gemido como respuesta. Estaba duro y excitado. Bajó la cabeza para besarme y nuestras lenguas colisionaron, la suya mucho más feroz que la mía. Me quitó el vibrador de la mano y lo dejó caer al piso sobre la toalla. Me chupaba el labio inferior mientras movía las manos masajeándome el trasero. Antes de que yo pudiera reaccionar, estábamos tendidos sobre la cama, él se soltaba la corbata y apoyaba todo su peso sobre mí. Lo rodeé con las piernas por la cintura al mismo tiempo que trataba de deshacerme de la chaqueta, pero no había más tiempo para que él se desvistiera.

Me olvidé de la chaqueta y me empeñé en desenganchar el cinturón y abrirle el pantalón. Mientras tanto, él rebuscaba en el cajón de la mesita de noche y sacaba un preservativo. Lo abrió con los dientes mientras yo le bajaba los calzoncillos lo suficiente para liberarle el enorme pene

erecto. En cuestión de segundos el preservativo estuvo perfectamente colocado y seguido a eso Cay exploraba los pliegues de los labios vaginales para después meter dos dedos dentro de mí, haciéndome soltar un gemido de sorpresa.

«*Oh, Deus! Isto é perfeito...*», susurró sonriendo satisfecho. No pasaron cinco minutos desde que él se presentó en mi puerta y ya la lubricación en las paredes de mi vagina era una exageración. «¿Aplicaste lubricante?», preguntó mordisqueándome el lóbulo de la oreja y hundiendo más los dedos en mi interior.

«No. No es necesario. Recordar el peso de tu cuerpo desnudo sobre mí, es suficiente estímulo», confesé provocadora y obtuve como recompensa que Cay agregara el pulgar a la maniobra para masajearme con precisión el clítoris. Me estremecí y los pezones se me convirtieron en dos pequeñas piedras.

Descendió la boca sobre mí para darle atención a uno de los senos, pero ni siquiera trató de ser delicado. Chupó el pezón con fuerza hasta arrancarme un gemido obsceno de la garganta que lo hizo gruñir otras palabrotas más. Varió la atención hacia el otro pezón, ahora mordisqueándolo y lamiéndolo mientras los dedos en la vagina entraban y salían, giraban y se hacían espacio resbalando entre los pliegues. Otro gemido más fuerte y desesperado se me escapó de los labios y pareció ser la señal que Cay necesitaba.

Apoyó las manos a los lados de mi cabeza enredando los dedos entre algunos mechones de mi cabello. El miembro rígido y largo me penetró sin ninguna ceremonia. El gemido que oí salir de la boca de Cay fue la cosa más erótica que he escuchado jamás. Me apreté contra él, sosteniéndome de los fuertes hombros para profundizar las embestidas todo lo que fuera posible, mientras él empuñaba algunos mechones de cabello, sin halarlo. Acelerábamos el ritmo y él lo volvía a controlar. Cay me miraba con los ojos entrecerrados sabiendo que yo necesitaba más. Esperé demasiado para volver a tener esto.

«*Meu Deus, Gaby. ¡Qué apretada estás!*», siseó entre dientes. Los labios se le cerraron formando una fina línea recta. Algunas gotas de sudor le aparecieron en la frente. Me dejé llevar por completo. Todo lo que podía sentir era lo caliente, duro y grueso que era el pene de Cay, y la urgencia con que lo introducía dentro de mí. Lo vi apretar la mandíbula. Sentí el sofoco que se apoderaba de mí mientras me acercaba al orgasmo.

«Cariño...», murmuró Cay como una advertencia de que ya no se podría contener más. Aceleró el ritmo de las caderas y sentí que todo explotó a mi alrededor cuando él haló con fuerza los mechones que empuñó. Me hundí en una oleada de placer y clavé las uñas en la fuerte espalda mientras gritaba su nombre a viva voz.

La sensación era que pisaba en las nubes. Estaba feliz. Llegamos a recoger al doctor Martínez Leco y a su vecino Lester unos minutos antes de la hora acordada. Sirvió de mucho que Cayo y yo aprovecháramos el tiempo dándonos una ducha juntos y que luego de unos cuantos orgasmos más él se fuera a su apartamento a terminar de vestirse. Cuando él se marchó, me senté en la cama a recapitular todo lo que pasó en las últimas dos semanas. Mi sólido plan de evitar cualquier contacto con él fuera de lo profesional salió volando por la ventana.

Sabía que, a pesar de mi euforia actual, el cargo de consciencia llegaría en cualquier

momento. Conocía lo que vendría: los ataques de pánico, las pesadillas y la neblina mental que fueron tan comunes el año pasado. Aunque me pareció extraño, nada de eso pasó en estas dos semanas, pero volver a conectar íntimamente con Cay, seguro que sería el detonante. Quizás llegarían cuando lo enfrentara con sus mentiras. ¿Cuál era el propósito de engañar? ¿De pretender ser un hombre soltero? Eso quizá explicaba que también pretendiera ser un ebanista... Andrew pretendió prolongar sus mentiras afirmando que me imaginaba cosas, que me volví loca... Necesitó vernos a las tres juntas en una misma habitación para entender que llegó demasiado lejos y que su juego había terminado.

Debía buscar el momento para enfrentar a Cay y hacerle saber que vi las fotos. Esta vez no pasaría por la estúpida que fue la última en enterarse de sus engaños. Pero no quería que fuera esta noche. Mañana. Hoy quería saborear el recuerdo de lo que hicimos. Quería disfrutar la cena con mis nuevos amigos. Y quería regresar a su apartamento o al mío y repetirlo todo. Comencé a sospechar que la felicidad era algo similar a comer, tener sexo con Cay y repetir... en un bucle infinito.

«¡Buenas noches, chicos! ¡Uyyyy! ¡Estoy emocionado!», exclamó Lester al abrir la puerta trasera para subir al elegante todoterreno de Cay. A diferencia del lujo en las oficinas del quinto piso de la fundación, él no podía decir que no tuvo nada que ver con la selección de este vehículo de alta gama, que salió al mercado el año pasado.

«Yo digo lo mismo», afirmó mucho más sosegado el doctor Martínez Leco, entrando por la otra puerta.

Desde mi lugar en el asiento delantero, sostuve las manos de Lester replicando el gesto emocionado propio de dos adolescentes de trece años. Vicente y Cay intercambiaron miradas y podría asegurar que ambos giraron los ojos hacia arriba.

Parloteamos durante el recorrido de unos pocos minutos hasta llegar al restaurante, donde Cay se detuvo en la puerta y entregó las llaves al *valet*. Al bajarnos del carro, recibí el abrazo de oso de Lester. Era increíble cómo conecté con este señor de sesenta y dos años. Sentía que era un amigo de toda la vida, compartíamos una larga lista de gustos en común... amor por la alta cocina, por el teatro, por la pintura y por la lectura; incluso coincidiendo en un par de autores favoritos... y estaba segurísima de que era *gay*. Me encantaba su gusto por piezas de vestir llamativas. Mientras Cay y Vicente vestían la tradicional chaqueta azul sobre negro con corbatas elegantes, Lester eligió un pantalón fucsia y una camisa de patrón de paramécios. ¡Mas *fashion* y moríamos todos! No comentaría nada a los demás porque no conocía los prejuicios que pudieran tener Cay o Vicente. Y no podría ni pensar que un comentario mío afectara de alguna manera su amistad.

Me sentía honrada de que en mi cita de hoy me acompañaran tres hombres estupendos y que además fueran altos, elegantes y atractivos. El Dr. Cay se llevaba todos los premios, pero era obvio que Lester y Vicente en su juventud también fueron unos tipazos guapos y cautivadores. Lester me agarró de la mano y nos dirigimos a la entrada, y luego al rincón donde se encontraba la anfitriona del lugar. Anunciamos la reserva a mi nombre y la joven nos solicitó esperar en el bar hasta que nuestra mesa estuviera disponible. Nos dirigimos hacia allá, dejamos a Cay y a Vicente ahí sentados y nos fuimos al segundo nivel para conocer la enorme fuente interior, con hermosos detalles de mosaicos, que era el *spot* más *instagramable* de todo el lugar. Era muy

cierto que el diseño de interiores de este sitio era alucinante.

«Esto es divino», comenté a Lester al oído tratando de hacerme oír por encima de la música que invadía el espacio, que sonaba a un volumen más alto que en el primer piso del restaurante. Él asintió con ánimo y me mostró lo que parecía una pared con una cascada en el fondo del lugar. Sencillamente increíble. Nos acercamos y descubrimos que en realidad era una pared llena de pantallas que simulaban diferentes imágenes. Eran un complemento a la decoración, sin ser el foco principal. Juraría que mis padres amarían este lugar, así que me hice unas *selfies* para compartirlas en el grupo de WhatsApp de la familia. Me abracé a Lester para hacernos otras fotos y las compartí en el grupo *Gourmet y frugales* que creamos para la planificación de esta salida y que luego acordamos que mantendríamos abierto para planificar otras salidas más.

Una versión suave de *In da guetto* de J. Balvin comenzó a sonar en los altavoces y se completó la magia. Las luces, los colores... eran impresionantes. Con dificultad salimos a la terraza entre una gran cantidad de personas que se agolpaban en el lugar. Encontramos ahí un espacio más romántico y cálido. Los arbustos y las plantas colgantes eran el elemento principal aquí y supe que, de haber visto esto antes, me habría gustado hacer nuestra reserva en esta zona. La música era más suave, al igual que la iluminación y el ambiente en general era acogedor. Ideal para una salida con un amante. Nos desplazamos entre las mesas y llegamos hasta el borde de la terraza, protegido por una baranda de acero y cristal.

«Quizá podemos comer el postre aquí arriba, ¿qué opinan?». La voz grave de Cay detrás de nosotros nos sorprendió a los dos. Él se ubicó a mi lado en el barandal, apreciando la vista a la ciudad. Sentí cómo solo el roce de la tela de la chaqueta contra la piel de mi brazo desnudo me erguía los pezones.

«Es una excelente idea. Quédense aquí ustedes dos, que yo iré abajo a coordinarlo», indicó Lester apresurado. Ninguno de los dos protestó y vimos cómo se alejaba nuestro amigo. Parecía más que contento de dejarnos solos.

«Estás hermosa», susurró Cay con los labios pegados a mi oreja mientras me rodeaba con uno de los fuertes brazos.

«Tú también te ves espectacular». Quería decírselo desde que entré al vehículo más temprano, pero el beso con el que me recibió me lo impidió. De hecho, tardé un buen rato en lograr volver a pensar con coherencia y claridad.

«Quiero arrancarte ese vestido con los dientes», murmuró mirándome fijo a los ojos. Me alegraba que le gustara. Me lie con la tarea de comprar ropa nueva en una ciudad que ya no conocía y tuve que pedirle asesoría nada más y nada menos que a mi mamá, quien con una media sonrisa me llevó a su tienda favorita. Las jóvenes encargadas me ayudaron a elegir este vestido rojo que caía sobre las rodillas en el frente y bajaba hasta los tobillos por detrás. Exponía una buena parte del busto, pero unas coquetas manguitas con vuelo desviaban un poco la atención.

«No digas esas cosas...», susurré contra los hermosos labios. «Todavía mis pezones no se recuperan de tus mordidas y la vagina me late adolorida con tan solo respirar... y no te imaginas lo que siento cuando camino», dije sonriendo, pero vi que el atractivo rostro se le transformó totalmente mostrando preocupación.

«¿Acaso te lastimé?», preguntó circunspecto, colocándome las grandes manos alrededor del rostro y forzando a que lo mirara de frente.

«¡No! Nunca. Y si lo hubieras hecho..., necesitaría que me revisaran la cabeza porque quiero que lo hagas otra vez..., por favor». Cay respiró aliviado y movió los brazos para rodearme la cintura, apretándome contra toda su dureza.

«No quiero esperar para tenerte en mi cama. Vayámonos pronto de aquí, por favor», sugirió con voz raspada ocultando la nariz entre mis cabellos. Debíamos movernos de aquí. Estábamos en público y al borde de crear un espectáculo. Uno porno por encima de todo.

«De acuerdo. Ordenaremos los aperitivos y los postres al mismo tiempo». Aseguré riendo mientras regresábamos al primer nivel del restaurante y ubicábamos a Vicente y a Lester, quienes ya estaban sentados en nuestra mesa conversando.

El camarero retiraba los platos de nuestros aperitivos cuando Lester ordenó una segunda botella de verdejo y recibió una pequeña reprimenda de Vicente, la que él ignoró diciendo que eso le curaba la acidez. Las carcajadas se sucedían una a la otra. La comida estaba deliciosa y la compañía mejor.

Cuando llegó mi plato principal vino prendido en llamas, por lo que Cay preguntó curioso qué había ordenado. Esperé a que las llamas cedieran y corté un trocito de la jugosa carne, la clavé con el tenedor y la puse frente a sus labios. «Sopla», ordené concentrada en el brillo de los ojos verdes, pero él no hizo caso. Abrió la boca y saboreó el bocado. «¿Qué tal?», pregunté.

«Lo mejor que he probado en mucho tiempo», contestó mirándome fijo a los ojos. De alguna manera supe que no se refería a la carne. Se refería a mí. Sentí cómo la humedad entre las piernas no se hizo esperar. Solo con unas cuantas palabras suaves y este hombre me tenía lista para él otra vez. El mundo no existía alrededor nuestro. Nada importaba. La comida se enfriaba, el vino se calentaba, y Vicente y Lester chocaban sus copas con disimulo.

Yo fui la primera en apartar la mirada y tratar de componerme. La conversación fue migrando de un tema a otro, yendo desde la política internacional, las series de Netflix más recomendadas, hasta los éxitos de Dua Lipa. Y como si fuese un guion bien ensayado, comenzó a escucharse la colaboración que hizo la artista con Elton John en la canción *Cold Heart*.

Me sorprendió ver a Cayo soltar el cubierto del postre sobre el plato para bailar moviendo los hombros discretamente al ritmo de la música, levantando los puños a la altura del rostro. Imité sus movimientos riendo y vi a Lester agarrar el cuchillo simulando un micrófono y compartiéndolo con Vicente para entonar la estrofa de:

*It's a human sign.
When things go wrong
When the scent of her lingers
And temptation's strong*

Fue mi turno de agarrar el tenedor y entonar las letras que correspondían a Dua Lipa, replicando la coreografía de torso que hacía en esta canción la famosa artista. Todos reímos a carcajadas otra vez. Estábamos mucho más embriagados de lo que podrían habernos

emborrachado las botellas de vino que consumimos...; de hecho, mi primera copa bajó poco y la de Cay seguía intacta. La alegría en esta mesa no tenía nada que ver con el alcohol.

«Ser feliz sale barato», afirmó Lester. «¿Quién diría que un solterón, un sesentón divorciado, una bella jovencita y un joven viudo podrían hacerse tan buena compañía?».

Escuché el singular chirrido dentro de mi cabeza. El disco de vinilo imaginario que alguien detenía con los dedos. ¿Viudo? ¿Lester dijo *viudo*? Tragué el trozo de *cheesecake* antes de que la garganta se me cerrara por completo y muriera aquí mismo.

«¿Viudo?», pregunté en un quejido mirando el perfil de Cayo, quien se llevaba la copa con agua a los labios, sin mirarme. Vicente y Lester seguían entretenidos en su conversación y se carcajeaban otra vez. Recordé las fotografías que encontré en el cajón del escritorio. Traté de recordar el rostro de la rubia que lo abrazaba en la fotografía. Ella era hermosa y demasiado joven. Los dos eran muy jóvenes. Mis abuelos eran octogenarios y ninguno había enviudado. Todo razonamiento de la lógica médica desertó de mi mente. No era justo. Agarré mi propia copa con agua y tragué el nudo de lágrimas que se me formó en la garganta, pero aún no podía calmar el picor en los ojos.

Regresé la atención a la mesa con mucho esfuerzo cuando Lester afirmaba que la acidez empeoró y que iría un momento al baño. Sabía que el flujo sanguíneo en mi cuerpo disminuyó considerablemente. Estaba al borde de un *shock* emocional. Aturdida. Fue por eso por lo que la escena frente a mí no me hacía sentido.

Lester se puso de pie haciendo un esfuerzo por mantenerse sonriente. El buen Lester, simpático, amable y divertido, se alejaba de la mesa y caminó apenas un par de pasos, poniendo lentamente un pie delante del otro y tratando, con dificultad, de repetir la operación, antes de caer derrumbado al piso. Mi buen amigo Lester, el de la personalidad extrovertida, afectiva y emocional, el que contaba las mejores bromas, estaba tirado en el piso desmayado.

«Llama al 9 1 1», gritó Cay, quien se abalanzó sobre Lester con los brazos extendidos, ubicando las manos en el pecho y apoyando el peso del cuerpo sobre el pecho del señor, realizándole una maniobra de reanimación cardiopulmonar. Contaba uno, dos, tres, cuatro..., y así continuaba. Yo aún no entendía nada.

«Necesitamos una ambulancia en el Restaurante Ámbar, calle Rafael Augusto Sánchez, en Piantini. Posible IAM», sollozaba con desesperación Vicente en el móvil. ¿Infarto al miocardio? ¡*Un infarto!*

Capítulo 15

Gaby

Cay estacionó a un costado de la entrada de Emergencias, dejando suficiente espacio para las maniobras de la ambulancia. Yo conversaba por el móvil con Virgilio mientras Cay utilizaba los altoparlantes de la cabina del vehículo para conversar con el doctor Diego López, el cirujano cardiovascular que, con regularidad, asistía en el Departamento de Cardiología.

«Procede hacer una reperfusión directa», indicó el doctor López. «Ordena que apliquen el protocolo de ingreso con anticoagulantes y beta protección. Estaré ahí en unos veinte o veinticinco minutos». Cayo me miraba cuestionando si Virgilio escuchaba las indicaciones del cirujano y si sabía cómo proceder. En mi celular, Virgilio afirmaba que tendría todo listo para cuando el cirujano llegara. «¿Ya localizaste a Martínez Leco?», preguntó el doctor López, que ahora hablaba como si estuviera en movimiento..., posiblemente dirigiéndose a su vehículo. Cay hizo una mueca de frustración. El doctor Martínez Leco era el jefe del Departamento de Cardiología y era de esperarse que él decidiera el plan de acción de la cirugía.

«Vicente acompañó al paciente en la ambulancia, pero es alguien cercano a él. Sé que insistirá en estar presente en la cirugía, pero quien te asistirá será uno de los médicos investigadores, el doctor Virgilio González», concluyó Cay.

«Claro. Ya he trabajado con Virgilio. Bien, pues estaré ahí en unos momentos», indicó el médico finalizando la llamada.

«Vamos», ordenó Cay sin más y nos desmontamos del todoterreno para entrar a Emergencias.

En la sala de emergencias, la camilla de Lester fue ubicada en un cubículo privado y el doctor Martínez Leco estaba de pie junto a ella. Lester recuperó la consciencia, pero parecía no reconocer la gravedad de lo que pasaba. Repetía que quería irse a casa y que no le gustaban los hospitales. Vicente sostenía una de sus manos entre las dos de él y hacía un esfuerzo por calmarlo y a la vez de disimular la terrible angustia que sentía.

Cay se acercó a la camilla y colocó la mano en el hombro de Lester para explicarle en detalle el procedimiento que se le practicaría. Vicente disimulaba para secarse las lágrimas que insistían en correrle por el rostro... y fue entonces que entendí la situación. ¡OMG! ¡*Qué tontazonza-merluza soy!* ¡¿Por qué mi mamá nunca me confesó que tengo necesidades especiales o retraso para el aprendizaje?! ¡Qué difícil debió de ser criarme! ¡Cuántas salidas más iba a necesitar para entender sus miradas y la forma íntima y cotidiana en la que se tratan? ¡Lester sí era homosexual como sospeché... y era la pareja del doctor Martínez Leco! ¡*Dios!* Lester y Vicente conocían en detalle los gustos de uno y del otro para la comida, los postres..., la música. Cada cual se adelantaba a las necesidades del otro. ¡Eran una pareja fenomenal!

Regresé mi atención a la conversación que se desarrollaba frente a mí con la sensación de haber cruzado un umbral hacia la iluminación divina. Mi móvil vibró anunciando una llamada de Virgilio para avisar de la llegada del doctor López y que se presentarían a buscar al paciente en

los próximos minutos. Lester puso cara de susto cuando le informé de ello y Cay le indicó que no había nada que temer, que estaban interviniendo a tiempo y que la intención era devolverlo a su día a día más fuerte de lo que estuvo antes.

«¿Vienes conmigo?», preguntó Lester inquieto y emocionado a Vicente, quien trató de esbozar una sonrisa reafirmante para contestarle.

«Hasta el fin del mundo, mi amor», respondió más sereno. Y ya ahí no pude contener mis propias lágrimas. La hermosa escena que presenciaba requería de música romántica de fondo, flores y corazones brotando por todos lados. Eran una pareja increíble. Vicente colocó la frente sobre la de Lester y le murmuró algunas cosas más a su compañero.

Cay me tocó el brazo para que saliéramos al pasillo y los dejáramos solos los minutos que restaban antes de que trasladaran a Lester al quirófano. Me detuve en el área de Enfermería para saludar a la enfermera Robles, quien haría guardia por veinticuatro horas. También observé que el doctor García hacía turno en Emergencias en la noche de hoy y coincidió con el horario de la doctora Emilia Báez. Esos dos estaban llenos de coincidencias últimamente...

Cuando llegaron los doctores López y González, vinieron con los camilleros que harían el traslado. Se movieron con presteza y en poco tiempo todos abandonaron la sala de emergencias. Cay atrapó a Vicente en un fugaz abrazo con fuertes palmadas en la espalda, asegurándole que todo estaría bien, antes de que el doctor huyera persiguiendo a los otros médicos. Luego se acercó al doctor García a conversar.

Emergencias estaba en calma. Un joven de unos veinte años se recuperaba de una fuerte reacción alérgica alimentaria y la acompañante conversaba con la doctora Báez. No había mucho que yo pudiera hacer aquí, así que me fui al área de los quirófanos. El pasillo estaba vacío y pasarían varias horas antes de que tuviéramos alguna noticia del procedimiento.

El piso estaba limpiísimo, así que no me molestó sentarme ahí. Me solté las sandalias, abrí mi pequeño bolso de fiesta y saqué el móvil otra vez. Busqué las fotos que hice un par de horas atrás. En la cara sonriente de Lester no se podría sospechar lo que pasaba en su organismo. Recordé las palabras de un catedrático en alguna conferencia que presencié diciendo que: *El peligro de las enfermedades cardíacas radica en su sigiloso avance, sin dar señales de alarma hasta que es demasiado tarde*. Sequé las lágrimas con las yemas de los dedos rogando que no fuera demasiado tarde para Lester. Teníamos mucho más que conversar, más libros que compartir y muchos otros restaurantes que conocer.

Cerca de una hora después, Cay también se sentó en el piso junto a mí.

«Por fin te encuentro», indicó en tono cansado. «Tuve que atender el papeleo de la cirugía. No quisiera que Vicente tenga que lidiar con ningún tema administrativo en estos momentos», confesó en tono cansado.

«¿Conoces a Lester desde hace mucho tiempo?», pregunté con curiosidad. Quería saber más de Lester. Quería tiempo para compartir muchas otras cenas con él.

«Quizá unos cuatro años. Vicente y yo llegamos más o menos al mismo tiempo a la fundación. Él me ayudó a adaptarme al país, a las costumbres y me orientó en el trato con los pacientes y los empleados. Siempre ha tenido mucha paciencia conmigo, y desde los primeros días lo consideré un buen amigo», dijo sonriendo y acariciándome suave los pies. Agradecí en

silencio a mi mamá el haberme obligado a arreglármelos. «De vez en cuando me invitaba a ver competencias de velocidad o a cenar en su casa, y siempre coincidía con que su vecino cruzaba a saludar, en poco tiempo me di cuenta de que era más que un vecino». Rio otra vez. «Son gente muy buena», afirmó.

Asentí y nos quedamos en silencio por un rato. Hasta que no pude contenerme más y cambié el tema comentando:

«Nunca me dijiste que eres viudo». Cay miraba los zapatos que traía puestos y acariciaba la costura de los finos mocasines.

«Hablo poco de eso y por algún motivo doy por sentado que todos lo saben. Acababa de llegar a este país cuando una odiosa revista de sociedad solicitó una entrevista para sacar un artículo de la Fundación Medeiros Pardo. Lo que publicaron fue un desastre. No tuvo nada que ver con la fundación ni con el hospital ni con nada de la obra que hacemos aquí. Publicaron unas fotos mías y me expusieron en una vitrina, como si yo fuera un participante en *The Bachelor*. Describieron al Dr. Cay con solo tres palabras: viudo, médico y portugués», recordó con rechazo. «Aquello fue una pesadilla. La solicitud de citas para consultas de Medicina Interna se multiplicó por cinco. Recibía correos electrónicos de desconocidas invitándome a salir, a sus casas, a la playa... algunas me llamaban directo al móvil para lo mismo». Cay pasaba las manos por la cabeza como queriendo huir de esos recuerdos. Me divertía su relato, pero él no le encontraba la gracia.

«Hmmm... ¿sabes qué?, quizá creas que eso pasó porque en esa revista anunciaron que eras viudo, pero escribiendo que eras soltero se habría dado la misma reacción en el público de la revista. Eres demasiado atractivo para tu propio bien», determiné.

«Eso crees, ¿eh?», preguntó sonriendo con picardía para luego suspirar cansado. «Pero no es así. Fui modelo en mis años de premédica. Trabajé en las pasarelas de Nueva York con algunas marcas importantes. Hice comerciales y también portadas de revistas», recordó pensativo, «sin embargo, nunca fui acosado. Así que el fenómeno no tiene nada que ver con mi apariencia», afirmó demasiado seguro de lo que decía. Pero a mí me quedaban mis dudas... La realidad de mi país es peculiar. Un extranjero, de buena posición económica y con la apariencia física de Cay *el Ebanista*, era sencillamente demasiado. Lo oí suspirar antes de iniciar su relato.

«Conocí a Cecilia en una gala benéfica organizada por la fundación. Caí a sus pies. Literalmente», contó Cay nostálgico. «Los cables eléctricos de unos reflectores atravesaban la entrada al salón del evento. La peor idea y la más insegura que se le pudo ocurrir a los técnicos. Los reflejos me fallaron y caí de bruces en la alfombra. Me ponía de pie cuando la oí decir algo así como que no había reparado en qué tan irresistible se volvió en los últimos días que los hombres caían rendidos a sus pies», recordó él con una dulce sonrisa dibujada en el rostro. «Que dijera algo como eso aun cuando en el accidente le derramé parte de su propia bebida sobre el vestido de fiesta, me hizo saber que era una mujer increíble. Un año después le pedí matrimonio... Te casas amando a una persona», continuó ahora más taciturno, «y das por sentado que estarán juntos para siempre, que se pondrán viejos juntos... Si acaso algo fallara o dejaran de amarse, pues cada cual seguiría su camino. Pero nunca piensas en la muerte... Cecilia murió demasiado joven y estando embarazada». No pude contener un pequeño jadeo de sorpresa. Recordé las fotos y lo felices que se veían. Cecilia... Ceci.

«Suena a que era extraordinaria y de buen sentido del humor... ¿La llamabas Ceci?», indagué atrayendo su atención al presente. Asintió y decidí compartirle mi propio relato. «Hace tres años, inicié una relación con un brillante abogado que conocí al llegar a Londres. Era atento, atractivo y conversador... Me sorprendía con flores y me preparaba desayunos caseros los días que hacía guardia en el hospital. Me enamoré como una loca. Nos comprometimos un año después y nos mudamos juntos, pero no nos veíamos mucho por mis horarios de trabajo y porque él hacía frecuentes viajes de negocios a Liverpool y a Birmingham». Detuve la narración, un poco avergonzada, pero decidí continuar: «él tenía la peculiaridad de hablar dormido... y en sus sueños mencionaba nombres como Bertha..., Jenny... y algunos más que no recuerdo... Eso me molestaba mucho, pero dejé de reclamarle cuando me aseguró que eran nombres de clientes importantes, y me acusó de no comprender todo el estrés que sufría en el trabajo. Algunas veces se burlaba diciendo que eran ridiculeces mías, que era celosa e insegura. Hasta que una noche, Bertha tocó a mi puerta». Cay me miró sorprendido con los ojos como platos. «Era una mujer elegante y refinada que decía residir en Liverpool y se presentó como la esposa de Andrew y la madre de sus tres hijas. Y no venía sola, sino acompañada por Jenny, una estudiante de Derecho de unos veinte años, quien residía en Birmingham; estaba visiblemente embarazada y en algunas semanas más daría a luz a otra hija de Andrew... En fin, ¡no eran ridiculeces mías! Me comprometí con un narcisista manipulador que llevaba varias vidas en paralelo», expresé buscándole la mirada, haciendo una pausa para luego continuar: «Aquel domingo que dormimos juntos, llamabas a Ceci en tus sueños», declaré viendo cómo su boca se convertía en una gran O y luego se cubría el rostro con las manos.

«¡Lo siento! ¡Lo siento! No sé cómo puedo disculparme ni qué más puedo decirte...», susurraba Cay excusándose angustiado.

«No es necesario que digas nada, ni que te disculpes...», afirmé. «Te insulté y te saqué de mi apartamento porque sentí una conexión maravillosa contigo, pero no podía permitirme volver a lo mismo... Tenía que alejarte y no volver a verte nunca más», sonreí con sorna, «pero ja, ja, ja, el destino tenía otros planes».

«Yo sabía que volvería a buscarte», indicó Cay resuelto. «Sentí la misma conexión que describes y quería volverte a ver. No iba a engañarte. Ahora sabes que conocí a mi persona especial y que la perdí. Por eso no persigo relaciones a largo plazo, sino solo vínculos casuales... Y sospeché que tú buscabas lo mismo. Supe que algo extraño pasó aquella tarde, así que te di el tiempo para calmarte... y entonces ¡apareciste aquí! En la fundación... ¡como médica investigadora! No podía creer en mi suerte», expresó Cay desplegando una hermosa sonrisa mientras negaba con la cabeza.

«¿Qué te parece si comenzamos desde cero otra vez? Si presionamos un botón de *reset*», propuse extendiendo la mano y cuando él me estrechó la suya le dije: «¡Hola! Soy la doctora María Gabriela Fuentes Sena. Médica gastroenteróloga y regresé a mi país para trabajar en la Fundación Medeiros Pardo. No busco una relación, no quiero compromisos, ni formalidad, ni etiquetas... Me conformo con la honestidad», indiqué entre seria y divertida.

«¡Hola! Soy Carlo Augusto Medeiros Pardo. Médico infectólogo... y me encantaría perderme en tu cuerpo otra vez», respondió plantándome un apasionado beso en los labios. Olvidé que estábamos en uno de los pasillos del hospital y permití que me explorara la boca con fervor. El ruido de las puertas del quirófano nos hizo despertar a la realidad y al difícil momento

que estábamos viviendo. Nos pusimos de pie velozmente y quedamos expectantes frente a la salida. El doctor Martínez Leco salió al pasillo y, al encontrarnos ahí de pie, caminó hacia nosotros sollozando inconsolable.

Capítulo 16

Cayo

Cayo estaba de tan buen humor que ni siquiera la presencia de Sofía en su oficina podía opacarle el día. Ella misma parecía intrigada y tuvo que comentarlo:

«Se nota que estás de buen ánimo hoy», dijo acomodándose en la silla frente al escritorio. «¿Practicaste *squash* esta mañana?», curioseó. Al parecer su buen humor era carta blanca para coquetear con él, cruzar las piernas y dejar que la falda se le rodara hasta la mitad del muslo. Consideraba que Sofía era una mujer muy atractiva, complementaba sus cirugías estéticas con largas horas en el gimnasio y eso le daba como resultado una figura fenomenal. Sin embargo, en el último año, el rostro de la joven iba perdiendo la lozanía natural, producto del exceso de inyecciones de toxina botulínica y ácido hialurónico.

«¿Recibiste la extensión de las vacaciones de Vicente?», pregunté para no desviarnos, ni un milímetro, de una conversación profesional.

«Sí. Eso quería comentarte. Solicitó dos semanas más, con las que ya serían seis semanas. ¿Está todo bien con su salud?», cuestionó sabiendo que mi relación con Vicente no era solo de colegas, sino que éramos amigos. Que, si algo no estuviese bien con él, yo lo sabría.

«Entiendo que sí. Está cuidando a un pariente convaleciente». La cirugía cardíaca de Lester resultó ser exitosa. Fue posible realizarle una angioplastia del vaso ocluido y el cirujano esperaba una recuperación total, siempre y cuando el factor psicológico lo favoreciera. Vicente y él se salieron de la capital cuatro semanas atrás y se alojaron en una casa en la playa para descansar, hacer ejercicio moderado y alimentarse de forma sana. Al parecer le cogieron el gusto al descanso porque se quedarían allá un par de semanas más. «Su equipo de investigadores avanza sin contratiempos. Yo puedo seguir cubriendo sus turnos en Emergencias y González podría asistir al doctor Diego López en la programación de las cirugías. Por cierto, es necesario revisar el contrato de López. Me gustaría que tuviese una posición permanente en la fundación», recordé.

«Le hicimos una oferta hace tres años, pero no la aceptó. Su práctica privada iba en crecimiento», señaló Sofía revisando un archivo en la *tablet*.

«Insiste con una mejor oferta. Quizá tengamos más suerte ahora», indiqué regresando mi atención a la tabla de datos que preparaba en el computador.

«También necesito que conversemos sobre la fiesta de navidad». Miré sorprendido la fecha en la pantalla. Doce de septiembre. Estos preparativos comenzaban cada vez más temprano.

«Quisiera que me dejaras fuera de eso. Haz tus elecciones y el presupuesto, y busca la aprobación de Finanzas. Si ellos aprueban es muy posible que yo también lo haga», expresé decidido, pretendiendo así terminar la conversación.

«Ya hace tres años que me acompañaste a ver los lugares para eventos», expresó resentida. Pareciera que añoraba aquellas salidas interminables dando largas vueltas por la

ciudad, visitando todo club, restaurante y salón de eventos que existiera.

«Eso fue cuando comenzamos a crecer y ya no cabíamos en nuestros propios salones. En aquel entonces era necesario que me involucrara. Ya no. ¿Alguna otra cosa?». Eran las cuatro de tarde y pretendía salir puntual a las cinco, habiendo terminado la dichosa tabla de datos.

«Desde Lisboa nos han pedido unas fotos de estudio de los investigadores con el fin de subirlas a la página web y tenerlas disponibles para las publicaciones del cuatrimestre, tanto internacionales como regionales. Voy a coordinar la sesión en el salón de reuniones del Departamento de Investigaciones para la próxima semana en horario de la tarde», relató con profesionalismo.

«Me parece perfecto. Procura que puedan distribuirse en dos o tres sesiones de mañana y tarde para que puedan acomodarse a la sesión que más les convenga y no tengan presión adicional en sus horarios ni coincida con los turnos en Emergencias». Sabía la logística que representaba estar presentables para esas fotos, principalmente para las mujeres, así que no era necesario agregar estrés al trabajo regular. Vio que Sofía asentía.

«El grupo que fue a México regresa hoy, ¿cierto?». Asentí calculando que ya cada cual debía estar en sus respectivas casas, y sospechando que ahora Sofía descubriría la razón de mi buen humor. Gaby regresaba de un viaje de siete días representando a la fundación en un congreso de Medicina Interna y Gastroenterología, junto con otros tres investigadores. «¿Sabes si la doctora Fuentes ya reparó su vehículo?», indagó la gerente mostrando una supuesta indiferencia.

«No sabía que su vehículo estuviera averiado», contesté distraído por unos valores que daban resultados incorrectos.

«Es que una de las oficinistas aseguró haberlos visto llegar juntos varias veces, muy temprano, en las pasadas semanas... y, encima de eso, como has estado sustituyendo a Martínez Leco en Emergencias, también las enfermeras comentan que la esperas para marcharse juntos después del turno... Pues pensé... Pensé que quizá el vehículo de ella estaría averiado. No está bien que ustedes den pie a más rumores..., sobre todo con la situación que tenemos con García y la doctora Báez», concluyó en una representación perfecta de la estricta madre superiora de un convento.

«Sabes que la doctora Fuentes y yo vivimos en el mismo edificio, ¿no? Por lo tanto, si trabajamos en el mismo lugar y coincidimos en horario, es conveniente para los dos venir y marcharnos juntos, pero quisiera que me explicaras cuál es la “situación” que tenemos con García y la doctora Báez», preguntó Cayo expectante y taladrando a Sofía con la mirada.

«¡Ya sabes! Es el cuchicheo constante de los pasillos. Están saliendo mientras ella está preparando su boda con otro hombre», manifestó indignada.

«Quisiera que me expliques ¿cómo es *eso* asunto de nadie en la fundación? Nuestra plantilla de empleados completa es mayor de edad, incluidos García y Báez. Lo que ellos hagan en privado y en su tiempo libre no nos incumbe a ninguno de nosotros... y boda o no boda, eso queda entre ella y su prometido, ¿no? Espero que encuentres alguna manera de detener el chismorreo y pasar un mensaje coherente con nuestros principios de respeto a la privacidad. Y quisiera que fuera la última vez que tú y yo conversamos sobre la vida privada de alguien.

¿Alguna otra cosa?». Cayo la miraba con dureza, la vio moverse incómoda en la silla y finalmente ponerse de pie.

«Debo enviarle un nuevo móvil a la doctora Fuentes, algo le pasó al interno en el viaje y le hicimos una sustitución. ¿Podrías llevárselo?», preguntó ensombrecida.

«No veo inconveniente», respondió Cayo viéndola salir de su oficina con actitud derrotada.

Él no necesitaba ninguna excusa para llegar directo al apartamento de Gaby. De hecho, ese era su plan desde temprano en la mañana. Su tiempo juntos se interrumpió por ese tonto viaje. Sí, era cierto que era un gran reconocimiento a la calidad del artículo científico que Gaby publicó en una reconocidísima revista mexicana; sí, también era cierto que para ella esta era una oportunidad única de compartir conocimientos; sí, igual era cierto que, aunque ella presentó ponencias en las universidades donde estudió, era su primera vez como conferencista en un entorno profesional, y también era cierto que sería otro logro más de la fundación. Pero él pasó esas noches demasiado solo. Pasó una semana entera desde la última vez que la tocó y estaba desesperado. Conversaron por videoconferencia todas las noches, pero Gaby compartía habitación con la doctora Micaela Brenes y, aunque ella usaba audífonos en sus conversaciones, era una situación incómoda.

Llevaban cuatro semanas durmiendo juntos. Les era indistinto en cuál de las dos camas. A Cayo no le importaba dormir en la pequeña camita de Gaby, siempre y cuando pudiera abrazarla toda la noche. Y la gran recompensa era una taza de café de su fabulosa máquina, temprano en la madrugada.

Cayo sabía que esta no era la forma en la que abordó las relaciones casuales anteriormente. Si bien era cierto que siempre fue monógamo, no invertía demasiado tiempo en ninguna relación. Pocas veces veía a esas chicas más de dos veces en la misma semana, ninguna le gustó tanto como para hacerlo apurar trabajo para irse a casa a esperarla y jamás durmió en la casa de alguna de ellas. Creía que la comodidad de que Gaby fuera su vecina cambió todo eso e hizo la relación más conveniente y cotidiana.

Una pequeña muestra de cómo se comportaron en estas semanas fue que gastaron una primera caja de preservativos. Ninguno de los dos podía creérselo y, entre caricias, besos y carcajadas necesitaron abrir la otra caja con prisa. Mas tarde, Cayo buscó la referencia y ordenó otras tres cajas en Amazon, con entrega rápida.

Pero estar con Gaby era algo mucho más interesante que el sexo fuera de los parámetros que tenían. Conocerla era una aventura permanente. Descubrió que también era una entusiasta de la Fórmula 1, pero era simpatizante del piloto ¡Max Verstappen! El archirrival de Lewis Hamilton. No lo podía creer..., una cabecita tan brillante con semejantes gustos. Aprendió que dominaba varias técnicas de lectura rápida y podía devorar complejos artículos científicos a gran velocidad. Era fanática de Harry Potter y conocía todas las discrepancias entre los libros y las películas. También sabía que necesitaba ejercitarse diariamente, o perdía fácilmente la concentración. Le gustaba hacer ayunos prolongados y se apoyaba en las mismas teorías que investigaba para mantener el intestino sano. Lo mejor de todo fue descubrir que era una mujer compasiva, divertida y cariñosa.

Tenía una relación muy cercana con su hermana, a quien Cayo conoció por *Facetime* y quien lo sorprendió con el saludo de: «*Salve! Dr. Cay el Ebanista!*», y también tenía buenísima relación con el resto de su familia. Decía que todos la consideraban la chica callada y retraída de la casa... y para Cayo no había nada más lejos de la realidad. Religiosamente, todos los fines de semana, lo dejaba solo y se iba a hacer una comida con sus padres y en la semana visitaba a sus abuelos paternos: la abuela Mayra y el ultrafamoso abuelo Alberto. Solo una vez al mes visitaba a los abuelos maternos, quienes vivían en las montañas de Jarabacoa, y acordaron que en la próxima visita Cayo la llevaría en la moto.

Gaby era una mujer honesta, independiente y entregada. No le gustaban los juegos ni las manipulaciones. Hablaba claro y de frente. No reprimía sus sentimientos y era de emociones intensas. Disfrutaba la vida con ganas, amaba a su familia hasta desbordarse y cuando se molestaba era mejor mantener una distancia prudente y en silencio hasta que se calmara. Se tomaba todo muy en serio, incluso su rol de amante. Era activa en la cama y se empeñaba en dar tanto placer como recibía. Y Cayo se refería a la cama por dar un espacio al sexo..., pero en realidad era en el sofá, en el suelo, en la mesa, en las sillas, contra la nevera, contra el ventanal... ¡cielos! Comenzó a endurecerse solo de recordarla de pie, desnuda y apoyada contra el ventanal del apartamento, mientras él se perdía con la boca incrustada entre las bellísimas piernas. Decidió que era hora de abandonar la tabla de datos y marcharse a casa.

En el poquísimo tiempo que llevaban juntos cayeron en una cómoda rutina de ir y volver juntos al hospital, según sus horarios, cocinar el uno para el otro, ordenar comida juntos, pasar tiempo leyendo o viendo dramas de Netflix o sencillamente conversando. En esas semanas ella solo preguntó una vez sobre la vida de casado de Cayo... quiso saber dónde vivían y a qué se dedicaba Cecilia. Cayo contestó con naturalidad y abiertamente, pero ella no preguntó nada más.

Cuando Cayo subía al todoterreno escuchó la notificación de mensajes en el móvil y supo que era ella antes de agarrar el dispositivo:

Gaby: *Estoy loca por verte. ¿A qué hora llegas?*

Cayo abrió la aplicación del tráfico y compartió su ubicación actual y la ruta que seguiría. De esta manera ella podría estimar su llegada.

Cayo: *Estos han sido los siete días más largos de la historia. Tengo unas ganas increíbles de abrazarte.*

Gaby: *¡Llega! Necesito que hagas mucho más que abrazarme.*

Cayo: *Eres impaciente, mulher adorável.*

Soltó el móvil y entró al tráfico. Casi media hora después llegaba al estacionamiento de su edificio. Esperaba inquieto por el ascensor cuando una pareja de señores se detuvo a su lado, ella era una mujer pequeña, elegante con una hermosa mata de cabello rizado y él un hombre alto, caucásico y atlético de una edad indefinida alrededor de los setenta años. Intercambiaron saludos con educación. Su horario de trabajo no le permitía aún conocer a la mayor parte de sus vecinos y tampoco tenía mucha esperanza de conseguirlo. Segundos después se abrieron las puertas del ascensor y todos entraron. Cayo marcó al piso siete y el señor, quien iba a hacer lo mismo, asintió agradecido. La señora iba distraída buscando algo en su bolso y se quejaba de no recordar si guardó algo en este bolso o en algún otro. Las puertas se abrieron, Cayo se despidió y

dejó a los señores rebuscando en el lujoso bolso.

Caminó a paso doble hasta la puerta de Gaby. Apenas tocó y ella abrió la puerta de par en par. Estaba descalza y vestía unos *shorts* diminutos y un sostén deportivo, tenía el cabello suelto y parecía acabado de secar por un estilista. Todo en ella brillaba como si le hubiera robado algunos rayos al sol. Lo sorprendió dando un ágil brinco y trepándose en él. La atrapó con fuerza sosteniéndola por las nalgas. Las fuertes piernas le rodearon la cintura y se le abrazó al cuello, metiendo las manos en el espeso cabello negro. Le estampó un beso desesperado en los labios y de cierta manera comenzaron a comerse las bocas, demostrándose cuánto se extrañaron el uno al otro. Cayo recordó que estaban en un pasillo y que necesitaban privacidad con urgencia. Dio dos pasos para entrar al apartamento y cuando iban a cerrar la puerta detrás de ellos escucharon una voz femenina diciendo:

«¿María Gabriela?!». El llamado sonaba lleno de sorpresa e incredulidad. Rompieron el beso con dificultad para girarse al pasillo y encontrarse ahí con la pareja de señores que acompañaron a Cayo en el ascensor. Ambos los miraban con los ojos abiertos como platos. El quejido de sorpresa de Gaby lo puso en alerta.

«¿Mamá?, ¿Jack?, ¿qué hacen aquí?!».

Capítulo 17

Gaby

Cay, Paul y Jack parecían conocerse de toda la vida. Reían divertidos en el patio de la casa de mis padres. Y yo no lograba relajarme. La última vez que traje un amigo a esta casa tenía dieciséis años y Jack, mi padrastro, fue muy cruel con él. El pobre chico no tuvo oportunidad de disfrutar la cena, tratando de contestar la avalancha de preguntas que le hizo Jack, desde qué se veía haciendo en diez años hasta qué pensaba de la diferencia de las drogas que se usaban en los setenta y las de la actualidad. Pobre Eduardo. ¿Qué habrá sido de su vida diez años después?

«No pareces contenta», aseguró mi hermanito Gael zambulléndose junto a mí en la piscina infinita rodeada de hermosos maceteros blancos que contenían las zamias, las reflexas y las palmas bolas que se convirtieron en la pasión de mi mamá en los últimos años. «Yo podría asegurar que no querías traer a tu novio nuevo a casa, ¿o sí?», continuó diciendo. Sonreí y lo rodeé para abrazarlo y besarlo en el tope de la cabeza.

«A veces se me olvida lo perceptivo que eres, mi muchachito hermoso». Y es que de verdad mi medio hermano era un ser hermoso. Físicamente era una versión adolescente de mi padrastro, con cabello rubio, unos preciosos ojos azules y la cabeza llena de rizos. Ahora se ocupaba de mantenerse en forma, por lo que desarrolló la musculatura del cuerpo y llenaba espectacularmente las camisetas, pero mucho más importante que eso, era un muchacho sensible, atento y preocupado por el bienestar de los demás. Nuestra conexión siempre fue intensa, desde que era un bebé. «El problema, justamente, es que no es mi novio. Tenemos una relación casual. No queremos que las cosas se pongan serias entre nosotros. Y traerlo al almuerzo del domingo, presentarlo a toda la familia, creo que es una altísima dosis de formalidad», dije mortificada en el mismo momento en que él me miraba y me guiñaba un ojo.

«Él parece estarse divirtiendo mucho», observó Gael con la mirada fija en los tres hombres que conversaban animados frente a la parrilla del asado. Cay lucía sonriente y relajado. Desde que llegamos, más de una vez lo oí soltar una buena carcajada. «No parece en lo más mínimo preocupado, sino que se ve *chilling* ahí, bebiéndose su cervecita. Quizá si te relajas, nada un rato y fluyes, también puedas disfrutar la tarde. *Stop overthinking, sis*. Se te va a tostar el cerebro». Se burló señalando mi tendencia natural a pensar demasiado en cada detalle.

«Tienes razón. Te haré caso y disfrutaré la tarde. ¿Dónde está Isabella?», pregunté mientras él se sentaba en el borde de la piscina. Era extraño no ver a Isabella pegada como un chicle a Gael. Esos dos eran inseparables. Isabella era unos meses mayor que él, pero se comportaban como hermanos mellizos.

«Está con tía Avery en la pastelería, comprando el postre», contó Gael despreocupado, sabiendo que su compañera de aventuras regresaría en poco tiempo.

Y en ese momento recordé la explicación detallada que le hice a Cay sobre mi familia. Fue necesario buscar lápiz y papel para hacerle un gráfico explicando la raíz de todo: tras su divorcio, mi mamá se casó con Jack, quien es el abuelo de Paul; a quien mi hermana y yo consideramos nuestro hermanastro. Paul es el padre de Isabella, producto de su primer

matrimonio. Avery, su segunda esposa, fue la hijastra de Jack en otra relación que tuvo antes de casarse con mi mamá... Y faltaban en esta escena Alva y Waldo, quienes eran los chicos más pequeños de Paul y Avery. Lo vi perderse en la explicación cuando saqué más ramificaciones para contarle de los hijos mayores del primer matrimonio de mi papá... y de las familias de las hijas gemelas de Jack, quienes eran cuatro años mayores que mi mamá. Cay desistió y aseguró que, si la carne del asado quedaba jugosa, para él sería suficiente.

La invitación a Cay para este almuerzo en la casa fue algo que no vi venir. Que mis padres me sorprendieran besándome apasionadamente con mi jefe en un pasillo fue una enorme humillación, pero al parecer para ellos era un gran alivio. Agradecían que estuviera saliendo con un hombre en sus treinta y no con el sesentón que les mostré. En principio, no sabía de qué hablaban, pero luego entendí las conjeturas que hicieron. Estaban clarísimos de que tenía una cita especial si estuve dispuesta a que mi mamá me acompañara a comprar un vestido y encima acepté usar mi tarde libre para ir al estilista a cortarme las puntas del cabello y hacerme un mini *spa* de manos y pies. El gran *shock* para ellos fue cuando esa noche les compartí las *selfies* con Lester, creyendo que solo las envié al otro grupo.

Jack y Cay parecieron hacer clic al instante. En cuestión de minutos conversaban en mi diminuta sala intercambiando experiencias de su adaptación al país y los beneficios que les trajo a cada cual adoptar nuestra cultura; también hablaron del desorden, la bulla y la informalidad propias de nuestra sociedad. Yo solo quedé embelesada mirándolos mientras preparaba café para todos... y mi mamá me miraba a mí con curiosidad. ¿Estaría preguntándose si me volví loca? ¿Que cómo se me ocurrió enredarme con el ejecutivo principal de la fundación? ¿Estaría dudando de mi buen juicio?

Ella era una mujer determinada, persistente y con un set de valores muy claros... Sabía que nos amaba con locura a todos sus hijos, pero de vez en cuando yo me preguntaba si no la desilusionaba constantemente. En el sentido académico, siempre fui excelente, pero mi vida personal iba de un caos al próximo. Ella siempre estaba unos pasos por delante, a veces me hacía advertencias y otras veces prefería callar. Estoy segura de que ahora estaría cuestionándose dónde iría yo a parar cuando esta relación casual con Cay terminara. ¿Podríamos seguir trabajando juntos? Yo tendría que ir haciendo mis planes.

La experiencia en México fue extraordinaria, aunque estuve al borde de un ataque de ansiedad media hora antes de mi ponencia. Llamar a Cay y que él tuviera la paciencia para recordarme todo lo que ensayamos y toda la evidencia que tenía acerca de lo que iba a compartir, me devolvió buena parte de mi seguridad. Por primera vez hablé frente a doscientos cincuenta especialistas, contesté preguntas relacionadas con diferentes partes de la investigación, que, como aún era un estudio parcial, podría sufrir importantes ajustes y recibí un caluroso aplauso en el cierre. Micaela me abrazó fuerte cuando bajé del escenario y me sacó del centro de convenciones para irnos a beber tequila el resto de la tarde.

En los próximos cuatro días de conferencia, varias personas se me acercaron con diferentes propuestas para colaborar en artículos científicos de enfoque regenerativo y natural, para desarrollar investigaciones conjuntas y algunos pusieron a mis órdenes sus propios centros de investigación holísticos en diferentes puntos de Latinoamérica.

Mi investigación proponía un acercamiento radicalmente opuesto al tratamiento de

afecciones gástricas y pulmonares de estos tiempos modernos. La eliminación de fármacos y la introducción de prebióticos y probióticos que promuevan la salud digestiva alimentando las bacterias y fortaleciendo tanto el microbioma intestinal como el pulmonar. Era dar la espalda a tratamientos de fármacos costosísimos e inalcanzables para una gran parte de la población y recurrir al kimchi, al chucrut, al kéfir, a las hojas verdes, al ajo, la cebolla y las alcachofas. Menos de una semana después de nuestro regreso al país, ya algunas de esas personas que se me acercaron formalizaron el contacto por correo electrónico y yo estaba feliz porque mis ideas encontraron resonancia. Era una suerte tener esas opciones abiertas en el caso de que Cay y yo no termináramos bien o, peor aún, yo no tolerara verlo en su próxima relación casual.

La voz de Daniela me perseguía gritándome: *¿Estás loca? ¡Tú no eres de relaciones casuales! No te engañes. Vas a enamorarte y lo sabes.* Y yo sabía que iba a pasar. Cay era demasiado. Demasiado atento y cariñoso. Demasiado interesante e inteligente. Demasiado apuesto y conversador. Y demasiado bueno en la cama. El sexo con Cay no se comparaba con nada que yo hubiera conocido antes y él se superaba a sí mismo en cada ocasión. Podía ser el amante tierno, cariñoso y pausado que puede hacer el amor sin prisas, solo dándome placer durante horas, sin exigir nada para él. Y también era el amante rudo y apasionado del tirón de cabellos, del mordisco en el pezón y que cuando dormíamos desnudos, me despertaba con sus dedos en la vagina, preguntaba con voz ronca «¿quieres?» y cinco segundos después me penetraba. Y ni hablar del físico... los bellísimos ojos verdes, las enormes manos, aquel pecho inmenso..., el miembro. Eso necesitaba un capítulo aparte. Sí. Daniela tenía razón. Cuando esto terminara, yo iba a necesitar terapia.

Regresé mi atención a Gael, que me contaba los detalles de un complicado proyecto de Ciencias hasta que Isabella apareció en el patio, vestida con *shorts* y camiseta de la selección de Argentina, el número diez y el inscrito «Messi», pateando una pelota de soccer. Y fue suficiente para que Gael se olvidara de mí y de nuestra conversación y fuera a tratar de robarle el balón con un cruce de piernas. Ambos hacían unas complejas dominadas golpeando el balón con las rodillas y los talones, mientras conversaban.

«Pareces preocupada», comentó mi mamá sentándose en el lugar que dejó libre Gael. De manera automática, posé la cabeza sobre su regazo para que me acariciara los cabellos mojados. «Jack y él han conversado como si se conocieran de toda la vida. Y a Paul también le agradó Cayo. Luce ser un buen tipo», afirmó mirándome a los ojos.

«No somos una pareja. No quiero que ustedes malinterpreten lo que vieron». La ceja levantada de mi mamá me dejó saber que no me explicaba correctamente. «Sí, sí, nos estamos acostando, pero no tenemos una relación. Es algo casual». La vi asentir con la cabeza, por lo que me sentí confiada a continuar: «Creí que sería algo de una sola vez y luego descubrí que era mi jefe y mi vecino». La cara de mi mamá me hizo saber que tenía que elaborar un poco más. Le hice un resumen desde el día que me metí en su apartamento con la abuela Mayra, pasando por las fotos que encontré en el cajón del escritorio hasta nuestro acuerdo de que un vínculo casual era lo más conveniente para los dos. «Nos llevamos bien, tenemos el mejor sexo del universo y podemos pasar largos ratos en silencio... solo disfrutando de nuestra compañía». La sonrisa de mi mamá le iluminó el rostro y fijó la vista en Jack, quien seguía conversando con Paul y Cay. La escuché suspirar aliviada y dijo:

«Que lo hayas traído hoy a nuestro almuerzo familiar no significa que mañana tengamos

que ir a elegir las invitaciones de la boda. Relájate y disfruta lo que sea que ustedes estén viviendo juntos. Ustedes son jóvenes y ambos tienen heridas que sanar. A veces solo se necesita un poco de apoyo para lograrlo. Me parece un buen hombre, por lo que por mí puedes traerlo aquí cada vez que quieras y, por lo que veo, Jack también estará de acuerdo. Cuida de que no estés rompiendo ninguna política de la fundación con esta relación. De hecho, él se está exponiendo a todo tipo de demandas de acoso sexual en el trabajo y aun así... digamos que quiere disfrutar de tu compañía». Siendo mi mamá una empresaria, por supuesto que pensaría en esas cosas que, posiblemente, a ninguno de nosotros dos nos pasaron por la cabeza. ¿Una demanda por acoso sexual? Los casos del movimiento *#metoo* vinieron a mi memoria, pero lo nuestro era ciento por ciento consentido.

«Le pediré que firmemos una hoja de consentimiento», dije determinada, y la carcajada profunda de mi mamá llamó la atención de todos en el jardín.

«Procura redactar en detalle todo lo que está permitido y consentido entre los dos», susurró y me ruboricé sin saber si bromeaba o hablaba en serio. Jack vino a buscarla como si ya se le hubiera cumplido su cuota de tiempo sin ella. Cada uno me dio besó en la frente y se fueron a la cocina a sacar a la mesa del patio los platos del almuerzo.

Me moví a la terraza y fui directa al bar. Busqué ginebra, agua tónica y limón y me preparé un especiado. Vinimos hasta aquí caminando y quizás nos regresaríamos de la misma manera, ya que Paul y Avery tenían todos los asientos ocupados con los niños. Y, hablando de Paul y Avery, de un momento a otro me tenían flanqueada frente al bar, uno a cada lado.

«Entonces ahora andas con guardaespaldas, ¿eh?», bromeó Avery y noté que Cay se quedó en el fondo del jardín con Gael, Isabella y los niños más pequeños, mostrándoles algunos trucos para levantar la pelota, subirla a la rodilla, luego al pecho y finalmente golpearla con la cabeza. Parece que encima de todo lo demás, también era bueno entrenando al fútbol.

«Me parece un tipo simpático. Salgamos una noche de estas. Me gustaría conocerlo mejor», propuso Paul, asumiendo con maestría su rol de hermano mayor. ¡Pero eso no iba a pasar! Otra reunión familiar y ¡por mi madre! que Cay saldría huyendo tan rápido como los pies lo movieran.

Capítulo 18

Cayo

«Te he dicho diez veces que no voy. No quiero ir. Invento una excusa. No estoy de ánimo para reuniones familiares en estos momentos. Tengo otros planes», argumentaba Cayo disgustado.

«¿¡Qué planes!?!», preguntaba ella batiéndose la larga cabellera negra. «¡No seas impertinente! Cualquier plan que tengas puede ser aplazado. ¡La reunión es en dos meses, no es mañana!». Se calmó un poco para continuar: «el abuelo quiere verte ahí, y a mamá y a papá también les gustará verte. Hace dos años que no vienes a Portugal y todos sabemos que has estado con los abuelos en Sevilla; por lo menos dos veces en ese tiempo», decía Antonella en tono irritado. La conexión al Internet de su lado no era óptima, lo que provocaba que la imagen de su hermana en la pantalla se frisara en cómicos gestos y muecas. Cayo la sacaba de quicio cuando asumía esa posición de la oveja negra de la familia.

Antonella era la familiar de los mellizos. Procuraba mantenerse al tanto de todos los detalles y las necesidades de cada miembro de la familia. Ella era de naturaleza gregaria. Cayo era de naturaleza solitaria con un enérgico énfasis en #DéjenmeEnPaz. O por lo menos eso creyó hasta el fin de semana anterior.

Cecilia era hija única, y sus padres, quienes provenían de familias pequeñas, se mudaron lejos antes de que ellos dos se conocieran. La única dinámica familiar que Cayo conocía de cerca era la de los Medeiros Pardo. Por eso, entrar en contacto con la calidez de la familia de Gaby lo hizo entender a tantos compañeros de clases que, viviendo en el extranjero, lloraban porque extrañaban sus casas y a sus familias. A Cayo el sentimiento le era totalmente ajeno. Los Medeiros Pardo eran sinónimo de negocios, intrigas, tensión y rivalidad. Nada que ver con el ambiente que vivió en el almuerzo del domingo pasado.

La idea de una familia compartiendo una parrillada cada domingo, donde todos pudieran reír a carcajadas en un ambiente relajado, beber unas cervezas mientras conversaban de temas de actualidad, dejar a los niños jugar libremente..., la idea de sentirse cuidado y protegido en una familia era algo que solo reconocía por haberlo visto en las películas. Tony y él se divirtieron mucho siendo niños y adolescentes, de eso no había duda, pero se divertían porque se tenían el uno al otro. Sus padres nunca estaban en la escena. Eran médicos famosos, con posiciones de diplomáticos y con las agendas repletas de compromisos. Delegaban la atención de los hijos a las personas que estuvieran ayudando en la casa en el momento. Como regla, las Navidades y su cumpleaños, tres días después, los pasaban en Sevilla, en la casa de los abuelos maternos. En más de una ocasión, abrieron sus regalos mientras hablaban por el altavoz del móvil con sus padres, quienes estaban en Suiza, en Canadá, en Nueva Zelanda..., en algún rincón del mundo, cumpliendo con importantes compromisos. Su hermana y él celebraban los regalos que recibían y se tenían el uno al otro para disfrutarlos.

Por eso, entendía a plenitud la cercanía de Gaby con Daniela, pero todo lo demás le parecía novedoso. Y disfrutó mucho las peculiaridades que descubrió en ese almuerzo. Larissa, la madre de Gaby, no solo era la anfitriona, sino que era el centro del evento y la directora de la

orquesta. Con una dulzura sin igual, observaba, disponía y mantenía a todos a gusto y relajados, mientras la logística detrás de bambalinas funcionaba con una precisión militar. Todos tenían sus responsabilidades asignadas y ella iba activándolas, a demanda, con frases como: «cariño, ya puedes traer la carne», «mi vida, necesitamos más hielo», «mi cielo, encárgate de la música» ... y así «cariño » , «mi vida» y «mi cielo» iban ejecutando tareas en favor de todos los demás. Era un evento ciento por ciento familiar y sin personal contratado para eso.

Cayo podría afirmar que sus soldados favoritos eran Jack, Paul y Gael, quienes parecían réplicas rejuvenecidas del primero y tenían las mismas gesticulaciones y expresiones. Los tres la trataban con devoción. Jack no podía dejar de mirarla y la devoraba con los ojos, Paul la trataba con la familiaridad de una mejor amiga y su hijo Gael se acomodaba bajo su ala todo el tiempo que le fuera posible. Con Avery, Isabella y los niños más pequeños, no podría decirse que la relación era distante, pero de cierta manera, no era tan cálida como con los demás.

Y finalmente, la relación que percibió entre Gaby y su mamá le pareció mágica. Se fundían en abrazos apretados, se hablaban con los ojos, se acariciaban con ternura... Los momentos que ellas compartían lo conmovieron más de una vez. Nunca vio a Antonella abrazarse así a su mamá. El Cayo de ocho años habría salido corriendo a buscar a su hermanita para traerla aquí y mostrarle lo que él veía. El Cayo de treinta y siete años quería volver a esa parrillada. Cada domingo. No quería que Gaby lo dejara solo otra vez para irse a disfrutar de su familia. Quería regresar con ella.

Lo que no quería hacer era viajar a Portugal para celebrar el aniversario de la fundación. Debió inventarse algo para celebrarlo localmente. Eso habría sido suficiente excusa para no ir a Lisboa, pero no parecía que tuviese escapatoria. Antonella insistiría de tal manera que la complacía o lo desquiciaría.

«¡Una semana! Una semana de tu vida dedicada a tus padres y tus abuelos. ¿¡Qué podría costarte eso!?», insistía acalorada.

«¡De acuerdo! Iré. ¡Dios! Qué necia eres», exclamó Cayo exasperado colgando la llamada. Después de todo, visitar a su familia quizá no era lo peor del mundo. El hambre y las guerras eran peores... Los Medeiros Pardo solo ocupaban un competido tercer lugar.

El mensaje de Antonella vía WhatsApp entró al móvil pocos segundos después.

Tony: *Te mandaré el itinerario de eventos y el pasaje en primera clase hoy mismo.*

Cayo: *De acuerdo.*

Tony: *¿Vas a quedarte en casa de mamá y papá? ¿o quieres quedarte con los abuelos?*

Cayo: *¿Quieres que me arrepienta y te diga que no voy?*

Tony: *¡No! Era broma. Te ubico en una suite cinco estrellas cerca del centro.*

Cayo: *Y quiero un automóvil. Voy a ir a Coímbra.*

Los tres puntitos comenzaron a saltar en la pantalla y luego se detuvieron. Fue una decisión impulsiva, pero quería hacerlo. Por primera vez desde que se fue, tenía ganas de volver. En estos momentos no sabía qué haría ahí, pero cuando tuviera el vehículo lo decidiría. Los puntitos volvieron a saltar en la pantalla por un buen rato y volvieron a detenerse. Hasta que

finalmente escribió:

Tony: *De acuerdo.*

Si iba a presentarse en Lisboa, debía preparar un resumen financiero de los últimos tres o cuatro años. Sabía que lo sentarían a discutir el tema de las reservas de aprovisionamiento en Santo Domingo. Desde su punto de vista, Cayo se sentaba sobre quince millones de euros y manejar un presupuesto como ese le daba total independencia a la subsidiaria de la República Dominicana. Esa nunca fue la idea y les restaba poder sobre él tanto a Joao como a Carlo Augusto. En ese escenario, Cayo se convertía en el enemigo y ellos se unían en su contra.

Tenía que idear una manera de que lo dejaran trabajar en paz. Los resultados eran notables en cualquier indicador, yendo desde la cantidad de pacientes atendidos en consulta y Emergencias, hasta la calidad de las investigaciones, todo marchaba bien y todo era rentable. Tenían los recursos necesarios para cubrir cirugías mayores a individuos de poblaciones empobrecidas. Contaban con tres quirófanos que se mantenían ocupados diariamente y podrían ampliar la plantilla de cirujanos para atender aún más casos. En el próximo año, acogerían un mayor número de investigadores y también brindarían más servicios con operativos médicos en otros hospitales. En Santo Domingo, a diferencia de Lisboa, el propósito final no era ganar dinero, era poner el dinero al servicio de la comunidad con la que trabajaban... y eso irritaba a los Medeiros Pardo.

Pero Cayo debía cuidarse y ser diplomático. Corría el riesgo de que lo despidieran y trajeran a alguien que cumpliera con las órdenes de la matriz. Las reservas se irían a los bancos en Suiza y pasarían a recibir una pírrica suma de dinero anualmente, a la espera de que los médicos y los ejecutivos trabajaran en el levantamiento de los fondos adicionales. La fundación entraría en precariedad y despedirían al personal médico y administrativo más cualificado para reducir costos. Debía decir «Sí, señor» unas cuantas veces más. Hasta encontrar una salida diferente.

Resopló sintiéndose atrapado. Necesitaba ver a Gaby. Ella, sin proponérselo, le daba tranquilidad. A diferencia de las relaciones que él tuvo en los últimos años, con ella no necesitaba tener sexo y alcanzar un orgasmo para relajarse y sentirse satisfecho. ¡Tacha eso! ¡Sí que necesitaba el sexo con Gaby como mismo necesitaba respirar! Lo diferente era que pareciera que hubo un cambio fisiológico en él. Quizá podrían acusarlo de utilizar a esas otras mujeres, pero ellas buscaban lo mismo: liberar sus propias tensiones en la cama. Con Gaby el propósito era distinto. Se acompañaban, se divertían, compartían los gustos de cada uno... y se hacían el amor. Era diferente y al parecer diferente significaba bueno.

Ya eran las tres de la tarde y Gaby debía estar en la sesión de fotos. Salió de su oficina, avisó a Dalia que bajaría al segundo piso y se dirigió a los ascensores. Vio a García salir del salón de juntas sonriente y al verlo desvió la ruta que llevaba y entró a su oficina. No cabía duda de que lo evitaba. No aparecía a las prácticas de *squash* desde hacía un par de semanas y en las reuniones de *staff* no permitía que sus miradas se cruzaran. ¿Pensaba que Cayo le llamaría la atención? No podía creer que su amigo lo considerara metiche e hipócrita. Cayo no cruzó esa línea con una empleada antes, pero siempre le parecieron ridículas todas las políticas que pretendían regular quién se enamoraba de quién, le parecía una estrategia de Recursos Humanos para exonerarse de lidiar con los problemas reales de acoso sexual y hostigamiento. No es que él

pretendiera volver a enamorarse nunca, pero García y la doctora Báez merecían dejar de esconderse en los rincones y darse una oportunidad.

Entró al salón de reuniones del Departamento de Investigaciones y el corazón le dio un vuelco. Esa mañana, dejó a Gaby en su cama medio dormida. Ella se levantaría más tarde a entrenar y después iría al salón de belleza a hacerle algo al cabello y a maquillarse para las fotografías. No la vio tan acicalada antes. El cabello quedó mucho más corto con unas ondas gruesas y el pesado maquillaje parecía el de una modelo de pasarela. Estaba muy bonita, pero ella no necesitaba nada de eso para verse hermosa. Gaby era naturalmente bella.

Era hermosa acabada de despertar. Era hermosa sudada por el entrenamiento. Era hermosa luego de zambullirse en la piscina de casa de sus padres. Era hermosa sonriente o disgustada. Era hermosa siempre. Cayo se sentó en el fondo del salón a admirarla mientras el fotógrafo y el asistente le indicaban qué hacer y cómo colocarse. Supo que Gaby se sentía fuera de sus aguas. Las luces la tenían deslumbrada y acalorada. Y Cayo podría asegurar que la música electrónica que sonaba en el altoparlante portátil no era de su agrado tampoco, pero, aun así, ella hacía un esfuerzo por desplegar su deslumbrante sonrisa.

«Sonríe a la cámara», repetía el fotógrafo. «¡Eso! Excelente. Estas están estupendas», afirmaba comprobando el resultado en la cámara.

Cayo sacó el móvil del bolsillo y abrió la cámara. Captó varias imágenes en cada pose que solicitaba el fotógrafo. No eran las primeras fotos que él le tomaba sin que ella lo advirtiera. De hecho, solo del domingo anterior posiblemente tenía cincuenta fotos de ella en su celular: fundida en un abrazo con su mamá, dándole un beso en la mejilla a su padrastro, riendo con su hermanito... y tenía otras muchas anteriores de ella dormida y unas cuantas trabajando mientras se sentaba en el comedor del apartamento de Cayo. La novedad era que en estas vestía el uniforme médico de color azul y la bata blanca con el logo de la fundación. Y lograba verse tan despampanante como la noche que salieron a cenar con Vicente y Lester.

La puerta del salón de reuniones se abrió y Cayo se apresuró a guardar el móvil. Sofía entró al salón distraída leyendo unos documentos que traía. Levantó la vista hacia el set fotográfico improvisado e hizo un par de cotejos en una carpeta. Al verlo ahí frunció el ceño. Parecía molesta. Cayo esperaba que eso no significara que iba a ponerse fastidiosa.

Se sentó a su lado y le mostró el formato del consentimiento que utilizaban para que los médicos firmaran que autorizaban subir estas fotos en el *website* de la Fundación Medeiros Pardo.

«El doctor Bill Harris se negó a firmarlo», susurró Sofía. Harris era un hombre de una personalidad complicada y podría decirse que muchas veces desagradable, pero también conocía bien sus derechos. Que se negara a firmar un consentimiento oficial de la fundación no necesariamente era un simple acto de rebeldía o majadería... No necesariamente. Cayo tendría que revisar con detenimiento el documento y, si era necesario consultarlo con una oficina de abogados externa, pues lo haría.

«Lo conversaré con él», acordé con Sofía y no mentía... solo que no sería de inmediato y tampoco pretendía convencerlo de firmar. Solo quería comprenderlo. La mirada satisfecha de Sofía me indicó que ella esperaba que Harris se llevara una buena reprimenda. Bill debía elegir

mejor a sus adversarios. Enfrentar a Sofía Cáceres no era una buena estrategia.

La puerta volvió a abrirse y esta vez llegó Leo Peña vestido de traje, y viéndose muy elegante y atractivo, el muy bastardo. Hizo un saludo breve hacia Sofía y hacia mí, y siguió su camino hasta detenerse junto al fotógrafo. Los ojos de Gaby se iluminaron como si estuviera mirando una gran maravilla. Bromeó con Peña, haciendo alusión a la refinada vestimenta del doctor y preguntó al fotógrafo si podrían hacerles algunas fotos juntos.

En la tercera pose de los dos juntos, parados de espaldas y con los brazos cruzados, Cayo decidió que para él era suficiente. No podía con otra risita, ni con que él volviera a tocarle el cabello, ni con otro intercambio más de miraditas. Sacó el móvil de nuevo, tecleó velozmente, enviándole un mensaje:

Cayo: *Te espero en mi oficina.*

Se puso de pie, se despidió cortante y salió del salón seguido por la mirada intrigada de Sofía. Entró al ascensor y supo que estaba disgustado. ¿Disgustado? ¡Ja! Sentía la sangre hervir. Al parecer no quedó claro entre ellos que su relación, aun siendo casual, sería exclusiva. Pasó frente a Dalia y, antes de que ella pudiera decirle nada, cerró la puerta de la oficina con un portazo. Se quitó la corbata y la arrojó al escritorio y se dejó caer en la silla soltando los botones del cuello. Contó hasta doscientos once para calmarse. Se comportaba como un patán. Volvió a salir de la oficina y fue directo al escritorio de Dalia.

«¡Hola otra vez! Discúlpame. Pagaste por algo con lo que no tienes nada que ver», expuso arrepentido.

Sin drama alguno, Dalia lo confortó diciendo que podía estar tranquilo, que no se lo tomó de forma personal. Le pasó los mensajes telefónicos que le tenía guardados y una nota de que Bill Harris estuvo ahí para verlo. Eran más de la cinco, por lo que el doctor ya se habría marchado.

«Hazme una cita con el doctor Harris para pasado mañana, por favor». Vio a Dalia asentir y entrar la información rápidamente en la computadora. En ese momento el ascensor sonó y Gaby salió sonriente dirigiéndose a ellos. Saludó con calidez a Dalia y preguntó por su nueva nieta. ¿Nueva nieta? ¿Cómo era que Cayo no estaba al tanto de que su asistente era abuela y Gaby sí? Dalia sacó su modernísimo móvil del bolso y les mostró una docena de fotografías de una bebé de pocas semanas de nacida.

«¡Es hermoososa!», decía Gaby emocionada y Cayo reconoció que sí, era una bebé muy bonita.

Él dio la conversación por terminada y se dirigió a su oficina, pero ellas aun tenían otras cosas más que intercambiar. Cuando finalmente Gaby tocó la puerta, se puso de pie para recibirla y... podría decirse que se abalanzó sobre ella. No es que siempre fuera un besador tierno y delicado, pero esta vez estaba siendo un poco salvaje. Quería marcarla. Quería que todos supieran que ella era de su propiedad. Y ella respondía bien a sus demandas. Lo rodeó con una pierna y estrujó la entrepierna contra él. Cayo la soltó por cinco segundos para asegurar la puerta y luego la ayudó a deshacerse de la bata y de la parte superior del uniforme. Le desabrochó el sostén en la espalda y disfrutó del espectáculo que era ver liberarse a esos formidables senos. Chupó con fuerza uno de los pezones y la oyó gemir suave. Apostaría a que ya la humedad corría

en las piernas de ella y quería comprobarlo. Comenzó a desatar el pantalón diciendo:

«¿Tenemos claro que lo nuestro es exclusivo? ¿que no comparto nada, con nadie?» y cuando tuvo el camino libre introdujo una mano entre las piernas, venciendo la barrera de la ropa interior, descubriéndola tal como imaginó, húmeda para él. Pero ella levantó la cara hacia él y parecía confundida.

«¿Qué dijiste?», preguntó mientras él le sobaba uno de los senos con una mano, jugaba entre las piernas con la otra y volvía a devorarle los labios con otro beso salvaje. «¡No! ¡Para!, Cay, ¡para!», demandó Gaby y, mágicamente, él rompió todo contacto con ella y dio dos pasos atrás.

«¿Te hice daño?», preguntó Cayo consternado.

«¿Qué quisiste decir con eso de tener claro que somos exclusivos, Cay?», masculló entre los dientes levantando una ceja y evidentemente enojada. «¿Estás celoso? ¿De Leo? ¡No me jodas, doctor Medeiros! Estás celoso porque me hice unas fotos divertidísimas con un amigo, ¿y quieres castigarme con sexo? ¡Pues no lo acepto! ¡No soy un objeto y no toleraré que descargues tu ira en mí de esa manera!», declaró empujando con fuerza dos dedos en el centro del pecho de él. «Estamos juntos porque así lo queremos, ¿o no? Casual o no, mientras esté contigo no voy a mirar a otro hombre y, a pesar de mi nefasta experiencia con mi exprometido, *confío*, escucha bien esa palabra, *confío* en que piensas igual que yo». Levantó los brazos al aire exponiendo completamente el jugoso busto desnudo, pero continuó susurrando con rabia. «¡¡Por Dios!! ¿De dónde podría sacar las fuerzas para pensar en otro hombre si me dejas exhausta a diario? ¡No respetas ni mis periodos!». Recogió el sostén y la camisa del piso y se los colocó con destreza murmurando: «antes de conocerte, ni siquiera sabía que podía tener orgasmos sin autoestimulación, ¡solo por penetración vaginal!». Resopló negando incrédula y acomodándose la bata blanca y el cabello. «¡Me voy a mi casa! Prepararé pollo y ensalada. Si quieres comer pondré en la mesa un plato *exclusivo* para ti y no tendrás que compartirlo con nadie». Abrió la puerta, salió y cerró con el segundo portazo de la tarde.

Cayo se quedó perplejo. La completa transparencia de Gaby era algo inesperado, visceral. Esta mujer era única. Salió al pasillo para disculparse, otra vez, por el portazo. No quedaba rastro de la doctora Fuentes por ningún lado.

«Mis disculpas por eso también», señaló a Dalia un poco avergonzado.

«No sé de qué se trató eso, pero en mis tiempos esas cosas se solucionaban con un bonito ramo de flores. Si quieres puedo encargarlo a la floristería y lo recoges cuando te marches», sugirió la asistente.

«Cárgalo a mi tarjeta personal y me compartes la ubicación del lugar...», dijo Cayo asintiendo.

Capítulo 19

Gaby

Sentir esta enorme tristeza era irracional. Sospechaba que mi estado de ánimo era producto del estrés y el cansancio de las últimas semanas. Emergencias estuvo muy concurrida en mis turnos, los datos para concluir el cierre del análisis de mi investigación presentaban incongruencias que no encontraba la manera de corregir y, encima de todo, Cay saldría de viaje al día siguiente por diez días. Quizás esa era la fuente principal de este estado de ansiedad, pero ¿por qué un viaje de diez días me provocaba esta intranquilidad? ¡Él no se mudaba de regreso a Portugal! Con todo lo que yo tenía que trabajar, ese tiempo pasaría volando. Lo mejor era que entrara en razón y alcanzara a Cay que ya me esperaba dentro del supermercado.

Hoy tendríamos invitados en el apartamento de Cay. Vicente y Lester cenarían con nosotros. Hoy era una de las raras veces en que Cay y yo llegábamos en vehículos distintos a la fundación. El salió primero que yo para parar en nuestro supermercado preferido y comprar productos frescos; y yo salí a tiempo para alcanzarlo. Elegimos lo necesario para el menú de hoy y Cay eligió algunas cervezas alemanas y unas botellas de merlot. Tan pronto llegamos al edificio y subimos a su apartamento, entró a mi móvil un mensaje de mi padrastro avisándome de que mi mamá y él pasarían a visitar. Sonreí porque ya era evidente que luego de encontrarnos besándonos en un pasillo, mis padres entendieron que necesitábamos privacidad y dejaron de utilizar su propio acceso para entrar al edificio, sin antes avisar.

Subieron directos hasta el apartamento de Cay. Era la primera vez que nos visitaban aquí. De alguna manera, esto agregaba formalidad a nuestra relación y, por primera vez, eso ni me molestaba ni me asustaba. Jack hizo alusión a alguna conversación de la que yo no tenía conocimiento, diciendo que como Cay le pidió el contacto de un abogado de su confianza, le trajo la tarjeta de presentación de Bradley Stewart, el hijo de su mejor amigo, quien tenía sus oficinas establecidas en Chicago y que trabajaba en casos de negocios internacionales alrededor del mundo. Agradecí infinitamente la visita, pero me reí sin control con la cara de payaso de mi padrastro cuando le expliqué que venir hasta aquí a entregar la tarjeta era lo más 2010 que hizo en los últimos días, ya que una fotografía era suficiente para que Cay contactara al abogado.

Jack, Paul y Cay hicieron una conexión grandiosa. Yo tenía muestras claras de que, en este par de meses desde que se conocieron, Jack lo adoptó como un nieto más y Paul recibió con placer al hermano adoptivo. Desde su primera visita, Cay no faltó a ningún almuerzo de domingo. Estuvo a cargo de asar la carne en varias ocasiones, mi mamá le asignaba funciones específicas como a todos los demás y más de una vez después del trabajo Cay se fue por su cuenta a casa de mis padres para esperar al cierre de mi turno en Emergencias.

Por lo menos en tres ocasiones salimos a cenar con Paul y Avery, y en otra ocasión fuimos los seis a ver un musical al teatro. Aunque de vez en cuando me asustaba la idea de que yo estuviera imponiéndole unos compromisos no deseados, Cay siempre estaba a gusto y relajado, parecía feliz de ser recibido con afecto en mi familia.

Luego de muchas risas más, mis padres se marcharon y nos dispusimos a faenar en la

cocina. Nos convertimos en un equipo infalible, como siempre. Él se ocupó del filete de pescado al romero para el plato fuerte y de los rollitos de vegetales para las entradas; y yo preparé la ensalada con nueces y queso de cabra y un postre sin carbohidratos. Nos esmeramos en cubrir todos los detalles y ser unos anfitriones perfectos.

Dos horas más tarde, la mesa quedó adornada con un mantel blanco impecable que resplandecía bajo la luz cálida de las velas dispuestas estratégicamente en la mesa. En el centro, un hermoso arreglo de rosas rojas, que era el segundo con el que Cayo me sorprendía en los últimos meses. El aroma tentador de la comida recién preparada flotaba en el aire. Entre risas y conversaciones animadas, Vicente y Lester nos ponían al día de todas las aventuras vividas en sus vacaciones. Ellos asumieron la dirección de la charla con entusiasmo, compartiendo anécdotas y chistes con el resto del grupo. Vicente, con una mirada serena pero cansada, escuchaba con atención, ocasionalmente dejando escapar una sonrisa leve pero genuina ante las ocurrencias de Lester.

Nadie creería que Lester estaba convaleciente. A pesar de su estado de salud frágil, irradiaba una energía y vitalidad reconfortantes, arrastrándonos a todos a su entusiasmo y dando alegría al ambiente. Todos los demás, conscientes de los recuerdos que podría traerle esta reunión, hacíamos un esfuerzo por mantener el ambiente ligero y alegre, evitando tocar temas que pudieran causarle malestar, pero él no vacilaba en traer a colación su *Corazón Partío*, arrancándonos risas a los demás.

A medida que la velada avanzaba, yo me sentía cada vez más satisfecha de cómo nuestra relación se fortalecía, y nuestro vínculo especial trascendía las barreras generacionales. Apreciaba infinitamente a estos amigos, ¡pero estaba deseosa de que se marcharan! Justo cuando la pareja acababa de anunciar que llegaron al *lobby* y que subirían en el ascensor, Cay me pidió que le entregara el panty que traía puesto. ¡La obsesión de este hombre con mi ropa interior! Vistiendo un vaporoso vestido de minifalda azul, me arriesgaba a mostrar más de la cuenta en cualquier momento de la noche. No era la primera vez que hacíamos esto. Sabía que él estaría dolorosamente excitado toda la noche y que yo me volvería loca de deseo y expectación. En cada oportunidad en que tuve que levantarme para ir a la cocina, él me acompañó... solo para mortificarme y poner las cosas peor.

Me alzaba la falda y me atrapaba entre la meseta y la dura erección, que restregaba contra las nalgas desnudas. Me deslizaba una mano entre las piernas susurrando: «Eres una desvergonzada. Mira lo caliente y húmeda que estás cuando se supone que eres la anfitriona de un convaleciente» o diciendo: «¿Crees que tarden mucho en marcharse? El postre que quiero comerme está aquí entre tus piernas». Y juro que con ese comentario tuve una serie de pequeños orgasmos.

Y como no hay plazo que no se venza, a las once de la noche Vicente y Lester se despidieron. Cuando se cerró la puerta del ascensor, me quedé unos segundos mirando la pantalla digital hasta comprobar que llegaran al *lobby* y no volvieran a subir. Cerré de la puerta de entrada detrás de mí. Cay se dirigía a la cocina cuando lo llamé diciendo: «¡Ey!».

Fue evidente que lo impresioné cuando volteó a mirar y me encontró desnuda frente a la puerta. Se apuró para desnudarse deshaciéndose de la camisa, pero yo atacé rápidamente a los pantalones. El tesoro que perseguía estaba ahí guardado. Cuando desabroché el cinturón y el

pantalón, me arrodillé frente a él y los bajé con desesperación arrastrando el pantaloncillo y liberando aquel miembro enorme y erecto.

Agarrándome de las fuertes nalgas, metí en la boca una gran parte de la erección y lo oí soltar un largo y poderoso gruñido. Tuvo que sostenerse de una de las sillas del comedor mientras yo chupaba con fuerza y le acariciaba los testículos. Me dispuse a hacerlo pagar por esta noche de tortura.

«Voy a sentarme. Gaby, tengo que sentarme», suplicó y aflojé un poco el agarre que le aplicaba con la boca, por lo que él pudo moverse y aproveché para tomar aire porque no descansaría hasta hacerlo terminar en mi garganta. Cuando ya estuvo acomodado en la silla, se deshizo del pantalón que traía alrededor de los tobillos, los zapatos y de todo lo que lo restringiera, separó más las piernas y se dispuso a disfrutar. Gemía y soltaba palabrotas en portugués, una tras otra. Pretendió distraerme halándome el cabello o apretándome los senos entre las manos, pero se lo impedí, restringiéndole los brazos con la mano que me quedaba libre. Yo saboreaba, lamía y chupaba con mucha fuerza y, a la vez, brindaba especial atención a las bolas lampiñas. Sabía que Cay disfrutaba el sexo duro y en una felación no habría diferencia. «Debes parar, estoy cerca... ¡Gaby! Estoy muy cerca. No podré contenerme más. Gaby..., déjame penetrarte...». Gemía en un hilo de voz y se retorció. Gruñía y levantaba las caderas para metérmela más profunda en la boca. No era cierto que estaba cerca, aguantó mucho más y ya tenía la mandíbula adormecida cuando, finalmente, saboreé el chorro ardiente en la boca. Degusté hasta la última gota y me aseguré de dejarlo limpiísimo con la lengua. Cuando finalmente lo dejé libre, él parecía tener dificultad para enfocar la mirada.

Me senté en el piso con las rodillas ligeramente separadas, para que él tuviera una visión de cómo me excitó el buen trabajo que hice. Hizo un viaje visual desde la boca hinchada, los pezones erectos como dardos hasta el brillo inconfundible que empapaba los labios inferiores. Cay me miraba con los ojos entrecerrados mientras yo me saboreaba el recuerdo del semen en la lengua. Los ojos verdes, intensos y llenos de deseo, se encontraron con los míos.

«Eres una hechicera y vas a pagar por eso». Me sostuvo las manos y me ayudó a ponerme de pie para luego cargarme hasta la habitación y depositarme en la cama. Comandó con la voz que se apagaran las luces, pero las cortinas estaban descorridas y no nos quedamos a oscuras, ya que la luz de la luna nos iluminaba y resaltaba los contornos de los fuertes músculos, delineando el pecho amplio y fuerte.

Cay se colocó encima de mi cuerpo lentamente, como si el tiempo se ralentizara a nuestro alrededor, cada movimiento cargado de anticipación y pasión. La boca de Cay hizo un contacto eléctrico con uno de los pezones endurecidos, el calor de su duro cuerpo creando una corriente de deseo que me envolvía por completo. Los dedos de Cay acariciaron la piel suave del contorno de los senos, mientras que yo me deleitaba en la firmeza de sus músculos, explorando cada centímetro con avidez.

Me recorrió lentamente, utilizando lengua y dedos en todos los rincones que exploraba. Abandonó los senos para recorrer el vientre, las caderas, los muslos... Levantó la pierna para besar y lamer la parte interior de las rodillas y finalmente chupó cada uno de los dedos de los pies. Yo susurraba su nombre en largos gemidos.

«¿Me estás llamando? ¿Necesitas algo?», preguntó con crueldad mientras me besaba un

tobillo y luego el otro, colocándolos de regreso en la cama a la mayor distancia posible uno del otro. Levanté las caderas y sentí la mano firme en el vientre devolviéndolas contra la cama. Iba a enloquecer si no me penetraba ya mismo. Traté de tocarme entre las piernas para aliviar mi necesidad, pero él fue más rápido que yo y me atrapó las manos, colocándolas contra la almohada, a ambos lados de la cabeza.

«No. No. Eso no está permitido hoy, *minha deusa*», susurró. Nuestras bocas hambrientas se encontraron mientras él volvía a apoyarme la pesada erección contra el vientre.

«Por favor», rogué en un hilo de voz, pero Cay separó nuestros cuerpos para prolongar la tortura. La tensión entre nosotros era palpable, como si una llama amenazara con consumirnos en cualquier momento. Intenté rodearle las firmes caderas masculinas con las piernas, pero me soltó las manos para regresar las piernas contra la cama, donde él las quería. Posó la cara exactamente en el vértice de las piernas y soltó el aliento cálido sobre mi humedad. Solté una larga sinfonía de gemidos de placer y éxtasis que envolvieron la habitación, mientras él repetía lo mismo. Era solo aire, pero me volvía loca.

Cuando finalmente la boca succionó el clítoris, un orgasmo me estremeció de pies a cabeza con espasmos incontrolables. La vibración de la risa satisfecha de Cay contra la vulva prolongó aún más los espasmos. Mucho tiempo después Cay seguía lamiendo y chupando en el mismo lugar. Lo que dijo antes de que ese era el postre que anhelaba, no era mentira. A mi tercer orgasmo pareció estar satisfecho... o más hambriento. Yo estaba mareada y no podía conectar bien las ideas, pero él se colocaba un preservativo y en fracciones de segundos estaba dentro de mí.

«¿Me vas a extrañar esos diez días?», preguntó moviendo las caderas en un vaivén dentro de mi cuerpo.

«No lo sé...», dije separando más las rodillas, abriendo aún más las piernas.

«No lo sabes, ¿eh?... Entonces me queda mucho por hacer...», dijo chupando con fuerza uno de los pezones mientras pellizcaba el otro y luego intercambiaba sin perder el ritmo constante de las caderas. El mundo desapareció a mi alrededor. Me estremecía sin control y solo existía Cay en estos momentos. «Quiero que sientas lo que siento yo, quiero que sientas que separarte de mí es doloroso». Soltó el pezón que pellizcaba para recogerme una de las piernas y llevarme la rodilla al pecho alcanzando la mayor profundidad posible. «Quiero que sepas que me perseguirías al fin del mundo porque ya no quieres vivir sin mí». El grito de placer que llenó la habitación probablemente me salió de la garganta, pero surgió desde lo más profundo de mi ser. Cay dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre mí por unos instantes y la sensación de ahogo era el perfecto balance que necesitaba en ese momento. Debía respirar, pero abrazarlo de esta manera, fundida contra su cuerpo era mejor. Quedamos envueltos en un remolino de emociones y sensaciones indescriptibles.

Cay se deshizo del preservativo y regresó a abrazarme, encontrándome aún lánguida y desnuda.

«¿Quieres tu pijama?», preguntó en un susurro, buscando con cuidado debajo de mi almohada sospechando que yo estaba medio dormida. Y así era..., pero en mi estado de seminconsciencia sabía que quedarme desnuda era invitarlo a volver a hacerme el amor más

tarde. Y yo quería más.

«No», dije contra el pecho desnudo. «Te amo...», suspiré antes de dormirme profundo. Estando dormida ya no pude ver la sonrisa en el rostro de Cay, ni escucharlo cuando dijo:

«Você é meu mundo inteiro». *Eres mi mundo entero.*

Capítulo 20

Gaby

Definitivamente Cay estaba ocupado con la intensa agenda de compromisos de la celebración del aniversario. En todo el día de ayer no pudo contestarme los mensajes de WhatsApp y ya hoy íbamos por el mismo camino. Llevábamos tres días separados y dos sin hablar. Y yo lo extrañaba demasiado. Los eventos públicos de esta semana en Lisboa eran transmitidos por videoconferencia tanto en el salón de reuniones como en la oficina del doctor Martínez Leco. Era una gran alegría y también un alivio tener de regreso a Vicente en la fundación. Él disfrutó de unas merecidas vacaciones, pero eso puso en evidencia que su presencia aquí era muy necesaria.

La mañana de hoy, la emoción en el ambiente era palpable. Los salones estarían a tope ya que nosotros seríamos las estrellas en las actividades de celebración. Estarían publicando los aportes a la ciencia de la subsidiaria en Santo Domingo. La fundación convocó en Lisboa una rueda de prensa para realizar el lanzamiento de la nueva página *web* interactiva, donde se compartiría con universidades, con profesionales, con estudiantes y con otros centros de investigación el contenido de las investigaciones en proceso y los artículos científicos publicados con el propósito de fomentar las colaboraciones con otros investigadores alrededor del mundo. Para esto hicimos aquella sesión fotográfica un par de meses atrás. Esto sería lo más cercano a un *debut* en la sociedad científica. Todos podríamos ver el lanzamiento y, como sería una transmisión pública, envié el enlace al grupo de WhatsApp de mi familia para que pudieran verme en pantalla. Mientras le explicaba al abuelo José Pedro, el padrastro de mi mamá, cómo abrir el enlace, entró un mensaje de Cay. Me apresuré a abrirlo:

Cay: *Perdóname. Confía en mí.*

¡Cielos! ¡Yo no quería presionarlo! No dudaba de que estaba ocupado. Mi intención no era convertirme en la amante *needy*, molesta y perseguidora. Le dejé un mensaje la noche anterior contándole que ya me iba a dormir y, esta mañana, cuando vi que lo leyó pero que no lo contestó, le dejé un saludo de buenos días. No quería abrumarlo, por eso me apresuré a escribirle:

Gaby: *¡Tranquilo! Te extraño, pero sé que estás muy ocupado. Hablaremos cuando tengas un tiempo libre o, si no, cuando regreses. Besitos.*

Vi los tres puntitos revolotear en la pantalla, pero el nuevo mensaje nunca llegó. Regresé al grupo de la familia y leí que el abuelo José Pedro ya se conectaba al *streaming*. Salí de mi oficina minutos antes de las diez y me fui al salón de investigadores. Sospeché que en la oficina de Martínez Leco ya no quedaría ni un espacito disponible, ya que él y su equipo de investigadores siempre recibían a los invitados con café, pan y galletas. Quizá pasaría luego a por un café.

En el salón de reuniones encontré una silla disponible justo entre Leo Peña y Bill Harris. Hoy no estaba de humor para las majaderías de Bill, pero no quedaba ningún otro lugar disponible. Di los buenos días y apreté el brazo a Leo a manera de saludo. Él se alegró de verme y me pasó el brazo sobre los hombros en un breve abrazo.

El corazón me latía con fuerza mientras esperaba ansiosa la videoconferencia. ¡En realidad quería verlo! Tres días era mucho tiempo. El evento inició y una mujer hermosa, elegante, de cabello negro y ojos verdes hacía las veces de maestra de ceremonias. El traje sastre blanco que llevaba puesto debía costar lo mismo que yo pagaba de hipoteca. Mi portugués no progresaba nada, así que, al igual que la mayoría, tuve que recurrir a los subtítulos de la interpretación simultánea. La joven agradeció a los presentes y pudimos ver en las cámaras los rostros de los invitados: investigadores y médicos reconocidos a nivel global. La crema y nata de la medicina convocada por los Medeiros Pardo, quienes eran la realeza de la investigación. El primero en el micrófono fue el fundador, el doctor Carlo Augusto Medeiros Pardo, un anciano de unos ochenta años que emanaba un aura de distinción y fortaleza que desafiaba el paso del tiempo. El cabello plateado, peinado con cuidado, añadía un toque de elegancia a su apariencia, y su barba bien cuidada acentuaba su masculinidad. El abuelo habló en tono firme e hizo un interesante relato de la historia de la fundación y los éxitos desde sus primeros años de creación.

Siguiente a eso, la joven llamó al micrófono al actual presidente de la fundación, el doctor Joao Medeiros Pardo. Al ver el parecido entre la joven señora y el señor, comprendí que esta debía ser Antonella, la melliza de Cay. El presidente se erguía tras el podio y daba un breve discurso de agradecimiento a todas las organizaciones y gobiernos que proveían los fondos para el desarrollo de los estudios de la fundación. Vestía un traje de diseñador bien ajustado que le realzaba la figura atlética. Tenía un aire de distinción que parecía atraer las miradas de admiración dondequiera que fuera. La voz profunda y resonante iba acompañada de una sonrisa que parecía ensayada muchas veces para disimular la frialdad. Parecía frío y arrogante. Este señor estaba seguro de que dejaba una impresión imborrable en aquellos que tenían el privilegio de cruzarse en su camino. Era un hombre que encarnaba la pedantería y la virilidad en su forma más refinada y madura. Sin embargo, aun con la distancia en sus maneras, era evidente de quien heredó Cay el porte.

Al terminar, el doctor Joao disfrutó por un rato de los aplausos del público y luego presentó a su hijo, el doctor Cayo Medeiros Pardo, quien expondría a los presentes el éxito de la expansión de las investigaciones hacia la República Dominicana. La cámara hizo un recorrido por la mesa principal y allí estaba él, radiante y atractivo, listo para dar su discurso ante un auditorio híbrido; sin embargo, por breves instantes, pareció que se resistía a ponerse de pie. Por fin se acercó al podio y recibió el micrófono de manos de su papá. Cay se veía elegante y serio. Demasiado serio. No pasó desapercibido que dejó la mano de su progenitor extendida cuando el señor mayor pretendió darle un apretón de manos.

Según avanzaba el discurso de Cay, en pantalla fueron sucediéndose los rostros de mis compañeros y un breve resumen de los estudios que concluían y que ya estarían disponibles para consulta. Nos felicitábamos unos a los otros. El rostro de Leo salió en la pantalla y no pude evitar molestarlo un poco con lo buenmozo y bien puesto que lucía en esas fotografías. Cuando solo faltaba presentar mi investigación, Cay limpió la garganta y comunicó que era un honor para él hacer un anuncio importante para la comunidad médica.

Sin embargo, a medida que Cay hablaba, yo sentía un nudo en el estómago. Sus palabras no eran, de ninguna manera, las que esperaba escuchar. El logo de Regis Pharma, una reconocidísima farmacéutica, fue presentado en pantalla. Ni mi nombre ni mi foto aparecieron por ningún lado. El título de mi investigación fue utilizado como apoyo para negociar con esa

multinacional para realizar a través de la Fundación Medeiros Pardo el desarrollo de un novedoso superfármaco integrado para las dolencias de la mucosa gástrica, intestinal y pulmonar. Cay habló de alcanzar doscientos millones de pacientes alrededor del mundo para proveerles una solución a sus condiciones médicas. En lugar de publicar mi idea con aproximación holística al problema, los argumentos de Cay iban en la dirección opuesta.

El corazón se me hundió mientras observaba atónita cómo Cay continuaba con su discurso, ajeno al dolor que me causaba. Cada palabra pronunciada me resonaba como una puñalada en el corazón, una traición dolorosa que me dejaba sin aliento... *Una colaboración de cincuenta millones de euros* decía... *Una inversión cuantiosa que apostaba a avances trascendentales en la Gastroenterología...*

Las lágrimas comenzaron a empañarme los ojos mientras luchaba por comprender lo que veía. ¿Cómo podía Cay, el hombre al que amaba con todo mi ser, dejarse arrastrar por dinero? ¿Cómo podían estar defendiendo ideas que supuestamente yo consideraba tan dañinas y contrarias a la búsqueda de la salud y el bienestar real?

Un sentimiento de agobio se apoderó de mí, envolviéndome en una neblina de confusión y dolor. Anularon mi trabajo de años. ¿Cómo podría seguir adelante con las conclusiones de la verdadera investigación cuando la Fundación Medeiros Pardo endosaba una solución tan divergente a la mía? ¿Era esto un despido? ¿o pretendían que yo apoyara el desarrollo del fármaco? ¿Cómo Cay se atrevería a mirarme a la cara otra vez? ¿Nuestra relación era tan casual e irrelevante para él como para que ni siquiera respetase mis creencias? Este no era el momento idóneo para darme cuenta de que me enamoré perdidamente de este hombre, porque no veía cómo podría reconciliar el amor que sentía por Cay con la decepción y la desilusión que me embargaban ahora.

Mientras la videoconferencia llegaba a su fin, incluso los familiares de Cay parecían desconcertados, y localmente el personal iba abandonando el salón de reuniones en entretenidas conversaciones y quizás ajenos a lo que pasó en la mañana de hoy. Me quedé inmóvil en la silla, frente a la pantalla, con el corazón destrozado y la sensación abrumadora de haber sido traicionada, otra vez, por la persona en quien confié. A partir de ese momento, sabía que tenía que tomar decisiones y la primera sería presentar la renuncia a mi trabajo.

«Lo siento», escuché a Leo decir. «No me esperaba algo como esto. No entiendo nada».

«*This guy is amazing. He fucks you and then fucks you up*», se burló Bill Harris tocándome con suavidad la mejilla y luego poniéndose de pie. Decía que Cay me folló y luego de eso me jodió. Sus palabras estaban llenas de sarcasmo, de veneno... y de verdad. Resumían a la perfección lo que pasó entre Cay y yo en estos diez meses.

«*What the fuck, man?*», gritó Leo empujando la silla, levantándose y golpeando a Bill. Yo oculté la cara entre los brazos apoyándolos en la mesa. Ahora ya no podía contener los sollozos. Escuché la voz de Martínez Leco por encima de los golpes y los gruñidos. Les ordenó a Bill y a Leo que se separaran en ese mismo instante y agregó que esa conducta era inaceptable. Los hombres parecieron acatar la orden y el doctor continuó:

«Doctor Harris, baje a Emergencias para que le atiendan ese corte en la boca ahora mismo», comandó y, luego de un silencio, sonó un fuerte portazo que me espantó. Levanté la cabeza y comencé a secarme las lágrimas.

«Doctor Peña, suba a mi oficina y espéreme ahí». Nuevamente la puerta se abrió y se cerró. Esta vez sin el portazo.

Sin voltear, sabía que Vicente se quedó en el salón de reuniones conmigo. Levantó del piso la silla que antes ocupó Bill y se sentó ahí.

«¿Para esto me contrataron, Vicente?», pregunté entre sollozos mirándome las manos temblorosas. La tristeza que me embargaba me tenía adormecida. «¿Necesitaban una investigación en mi área de conocimiento que les sirviera como excusa para cerrar un nuevo negocio con esa farmacéutica?», cuestioné con amargura.

«Gaby, si no hubiera visto y escuchado la presentación, habría dicho que todo esto es mentira. Algo extraño está pasando. No dudo de que las intenciones del padre y el abuelo siempre sean siniestras. Son personas terribles, pero conoces a Cayo, él no es...».

«¿Lo conozco?», interrumpí con furia. No quería escuchar las supuestas bondades de ese hombre. «No lo sé. No sé si lo conozco. Me traicionó, Vicente. Todo el propósito detrás de mi investigación fue corrompido, y ahora no sé qué hacer. ¿Cómo puedo confiar en que no pase otra vez? ¡Distorsionaron todo! ¡Por cincuenta millones de euros! ¡Ja! ¿Cuántos de esos le corresponderán a Cay?», especulé con amargura mientras las lágrimas no cesaban. Me puse de pie y por primera vez miré a la cara al doctor mayor. Podría decirse que pasaba por la misma tristeza que yo. Cay era su amigo... Supuse que ahora se estaría preguntando por cuánto el portugués estaría dispuesto a vender esa amistad.

«Cayo está enamorado de ti, Gaby. Nunca lo vi así con ninguna mujer. Él no se arriesgaría a perderte por complacer al padre o al abuelo. Tienes que entender que algo está mal». Una risa se me escapó de los labios. Un sonido que no reconocí. Era una descarga de dolor y amargura, una risa hueca y vacía, que me sacudió todo el cuerpo. Supe que Vicente me miraba apenado, así que cuando me calmé, le dije:

«No, Vicente. Cay ama a una sola mujer, y aún ocho años después de su muerte, sigue llamándola en sus sueños. No puedo competir con eso y ni siquiera voy a intentarlo». Señalé la pantalla de proyección para continuar. «Como vimos hoy, lo que siente por mí no es amor. Lo nuestro fue sexo casual. Fue intenso y divertido mientras duró», suspiré secándome las lágrimas para continuar. «Regresaré a Londres o quizá me vaya a España o a Estados Unidos. Comenzaré de nuevo. Quizá me tome cincuenta años divulgar mi trabajo, pero no me cansaré», le aseguré. Mis palabras eran el eco de la decepción que sentía. El logo de la Fundación Medeiros Pardo que se proyectaba en la pantalla era un recordatorio cruel de cómo las expectativas pueden ser destrozadas y los corazones pueden ser heridos. Una y otra vez.

«Gaby, no tomes decisiones en este momento, debes esperar...». Se apresuró a decir Martínez Leco.

«Te entregaré una copia de mi carta de renuncia», solté en un susurro ahogado, mientras salía del salón de reuniones, dejando en el aire la pesada sensación de desilusión y desesperanza que me abrumaba.

Al regresar a mi oficina no supe qué hacer, no quería volver a verlo jamás, pero él no era solo mi jefe, también era mi vecino. Íbamos al mismo supermercado, a las mismas tiendas. Tendría que mudarme... Tendría que irme del país. Mi mente estaba al límite, y el corazón me latía con una intensidad que amenazaba con escapárseme del pecho. El aire se volvía más denso y la oficina parecía encogerse a mi alrededor. Una ola de miedo me envolvió, como si el mundo se hubiera vuelto pequeño y hostil de repente. Mi respiración se volvió rápida e irregular y las

manos me temblaban sin control. No podía escapar. Las paredes parecían cerrarse sobre mí y el suelo se me movía bajo los pies.

Mis pensamientos se volvieron caóticos. Otro ataque de pánico. No tuve uno desde que regresé a casa. Intenté recordar las técnicas de relajación que aprendí, pero todo se desvaneció en la oscuridad. El pánico me dominaba. Las piernas cedieron y caí al suelo. Las lágrimas brotaban sin parar y la garganta se cerró. No podía respirar. El mundo se volvió borroso y los sonidos se desvanecieron. Solo quedaba el miedo, un miedo abrumador que amenazaba con tragarme por completo.

Por suerte, en medio de la bruma recordé las afirmaciones: *soy fuerte, capaz, suficiente. Soy digna de amor y puedo superar este reto y cualquier otro. Merezco la alegría y la plenitud...* Después de repetirlas muchas veces, el pánico comenzó a ceder. Las lágrimas seguían fluyendo, pero al menos podía respirar. Salí al pasillo y fui tambaleándome al baño para mojarme las manos, la cara y el cuello con agua helada. El ataque de pánico me dejó exhausta, pero también aprendí algo importante de él, por primera vez pude superar un ataque sola. En todas las ocasiones anteriores necesité oír la voz de mi hermanita para recuperar el control. Estaba mejor, los miedos no se irían, pero estaba mucho mejor.

Unas horas después, estacionaba en el garaje de casa de mis padres y revisé la aplicación de mensajes que cerré horas atrás, encontrando varios mensajes nuevos. Ninguno de Cay.

Leo: *Mamita, usted y yo tenemos que hablar. Yo no entiendo nada. El Dr. Cay siempre me ha parecido un tipo bien verraco y ahora sale con esta payasada. Tomémonos unas birras en la tarde.*

También me esperaba un mensaje de Micaela:

Mica: *¿Cómo te sientes? Estoy segura de que eso que hicieron es demandable, puedo ponerte en contacto con los abogados de mi papá. Estoy aquí para cuando quieras hablar.*

Un poco más tarde, cuando estuviera más tranquila, les contestaría a los dos. En el chat de la familia también encontré varios mensajes:

Dani: *What the F*, Gaby?? ¿Qué pasó ahí? ¿Les vendiste tu idea al ebanista y su familia?*

Mami: *¡Daniela! ¡En este grupo están tus abuelos! Por favor, respeta y borra esa palabrota.*

Evidentemente Daniela no hizo caso, pues cuatro horas después aún seguía ahí el mensaje.

Abuelo José Pedro: *Creo que nunca dimos con el enlace correcto. No vimos el libro de MaryGaby por ningún lado.*

Dani: *No es un libro aún, abuelo, todavía tu nieta científica no es tan nerd. Aún no.*

Jack: *Gaby, you rock! Nothing will ever stop you.*

Por mensaje privado, mi mamá me escribió antes:

Mami: *Ven a la casa, ven a almorzar o a cenar con nosotros. O cuando quieras. Te estaremos esperando.*

Sin saber que ella me invitó, vine hasta aquí después de entregar mi carta de renuncia a Sofía Cáceres, quien se resistió a aceptarla. En los últimos meses, Sofía parecía haber comprendido que Cay y yo éramos una pareja. No tenía idea de cuanta seriedad percibía entre

nosotros, pero lo cierto es que ella y muchos otros empleados se dieron por enterados y se sintieron en la libertad de comentarlo frente a nosotros. Creí que recibir mi renuncia le daría una gran satisfacción. Sin embargo, me informó de que tenía que entregarla en persona a mi supervisor, el doctor Cayo, cosa que yo no haría ni en esta vida ni en la siguiente. Sabía que no podía enfrentarme a Cay otra vez. Si lo veía, lo golpearía..., y eso no me llevaría a ningún lado.

Si ella recibía la carta o no, me tenía sin cuidado. No volvería a poner un pie en ese edificio jamás. Recogí mis artículos personales de la oficina y luego recogí algo de ropa en mi apartamento. Quería pasar las próximas horas y los próximos días acurrucada en los brazos de mi padrastro, viendo Netflix y HBO y comiendo helado de chocolate y nueces con mi mamá mientras escuchamos sus *playlist* favoritas todo el día. En un par de semanas, cuando pasara este proceso de sanación, compraría un pasaje a Londres y me presentaría a la St. Mary's University. Noviembre y diciembre eran meses intensos en las contrataciones. Me ofrecería para el Departamento de Investigaciones, pero si acaso no hubiese cupo ahí me enrolaría como docente o como asistente. Luego podría tramitar la documentación necesaria para entrar al Servicio Nacional de Salud. Me tranquilizaba tener un plan. Lo necesitaba para aclarar la mente. Cerraría este capítulo de mi vida, pero ya vendrían otras oportunidades.

Capítulo 21

Gaby

«Fireball!!!», grité a todo pulmón junto al resto de mis compañeros de baile, cuando el DJ de la discoteca dio el *kiú* al bajar al mínimo el volumen de la música en la que sonaba la voz de Pitbull junto a John Ryan. Ahora todos dábamos unos saltitos alrededor de la pista mientras hacíamos girar los brazos rítmicamente, a cada lado del cuerpo. «Woo hoo!» Esto era lo más divertido que hice en mucho tiempo. Mucho muchísimo. Desde que vivía en Chicago no me divertía tanto. Estas últimas tres noches fueron... ¡la bomba! La música cambió y ahora movía las caderas a ritmo de *Mi Gente* de J Balvin y Willy Williams. Unas manos me sujetaron con fuerza y sentí una dura erección contra mis jeans... y me viré para encontrarme a un desconocido muy confianzudo que me mantenía pegada contra él sosteniéndome las nalgas. Síííí. Eso parecía de buen tamaño. No me molestaba. Necesitaba sexo y él me parecía casi atractivo.

Hacía muuuucho que no tenía sexo. Ummm... unas cinco semanas. Pareciera que pasaron décadas. No estaba clara de cuánto tiempo hacía que Cay me devoró la última vez. ¡Última vez en la vida! ¡Fue una magnífica despedida! ¡Grandiosa! Cuando vivía en Chicago pude estar meses y años sin sexo... y, aún comprometida con Andrew, pasaba meses sin un orgasmo decente. ¡Pero Cay *el Ebanista* me arruinó! Me volvió adicta a ese miembro enorme de él. Iba a contárselo al desconocido que me tenía la larga nariz metida en el arco del cuello y me sobaba uno de los senos cuando Leo lo empujó. Me tambaleé al perder el apoyo del desconocido. ¡Leo era un maleducado!

El casi atractivo desconocido levantó los brazos al aire como en gesto de disculpa cuando unos muchachos de seguridad se acercaron a él. Pobrecito. Leo no era tan buena compañía. Creí que sería un tipo más divertido. Después de pasar semanas encerrada en casa de mi mamá, llorando y comiendo helado de chocolate, decidí que tenía que salir y tomar aire puro. Llamé a Micaela y salimos a beber unas cervezas tres noches atrás, después de su turno en Emergencias, pero Mica tenía que acostar a sus niños, así que la noche terminó demasiado temprano. ¿Y dónde terminé? En casa de mi mamá, en esa cama enorme... llorando y comiendo ¡helado de chocolate! Ayer hice la misma salida, pero esta vez con Leo y quizá bebimos unas cuantas cervezas de más. Cuando me llevó a la casa, él me acusó de haber bebido ¡demasiado! Leo no sabía lo que era beber, si conociera cómo bebían el abuelo Alberto y la abuela Mayra se quedaría ¡seco! ¡Ja! Era muy exótico y *trendy* ahogar diez años de arresto domiciliario en Glenlivet de 25 años —y al final de cuentas, él no quiso entrar a mi habitación para acostarse conmigo. Le ofrecí que nos fuéramos a mi apartamento, que quedaba ahí cerquita, a diez minutos caminando o a tres minutitos en su carro..., y tampoco aceptó. ¿De qué servía salir a beber con un amigo tan atractivo si se negaba a tener sexo contigo?

Cuando le pedí que saliéramos hoy otra vez, me hizo prometerle que no lo acosaría. ¡Y no lo hice! Pero él arruinaba toda la diversión. Leo no era caribeño, era un tipo frío de las montañas. De esos había montones en Inglaterra y yo me toparía con ellos muy pronto. Me marchaba en unos días. Yessss!

«Tenemos que irnos, mamita. Bébase esto», me gritaba Leo en la oreja para escucharse

por encima de la música, mientras me entregaba un vaso transparente. ¿Agua con limón y sal? ¡Guácala! Para qué quería yo eso en un lugar tan bonito. Las luces led de la disco eran hermosas... mágicas. Difíciles de seguir, pero aun así era maravilloso ver cómo giraban sin cansarse. No quería irme. Era una pena que conociera esta discoteca cuando casi me mudaría a otro país, otra vez.

«¡Tenemos que brindar por mi mudanza! ¡Busquemos otros tragos!», grité dando saltitos a ritmo de la música mientras Leo ponía los ojos en blanco.

«¡Mamita! ¡Tenemos que irnos ya mismo! Son las tres de la mañana. Sus papás deben estar preocupados por usted. Si se está quedando con ellos, debe respetarles su casa», decía el aguafiestas. Pero quizá tenía algo de razón. Salí a las seis de la tarde y mi móvil se descargó. Mis papás saben que soy una adulta, pero si realmente eran las tres de la madrugada, quizáááá ya estaba bueno de fiestas.

«Me porté bien hoy, ¿verdad?», pregunté un poco soñolienta a la vez que Leo me ajustaba el cinturón de seguridad. «¡No te acosé!», le dije contenta.

«Gaby, usted no quiso cenar, solo bebió cerveza. A la medianoche se empeñó en venir a esta discoteca que queda en el culo del mundo, se ha gastado, por lo menos, dos salarios suyos en alcohol, que no son poquita cosa; hubo que sacarla de la cabina del DJ y por poco me la violan en plena pista de baile», se quejó Leo, mientras salíamos del estacionamiento.

«¡Pero no te acosé!», afirmé orgullosa de mi diminuto logro de la noche.

«Y me alegro mucho. Resistirse a usted no es poquita cosa, Gaby. Nunca creí que tuviera la fortaleza para hacerlo, pero usted es una gran amiga y no la voy a perder. Me apena mucho lo que está pasando porque sé que está enamorada del doctor y creí que él lo estaba de usted también. Nunca voy a entender qué bicho le picó a ese *man*. Y también me apena que usted se regrese a Londres. Eso es muy lejos, mamita», lamentó Leo. Por suerte ya no me quedaban lágrimas. ¡Las derramé todas en las últimas semanas! Si no ya estaría llorando aquí mismo.

«Tienes que venir en el verano. Puedo llevarte a los mejores *pubs* de la ciudad. Los conozco ¡todos! Y haré de guía turística para ti. Puedo llevarte a saludar a la reina Isabel desde su balcón», le dije entusiasmada y adormilada a la vez. Esa era una condición difícil de lograr... Solo yo podía entusiasmarme y dormirme al mismo tiempo.

«Gaby, la reina Isabel falleció el año pasado, así que a mí que esa señora no me salude desde ningún balcón», dijo Leo apresurado, pero la verdad es que no entendía bien lo que decía. Mi atención se fue a los arbolitos de navidad que adornaban la carretera. Se me hacía difícil diferenciar los arbolitos de navidad de los semáforos. Quizá por cada semáforo eran tres, cuatro, cinco, seis arbolitos de navidad.

El trayecto desde el municipio de Juan Dolio hasta la capital era largo, por suerte el deportivo de Leo era comodísimo y superveloz. Si me dormía unos minutos podría espabilarme y entonces volveríamos a conversar y podría ponerle atención. Antes de dormirme, la nostalgia de pasar la Navidad lejos de casa me cruzó como un rayo. No quería irme, pero no tenía otra opción.

«¡Gaby! ¡Gaby! María Gabriela, despiértese», decía el Rey Carlos III.

«¿Llegamos al castillo de Balmoral?», pregunté confusa hasta que enfoqué el rostro de Leo quien estaba en cuclillas en la acera, tratando de bajarme de su vehículo. Hice lo posible por componerme un poco, entendiendo que soñaba con los últimos capítulos que vi de la serie *The Crown*.

Leo me acompañó hasta la puerta y, a diferencia de la noche anterior, no lo asedié. Le hice esa promesa y él pareció agradecido. En Londres me buscaría otra pareja casual... alguien que no tuviera la capacidad de traicionarme, ni de herirme. De ahora en adelante, protegería mi corazón. Ya estaba bueno de experiencias sin aprendizaje. No podía seguir comportándome como una adolescente. Y menos como una con hambre.

No comí nada en toda la noche y no sabía ni qué horas eran. Comería un poco de yogurt griego antes de irme a dormir. Sabía que la mezcla del yogurt y el alcohol haría estragos en mi estómago, pero ¡total! Tenía hambre..., peor era que me pisotearan el corazón, ¿no? Y ya eso lo hicieron dos hombres en el último año. ¡Qué patética!

La sala estaba a oscuras, excepto por una tenue lamparita en el pasillo al comedor. Alguien dormía en el sofá, por lo que supe que tenía que ir en silencio, pero me tropecé con un otomán en forma de maleta y solté una palabrota. ¡¿Quién demonios dejó eso en el medio?! Mi mamá debía parar con sus experimentos de decoración de interiores. Encendí la luz de la cocina, puse mi coquetísimo bolso en una silla y me solté las zapatillas. Chino y Nacho me acompañaban mientras yo tarareaba, o quizá gritaba, la canción que se me quedó pegada desde la discoteca:

Andas en mi cabeza, nene, a todas horas... No sé cómo explicarte... Tú me descontrolas, por ti me la paso imaginando que...contigo me casé... Y por siempre te amé.

Metí la cabeza en el refrigerador y aun no encontraba el yogurt. Sabía que estaba en algún lado en esta enorme nevera. Yo misma lo puse. Si enfocaba bien la visión, sabía que lo encontraría. Pasé una mano por la cara y estrujé un poco los ojos. Veía las luces de la disco y la cara del DJ dentro del refri, pero el jodido yogurt no aparecía... hasta que ¡bingo! ¡Ahí! LOL... Justo frente a mí. Cerré la nevera y me dirigí a buscar una cuchara. Tuve que enfocar la mirada otra vez porque vi al Dr. Cay parado en la entrada de la cocina de mis padres. ¡Cielos! Reí divertida. Estas alucinaciones se ponían mejores cada vez. Vestía *jeans* negros y camisa blanca recogida en los brazos hasta los codos. Estaba descalzo y tenía el cabello alborotado. Una barba oscura de muchos días le cubría la mandíbula. Esta alucinación vino con errores... un fallo en la matriz... El Dr. Cay no usaba barba.

«¡Leo tiene razón! Bebí demasiado, ¿verdad?», le pregunté a mi alucinación.

«Yo diría que sí», contestó ella con amabilidad mientras se recostaba de la pared y cruzaba los brazos en el pecho. Jummmm, la matriz mejoró mucho su desempeño... Ese sí era un gesto muy usual en Cay y la voz de barítono salió a la perfección.

«Si cierro los ojos y los vuelvo a abrir vas a desaparecer, ¿verdad?», pregunté temerosa de pestañar.

«¿Quieres que desaparezca?», indagó la alucinación apenada. Estaba triste y tenía profundas ojeras, parecía tan triste como yo..., pero sobria. Abrió los brazos, me tambaleé hasta llegar a ella y me abrazó con fuerza. El pecho duro y fuerte era cálido y real. Por eso no pude

contener el llanto. ¡*Demonios!* Mírenme aquí otra vez llorando desconsoladamente... y no podía parar.

«Esta noche no», gemí llorando otra vez mis penas de las últimas semanas y apretándome a mi alucinación con todas mis fuerzas. «Quédate, por favor».

Capítulo 22

Cayo

Cayo llevaba un rato de pie en el estudio de Jack. Tenía de frente las puertas de cristal que daban al bien cuidado jardín. Miró el reloj por enésima vez. Eran las nueve y cinco de la mañana y supo que en cualquier momento llegaría la confirmación de la transferencia desde el banco suizo. Dejó a Gaby profundamente dormida en la habitación de la planta superior. Llevarla hasta allá, la noche anterior, fue una labor titánica, ya que ella insistía en colgársele del cuello para que no se le escapara lo que ella llamaba su alucinación. Se acostó junto a ella, pero no cayó en la tentación de desvestirla. Esperaba que durmiera por lo menos una hora más... y sabía que la resaca que tendría al despertar sería monumental.

Él quería tener todo listo antes de que Gaby despertara. Con la confirmación de que los fondos estaban disponibles, se cerraba el caso... o realmente se abría un nuevo capítulo en sus vidas. Tenía mucho que explicarle. Cayo llevaba semanas sin dormir una noche completa, entre el papeleo, reuniones y conferencias internacionales con abogados y banqueros, pero no podía retrasar más su regreso. Lo peor era que tardó tanto en escribirle y contestarle los mensajes que ya no podría limitarse a eso. Tenía que darle todas las explicaciones cara a cara.

Jack le advirtió que no retendría a Gaby si ella decidía subirse al avión a Londres. Su plan B sería irse a buscarla allá, pero los planetas se alinearon a su favor y el día anterior recibió todos los documentos firmados por su padre y por su abuelo. Desde la sala ejecutiva del hotel los envió a Bradley Stewart y después no esperó ni cinco minutos más para irse al aeropuerto y volar hasta aquí.

Desde ese momento toda la operación en Santo Domingo se desligaba totalmente de la Fundación Medeiros Pardo. La Fundación InterVida era la nueva propietaria del hospital, del centro de investigaciones y de toda la infraestructura local. Todo comenzó con la conversación que sostuvo con el doctor Bill Harris unos días antes de viajar a Portugal. Harris se negaba a firmar el consentimiento para que sus fotografías fueran utilizadas en el *website* de la fundación y a Cayo, a pesar de las frecuentes impertinencias del médico, eso en particular le llamó la atención. Harris observaba que ese consentimiento no era solo para el uso de las imágenes, sino que era una cesión de derechos de cualquier documento compartido.

Cayo no veía la gravedad. Al fin y al cabo, todo se haría público indicando las autorías, pero, de todas maneras, contactó con la oficina de abogados que le recomendó Jack y, por la cercanía entre ellos, tuvo acceso directo a Bradley, el abogado principal de la compañía. Este le solicitó que le remitiera el documento en cuestión y más tarde pidió adicionalmente los contratos laborales de los investigadores. Cayo hizo esos envíos la misma mañana de su viaje y olvidó el tema.

Desde su llegada a Lisboa, Cayo no podía salir de su asombro. Esperó encontrar un ambiente festivo en la Fundación Medeiros Pardo, dadas las celebraciones del aniversario, sesiones de fotos o importantes reuniones con funcionarios del Gobierno; sin embargo, el barullo que presencié lo dejó perplejo. Los dos círculos de poder, tanto el equipo de confianza de Joao

como el de Carlo Augusto, se reunían en distintos salones de conferencias y tomaban llamadas, contestaban correos electrónicos, escribían ferozmente en sus teléfonos... Debido a que la semana anterior distribuyeron los resúmenes de las investigaciones a las principales farmacéuticas de renombre alrededor del mundo y en la mañana de hoy, cada equipo competía por recibir las mejores ofertas económicas de esas corporaciones. Perseguían acceder a fondos a través de acuerdos colaborativos para investigación... al mejor postor. Las oficinas fueron convertidas en un puesto de bolsa de *Wall Street*, donde los agentes se gritaban uno al otro que Merck ofrecía dos millones y el otro respondía que Zeneca ofrecía cinco millones. Ahora entendía la negación de Bill Harris y su decisión de dejar la fundación para dedicarse a la práctica privada. También entendía qué tan lejos llegaba el poder de esos consentimientos que firmaron todos los demás médicos... y lo que más claro quedaba era la codicia desmedida de su familia.

«¡Esto es una locura, *pai!*», dijo Cayo irrumpiendo en la oficina del presidente, «¿qué están haciendo?», cuestionó esperando una explicación a esta forma tan poco ética de conducirse.

«Dinero, hijo, dinero», contestó Joao sonriente. «Es un placer tenerte por aquí». Lo saludó sin mover los ojos de la enorme pantalla del computador. Hacía más de dos años que no se veían, pero Cayo no esperaba más que un frío saludo.

«¿Pero es eso todo lo que importa? ¡Esto no es ético..., es ilegal, papá!», observó acercándose al escritorio para revisar cuáles eran las investigaciones que formaban parte de la vergonzante puja. Descubrió ahí que los títulos de los temas de Gaby, de la doctora Báez y de Leo Peña eran los seleccionados. Todo lo que tuviera que ver con afecciones pulmonares era una moda en estos tiempos postpandemia. No solo se estarían lucrando de las investigaciones, sino también del temor de la gente.

«¿Ilegal? ¡Cayo, no seas tan inocente y romántico!», indicó su madre entrando con paso decidido a la oficina del presidente. Se acercó a él y le sopló un beso al aire en cada mejilla. «Son empleados nuestros y ganan buen dinero por su trabajo. Podemos hacerles algunos ajustes en sus beneficios si esto te molesta tanto. ConisMed ofreció diez millones», anunció la doctora Mariela Montes sentándose con elegancia frente al escritorio y Joao aplaudió efusivamente. Cayo estaba asqueado. Debía detener esto. No lo permitiría. Entonces un mensaje de Bradley entró a su móvil y la realidad le cayó pesadamente encima, haciendo que las rodillas le fallaran, por lo que se dejó caer en uno de los sillones.

Según el mensaje del abogado, en los términos del consentimiento y del contrato laboral, los médicos no solo cedían sus derechos sobre las imágenes, sino también sobre la autoría de los artículos científicos y la data a partir de la cual fueron redactados. Era una cesión total de los derechos de autor de toda la creación intelectual hecha por los investigadores. Una artimaña perfectamente legal, pero a todas luces perjudicial para los empleados.

Pero aún quedaban temas que Cayo no comprendía: ¿venderían la tesis de Gaby a una farmacéutica? ¡Eso era imposible! Las conclusiones preliminares estaban lejísimos del uso de cualquier fármaco. «Esto no tiene ningún sentido», indicó Cayo. «Una de esas investigaciones es totalmente opuesta a estos intereses. No será de ninguna utilidad en las grandes corporaciones. Está demostrando que los tratamientos alternativos pueden tener mayor tasa de éxito en el

tratamiento integral del eje intestino-pulmón», comentó aturdido y aún sin poder salir del asombro.

La fuerte carcajada de sus progenitores lo confundió más y hasta lo asustó. Su madre estaba muy relajada en la silla, admirando su perfecta manicura, y Joao, quien seguía sonriente detrás del escritorio, agarró uno de los folios que tenía a mano. «La hermosa doctora Fuentes... Cuenta la leyenda que se te metió debajo de la piel, ¿no? Eso nos alegró mucho a todos. Era hora de que dejaras atrás el pasado, hijo. La doctora Fuentes hizo un trabajo brillante. En México presentó las sustancias que coinciden en el beneficio del microbiota intestinal y pulmonar; y sobre las cuales desarrolló su experimento, pero debe de ser tan ingenua como tú... En esta época moderna, la gente quiere soluciones inmediatas, a corto plazo. Nadie busca en realidad “un estilo de vida saludable”. ¡¿Qué es eso?! ¡La población menor a los cuarenta años quiere pastillas e inyecciones! Y está dispuesta a pagarlas a cualquier precio. ¡La gente quiere soluciones rápidas a todos sus problemas! Una cura mágica a la dolencia de hoy..., aunque les generen otros problemas peores en el futuro...», afirmó el doctor con satisfacción.

«Cay, si le dijeras a tus pacientes que pueden elegir cómo curar una dolencia: con dieta y ejercicios o con medicamentos, elegirán los medicamentos todos los días de la semana. La juventud ya ni siquiera sabe qué puede comer, están esperando que alguien los dirija... y son cada vez más estúpidos... Les dicen que las carnes le suben el colesterol, que las frutas le producen hígado graso, que los cereales les roban los nutrientes, que las harinas producen Alzheimer... ¡y se vuelven bebés! Ya no pueden tomar decisiones de cómo alimentarse o cuidarse por sí solos. Necesitan que su médico de confianza les dé una pastilla... ¡para lo que sea!», afirmaba su madre sonriente.

«Mamá, ella demostró el éxito de su teoría. Con mejores resultados que cualquier fármaco. La gente necesita educación y...». Cayo se interrumpió al ver a su madre ponerse de pie de manera abrupta.

«La educación es un gasto. Y no nos corresponde a nosotros educar a nadie...», afirmó categórica.

«Cay, la doctora Fuentes nos identificó un listado exhaustivo de las sustancias amigables al microbiota y su impacto en diferentes dolencias. Regis Pharma está dispuesta a pagar veinticinco millones de euros por ese listado de sustancias... Esa será la composición química de su nuevo supermedicamento», afirmó Joao, asintiendo orgulloso cuando Cayo lo miró sorprendido e incrédulo.

«Son componentes bióticos, componentes de la naturaleza, no son químicos. No tiene sentido», explicó tratando de hacerlos entrar en razón.

«El éxito de la industria alimentaria moderna ha sido sustituir los productos de la naturaleza con componentes químicos ultraprocesados y encima altamente adictivos. Este será un medicamento ideado para todos aquellos que están dispuestos a comer carne creada en un laboratorio y que prefieren consumir jarabe de maíz alto en fructosa porque el azúcar de caña les hace daño». El estruendo de las risotadas volvió a sorprender a Cayo.

Huyó de aquella reunión indignado. Les informó que se negaba a participar en ningún evento y salió a caminar por el centro de la ciudad porque necesitaba aclarar sus pensamientos.

Sabía que debía advertirle a Gaby sobre lo que pasaría, pero no quiso presentarle el problema sin una solución. Necesitaba ayuda. Solo no podría detenerlos. Era médico, no superhéroe. Necesitaba entender qué hacer. No permitiría que robaran el estudio de Gaby frente a sus narices. Revisó sus contactos evaluando quién podría ayudarle en estos momentos. Cuando apareció el nombre de Jack Seller, no lo dudó ni un instante.

Jack era un hombre de negocios, astuto y con el peso de la experiencia. Además, Cayo admiraba que hubiese tenido el tino necesario para crear su propio pequeño imperio. Aún retirado, él ya fue testigo de que Paul contaba con la guía de su abuelo para tomar las decisiones importantes. Suspiró entendiendo que esa era la sabiduría que necesitaba en estos momentos. Cuando en Santo Domingo serían las seis de la mañana marcó al móvil de Jack y de inmediato las ruedas del destino comenzaron a rodar.

Cayo caminaba de regreso al hotel mientras explicaba la situación y discutía estrategias con Jack. El norteamericano hacía todo tipo de preguntas y él las contestaba con honestidad. Jack cuestionaba cuán conforme estaba su abuelo con las prácticas que Cayo atestiguó y luego de ver al equipo de Carlo Augusto en aquel salón de reuniones, tuvo que aceptar que, con enfoques distintos, los dos bandos perseguían lo mismo: dinero.

Ante la pregunta: ¿qué tienes para ofrecer a cambio de los derechos de esas investigaciones?, Cayo tuvo claro el camino a seguir: dinero. El idioma de los Medeiros Pardo. Tendría que comprar la subsidiaria. Cederles las reservas que acumuló y guardó estos cinco años para garantizar la operación en Santo Domingo y hacerles una oferta por la propiedad intelectual del centro y la infraestructura del complejo hospitalario. No podía ser nada complejo. Un número atractivo para ellos. Necesitaba encontrar ese número. Jack le solicitó los estados financieros de la subsidiaria para poner a su equipo a trabajar. Le informó de que en algún momento de todo esto, necesitaría involucrar a Paul y posiblemente a Larissa. Cayo estuvo de acuerdo y acordaron volver a conversar ocho horas más tarde.

Cayo cerró la llamada con Jack y de inmediato llamó a su hermana. Quería estar claro de cuánta información manejaba Antonella de cómo se gestionaba la fundación. En muchas maneras, esto era un descrédito que sabotaba los esfuerzos que ella y su equipo hacían constantemente para atraer donantes serios, pero necesitaba saber qué pensaba ella. Necesitaba confirmar que no formaba parte de toda aquella corrupción.

La conversación con su hermana lo dejó tranquilo. Tony seguía siendo una Jedi y estaba tan indignada como él por las acciones del «lado oscuro». En esa conversación, ella le hizo ver que debía cuidarse la espalda. ¿Cómo sabían sus padres que tenía una relación con una investigadora, si él no se lo comentó ni siquiera a ella? Alguien reportaba sus pasos a Lisboa y él no estaba seguro de quién era, pero tampoco perdería el tiempo en eso. Antonella activó su propio plan de acción, contactaría a Regis Pharma en representación de la fundación y se enteraría de las condiciones que plantearon para la colaboración; también investigaría si hubo otra oferta por parte de alguna otra farmacéutica. Vería de qué manera podrían intervenir. Corrían en contra del reloj. En cuarenta y ocho horas debían tener un acuerdo listo para firmar.

Ocho horas después, tal como acordaron, conectaba por la plataforma Zoom con Jack y Paul. Traían los resultados del análisis financiero y para Cayo hablaban en un idioma desconocido. Intereses, acciones, renta, dividendos... Esperaba que en algún momento llegaran a

un terreno conocido para él o que le dijeran por dónde comenzar a ejecutar. Media hora después, Bradley se sumó a la llamada y, milagrosamente, Cayo entendía mucho mejor los términos legales del abogado.

El plan era simple. Conformar una nueva empresa, pasar los fondos de la reserva a esa empresa, solicitar un crédito a un fondo de inversiones internacional y pagar a los Medeiros Pardo un total de veinticinco millones de euros por la subsidiaria y todo lo relacionado con ella. Para proceder amigablemente con todo eso, necesitaba la aprobación de la transacción, por escrito, del fundador y el actual presidente. Y esa no sería una tarea fácil, pero hacer una adquisición hostil sería mucho más costoso.

Cayo compartió con el abogado el correo electrónico que le hizo llegar Antonella, describiendo el acuerdo con Regis Pharma, y Bradley se alegró de ver algunos cabos que quedaron sueltos. Aseguró que tenían buenas oportunidades de cerrar un acuerdo conveniente y blindado. También era hora de definir los nuevos accionistas. Cayo no tuvo dudas de lo que quería: Gaby y él serían accionistas mayoritarios, a partes iguales; luego Antonella, Vicente, el doctor García y la enfermera Rondón como socios minoritarios. Las piezas estaban puestas en su lugar, en treinta y seis horas presentaría sus cartas a la mesa de directores de la Fundación Medeiros Pardo.

A la mañana siguiente, Cayo hizo una pausa del alboroto que implicaba crear una nueva fundación, y se marchó a Coímbra. Siempre tuvo miedo de regresar a esta ciudad porque creyó que la nostalgia lo derrumbaría. Aquí fue feliz. Aquí fue muy muy feliz. Se estacionó en las Ruinas de Conímbriga, y después de admirarlas por un buen rato caminó a la orilla del río Mondego. Era mediodía y la temperatura estaba fresca. Su cuerpo se acostumbró a las temperaturas cálidas de Santo Domingo, por lo que fue bueno que recordara traer una chaqueta. Continuó el recorrido por las calles adoquinadas del centro histórico mezclándose entre los turistas. Sabía hacia dónde se dirigía, pero no tenía prisa. Comprobó con deleite que Coímbra conservaba su principal singularidad, una ciudad antigua repleta de gente joven recorriendo sus calles. Paró para el almuerzo en una tasca tradicional, recordando los sabores de la *sopa de pedra* y del *bacalhau à Brás*, acompañándolo de un vino local. Retomó el camino y reconoció que las pequeñas tabernas y restaurantes seguían igual. La esencia de la ciudad seguía intacta, nada cambió en los últimos nueve años.

Llegó al Cemitério da Conchada y trató más de una vez de recordar la ubicación de las tumbas. Se cruzó con varios grupos de señoras de avanzada edad vestidas de negro de pies a cabeza. Cuando casi se daba por vencido, las encontró y respiró aliviado. Tragó el nudo que se le hizo en la garganta y se sentó en el banco en la pequeña escalinata del panteón. La estructura simulaba una réplica diminuta de la Catedral Vieja y, en el interior, detrás de un cristal transparente, reposaban dos imágenes; una de la Virgen de Fátima y una fotografía de Cecilia sonriente y embarazada.

«Boa tarde, querida», saludó Cayo mirando el hermosísimo rostro de su esposa. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas y supo que esto sería tan difícil como creyó. «Sé que sigues cuidando bien de Luzia. Eres la mejor mamá que pudo elegir. Me encantaría poder verlas a las dos... Para este momento ella estaría en el *ensino básico*, ¿cierto?». Cayo miró al cielo y se repitió la misma pregunta que se hizo miles de veces en los últimos años. «¿Y se parece a ti o a mí? Estoy seguro de que es una rubita hermosa como tú. ¿Sabes que sigo

preguntándome qué hice mal? ¿Cuáles síntomas no tuve en cuenta? ¿Qué otra ruta pude haber tomado esa noche para llegar más rápido al hospital? En fin...». Suspiró y apoyó la cabeza en las rodillas recordando la risa risueña de su esposa. «Estos años sin ti han sido muy difíciles, Ceci. Pero sabes lo que vine a decirte, ¿verdad? Conocí a alguien. Estoy contento. Nunca creí que volvería a sentirme como me siento. Nunca creí que volvería a enamorarme», declaró retirando con los nudillos las lágrimas de los ojos. «Te encantaría conocerla. Es una médica investigadora. Una cerebrita. Y es hermosa. Es dulce, amable, divertida..., pero cuando se molesta, ¡cielos!, se convierte en una tromba marina que asustaría al marinero más valiente. Ha estado dispuesta a cortarme la cabeza más de una vez...», aseguró riendo y extendiendo las piernas para recostarse y acomodarse plácido en el duro banco de piedra.

El tiempo pasó volando mientras Cayo seguía contando anécdotas de su nueva vida en Santo Domingo y su nuevo gran amor. Los últimos rayos del atardecer comenzaron a reflejarse en la sonrisa de la fotografía y de alguna manera... de alguna manera mágica, el rostro de Cecilia se iluminó.

Al día siguiente, Cayo se presentó en las oficinas de la Fundación Medeiros Pardo con una gruesa carpeta entre las manos. Aceptó, con una supuesta sumisión, hacer el discurso de presentación de los logros de la subsidiaria y del acuerdo con Regis Pharma..., pero cuando llegó la hora de hacer el gran anuncio, cambió el discurso que le prepararon. En lugar de comunicar un acuerdo por veinticinco millones de euros, declaró que harían uno por cincuenta millones de euros. Los aplausos no se hicieron esperar y las sonrisas en los rostros de Joao y Carlo Augusto quedaron frías.

Bradley Stewart logró una negociación de todo o nada con la farmacéutica. Efectivamente, comprarían los derechos del estudio de Gaby, pero no de forma exclusiva. Las investigaciones tomarían dos cursos distintos y ella podría continuar con la línea de su tesis. El resto del dinero cubriría un pago por las instalaciones, equipos, pasivos laborales y los terrenos de la subsidiaria, así como los derechos de autor de los estudios de Leo Peña y Emilia Báez y todos los estudios ya generados en el centro de investigaciones dominicano desde su establecimiento.

Así se cristalizó la Fundación InterVida. Una manifestación del sueño de Gaby de hacer un abordaje integral, con estudios exhaustivos y seguimiento personalizado a los pacientes, con el propósito de revertir las enfermedades crónicas. En principio, los Medeiros Pardo se negaron a dejar escapar la subsidiaria de sus garras, pero la velada amenaza de Antonella de torpedear la imagen de la fundación en ambientes y lugares estratégicos, haciendo públicos los acuerdos que se daban tras bastidores, los hizo recapitular. El abuelo firmó en unos pocos días, pero Joao se tomó su tiempo. Exigió que Cayo renunciara a su participación accionaria en la matriz, a su puesto en el consejo de dirección y a recibir subsidio alguno a nombre de los Medeiros Pardo... Y él aceptó con gusto.

Al final, ambos firmaron y el fondo de inversión aprobó el préstamo. La nueva fundación seguiría contando con las reservas necesarias para operar de forma independiente, pero con el apoyo de Antonella y su equipo, necesitarían gestionar una nueva subvención del Gobierno dominicano para InterVida. Tony llegaría en unas semanas a establecerse en el país y quizás

traería con ella a algunas personas de su equipo. Ese sería un duro golpe para los Medeiros Pardo, pero eso lo tenía sin cuidado. Él mantendría el mismo puesto de gerente general y Gaby dirigiría el Departamento de Gastroenterología. Todos los accionistas tendrían nuevas funciones administrativas y de la operación, que deberían ir asumiendo poco a poco en los próximos meses... La llamada del banco suizo entró en ese instante a su móvil. La gerente a cargo de la transacción le explicó que los fondos fueron transferidos a la cuenta internacional y que remitirían por correo privado la documentación física pertinente. El sueño se hizo realidad y Cayo cerró la llamada con una sonrisa satisfecha y una espiración de alivio.

«¡Sabía que no era una alucinación, sino una pesadilla! ¡No sé qué demonios hace aquí, doctor Medeiros, pero será mejor que se marche de inmediato!». La voz de Gaby tronó en el estudio y Cayo inspiró profundo antes de voltear a enfrentar su próxima batalla.

La cena estaba casi lista. Cayo preparó pescado al horno con la ayuda de Larissa. Nunca conoció a nadie menos diestro en una cocina. Era lo más cercano a un estorbo, pero mientras pudiera disfrutar de su entretenida compañía, el sacrificio valdría la pena. El tema de conversación en ese momento era Gaby, quien tres días atrás escuchó todo lo que él tenía para decir, pero ignoró los papeles que le entregó para firmar. Insistía en su idea de irse a Londres y reiniciar su vida allá. Que le dijera que la amaba pareció iluminarle la mirada, pero su única respuesta fue acomodar unos cuantos mechones de cabello que se escaparon del horroroso moño en el tope de la cabeza. Nadie dijo que sería fácil... y si tenía que seguirla a Londres, lo haría.

«Gaby está en el estudio con Jack», susurró Larissa. «Están hablando por *Facetime* con Paul. Y, según oí, ella está tratando de entender qué significa ser accionista de la nueva fundación», comentó. Cayo asintió viendo aparecer un rayito de esperanza. Algo de terreno ganó en estos tres días. Creyó que convencer a la madre de Gaby de que nunca quiso aprovecharse del trabajo de su hija sería más difícil, pero tan pronto ella leyó la documentación que los médicos firmaron, tuvo claro que ninguno de ellos tenía escapatoria de ese engaño. Cay se sorprendió de la objetividad de esta mujer. Viéndola, imaginó a Gaby a sus cincuenta años y le agradó muchísimo el panorama. Y Gaby sería aún más hermosa.

«Estoy dispuesto a pelear todas las batallas que sean necesarias, pero una a la vez. Primero necesito convencerla de quedarse». Ahora fue Larissa quien asintió.

«Si hablaste con el corazón, dale tiempo. Gaby se piensa bien las cosas... ya reflexionará. El hecho de que haya aceptado que te quedaras en la casa todo el fin de semana ha sido un buen indicio», dijo sonriente y palmeándole la espalda. Lo cierto era que, viviendo a diez minutos de distancia, era extraño quedarse en la habitación de huéspedes de la casa de los padres de Gaby, pero desde la noche que llegó directo desde el aeropuerto decidió que no saldría de aquí sin ella.

«¿Pero no has visto cómo me mira?», rio Cayo. «Hace un rato, casi desisto de quedarme a cenar», admitió un poco aterrorizado.

Después de la cena, Larissa y Jack desaparecieron en silencio y Cayo vio a Gaby salir al patio. La siguió con cautela y la vio meter los pies en la piscina infinita. Se acercó e hizo lo mismo. No se tocaban, no se miraban y no se hablaban hasta que Gaby rompió su silencio de tres días.

«¿Cómo estuvo el viaje?», preguntó con el mismo interés con que escucharía el pronóstico del clima.

«Fuera de todo lo que te conté de mis familiares..., fueron buenos vuelos, disfruté la comida y di un maravilloso paseo por Coímbra», comentó satisfecho.

«Siempre sospeché que no tenías buena relación con tu familia, excepto con Tony y tus abuelos de Sevilla. Lo siento mucho. Nadie me obligó a firmar ese consentimiento. Nos engañaron a todos y no voy a responsabilizarte por eso; de hecho, ahora reconozco que me defendiste y nos defendiste a todos..., a pesar de lo que vimos y oímos en ese horrible discurso tuyo». Cayo la escuchaba y, aunque superficialmente sonaba bien lo que decía, por algún motivo no lograba relajarse; por tanto, solo asintió. «Lo que no comprendo es que te hayas quedado tranquilo sabiendo que sufría y me sentía traicionada..., que no me enviaras ni un solo mensaje en más de un mes», reclamó Gaby con los ojos llenos de lágrimas y con la mirada fija en el agua.

«Te envié un mensaje. Te pedí que confiaras en mí», recordó Cayo tratando inútilmente de defenderse.

«Y luego pasaron treinta y dos días de silencio, Cay», acusó clavando la mirada en el perfil masculino.

«No quería darte excusas, Gaby. Quería venir aquí con una solución. Tenía que resolverlo antes de volver», aseguró tratando de explicarse.

«No pedí nada en esta relación. No quiero compromisos, no quiero formalidad, no quiero etiquetas... solo honestidad», recordó Gaby. «Dejarme en la oscuridad con todo esto, no fue honesto. Involucraste a mi familia y a mí me dejaste fuera. Me siento como si hubieras escrito en una pizarra enorme algo como “no te necesito”», lamentó la joven.

«Solo para respirar, María Gabriela», afirmó cabizbajo. «Ahora sé que estoy enamorado de ti desde que puse los ojos sobre ti por primera vez. En estos meses conociéndote, ese amor creció hasta el punto en que estar lejos de ti es una tortura, un castigo, un sufrimiento», confesó Cayo. «Quería protegerte de la intriga. En principio, quería inventarme alguna excusa para no dejarte saber qué clase de gente son mis padres y mis abuelos, su necesidad desmedida de hacer dinero... Creí que no querías mezclarte con una historia familiar como esa... Tu familia es tan diferente... tan...».

«Cay, nosotros no somos los errores de nuestras familias», interrumpió ella. «Eso lo comprendí hace algunos años cuando mis mejores amigos de la secundaria me dieron la espalda cuando condenaron a mi abuelo por malversación de fondos. Yo no soy don Alberto Fuentes, pero sufrí las consecuencias de sus acciones... Yo también te amo, Cay. A ti, al Dr. Cay. No me importa lo que hace o hizo tu familia. Los Medeiros Pardo me tienen sin cuidado. Siento por ti algo que no sentí antes... y me aterra porque tienes mi corazón en tus manos... y es frágil. Quiero confiar en ti, quiero creer en que cuidarás de lo que te estoy entregando...», confesó viéndolo asentir. Ella sacó los pies del agua para dejar que se escurrieran... «¿Te parece si comenzamos otra vez, si oprimimos el botón de *reset* por segunda vez? ¿Y le damos otra oportunidad a esta relación?», cuestionó extendiendo la mano.

«Estoy de acuerdo y prometo que cuidaré, con mi propia vida, el tesoro que me estás entregando...», dijo estrechándole la mano, soltándole el moño que llevaba atado en el tope de la

cabeza y dudando pensativo. «Y... debemos irnos ahora mismo», afirmó terminante. Inspiró profundo ante la mirada interrogante de Gaby y continuó aún sosteniéndole la mano entre las suyas y acariciando la palma con el pulgar. «Sobreviví un mes sin tocarte, pero no puedo esperar más. Quiero hacerte el amor y devorarte hasta que grites desesperada de placer. Quiero estar dentro de ti toda la noche. Quiero cogerte en la cama, en la ducha, en la meseta de la cocina... Quiero comerte entera. Y no será una vez, sino todas las veces que sean necesarias hasta que ninguno de los dos pueda moverse. Mi cuerpo completo late con desesperación por ti... Quiero tenerte ¡ya mismo!... Y nada de eso pasará en la casa de tus padres», concluyó Cayo determinado.

Cuando Gaby terminó de procesar todo lo que escuchó y salió de su sorpresa, brincó sobre los pies con la agilidad extraordinaria de un bailarín ruso.

«¡Vámonos!», comandó apresurada.

Capítulo 23

Catorce meses después

Gaby

Era domingo a mediodía. El día después de Navidad. Estábamos en casa de mis padres y la parrilla ardía. El clima estaba supuesto a estar muy fresquito en estos días, pero a mí me vencía el calor. Sudaba y no lograba recuperarme de la caminata de diez minutos desde nuestro edificio hasta aquí. Caminar esa corta distancia hoy pareció una misión imposible. Tuvimos que hacer tres paradas. Estaba sofocada y agotada, y Cay me tenía desesperada. Quería ser comprensiva. Quería entender todos sus miedos y todo lo demás, pero hoy yo no le tenía ninguna paciencia.

«¿Cómo te sientes?», preguntó Daniela sentándose a mi lado y recogíendome un mechón de cabello detrás de la oreja. Mi hermanita preciosa nos acompañaba esta Navidad. Decidí abandonar Roma y regresar a Santo Domingo por tiempo indefinido. Pero yo la veía triste y cansada... y de cierta manera derrotada.

«¿Cómo te sientes tú?», pregunté. Quería devolverle la sonrisa al rostro. La genuina. La de antes. No esta sonrisa *fake* que cargaba ahora y que no le llegaba a los ojos. La vi encogerse de hombros y la oí decir:

«Te he dicho mil veces que estoy bien». Y ahí estaba esa extraña sonrisa —otra vez—. No sabía si ella engañó a mi mamá o a Jack, pero a mí no.

«Pues yo no. Me duele la espalda. Esta noche estamos supuestos a salir a cenar con nuestros amigos Vicente y Lester, lo hacemos una vez por mes, pero no sé si podré. Anoche no dormí nada. Y cuando estoy inquieta en las noches, Cay se asusta y tampoco duerme... y, en fin, ¡estoy cansadísima!», resoplé incómoda y disgustada, tratando de acomodarme en el duro banco del jardín bajo la sombra de un almendro. «Encima mañana es la boda de unos colegas y no tengo nada que ponerme», concluí con una media sonrisa. La doctora Báez y el doctor García finalmente formalizaban su relación.

«Pero... ¿estás feliz?», preguntó Dani acariciándome con suavidad el enorme vientre de treinta y ocho semanas de embarazo. Los ojos se me llenaron de lágrimas y no pude contener algunas que se escaparon rodando por las mejillas. Apenas le pude contestar.

«Estoy demasiado feliz. Nunca, nunca estuve más feliz que ahora», le aseguré, y era cierto. Mi embarazo fue una sorpresa para Cay y para mí. No fallamos ni una sola vez con los preservativos, por lo que los primeros malestares los achaqué a alguna comida contaminada en la cafetería del hospital. Hice un ayuno de huevos, kéfir y kimchi por tres días y, al cuarto día, me desmayé en el turno de Emergencias. Al despertar acostada en la camilla, estuve segura de cuál era mi diagnóstico. Conocía los síntomas y lo diagnosticué un millar de veces. La enfermera Rondón esperaba los resultados del laboratorio junto a mí, en parte para hacerme compañía y en gran medida para impedir que me levantara y volviera a trabajar. Cuando Martínez Leco regresó con los resultados, la sonrisa que traía en el rostro lo hacía lucir veinte años menor.

«Lo sé. No es nada grave. Es síndrome vasovagal, ¿verdad? Debo mantenerme hidratada

y cuidar mi ingesta de sal», le indiqué segurísima, incorporándome en la camilla mientras él cerraba la cortina del cubículo, luego de que la enfermera nos dejara solos.

«Gaby, tienes nueve semanas de embarazo», informó el doctor, pero yo no entendí sus palabras. Debía estar bromeando. Era imposible. Los preservativos tenían más de noventa y siete por ciento de eficacia. Eso eran tres embarazos por cada cien casos. ¡Era imposible! Pensé indignada mientras la agitación se apoderaba de mi cuerpo. ¡Iba a demandarlos! ¡Los de Durex iban a saber de mí! Con todas las responsabilidades nuevas en la fundación, perdí el rastreo de mis periodos, pero una médica de veintinueve años no podía quedar embarazada sin planificación. Cay y yo teníamos una relación casual. ¿Qué había de casual en ser padres de una criatura? Esto no podía pasar. ¡Era una locura!

En ese momento las cortinas se descorrieron rápidamente y apareció el Dr. Cay sudado, vistiendo camiseta y *shorts*. ¡Ese hombre todos los días estaba más bueno! Afuera escuché el revoloteo de las enfermeras alrededor del cubículo. Me quedaba claro que cuando Cay terminó de trabajar se quedó haciendo una rutina de ejercicios en el gimnasio, mientras yo terminaba mi turno en Emergencias. Ya habíamos hablado de esos *shorts*. ¿Cuál era el problema de entrenar con los *joggers* que le compré? Pero no era momento para esa conversación. Él estaba preocupado... y aún no sabía lo que se le venía encima.

«¿Qué pasó?», preguntó alterado mirándome fijo a los ojos. «¿Que qué pasó?», insistió exasperado mirando a Vicente. Cuando no obtuvo respuesta de ninguno de los dos, arrebató la hoja de resultados de las manos de Vicente sin ninguna ceremonia y leyó el papel. La palidez en el rostro masculino fue evidente. Los labios se le pusieron blancos. Creí que seríamos dos en camilla en la tarde de hoy. Cay miraba fijo el papel que agarraba con una mano y con la otra mano se halaba los cabellos en el tope de la cabeza. Él tampoco podía procesar lo que pasaba.

«Esto no es posible. ¡Vamos a repetir estas pruebas! Voy a llamar a la enfermera», dijo agitado. Cay entró en estado de negación.

«Gaby acaba de desmayarse. ¿Realmente quieres repetirle exámenes en sangre?», cuestionó Vicente en un llamado a la cordura y sobre todo evitándome otro pinchazo innecesario. «Pueden confirmarlos en unos días con una sonografía», concluyó.

Nuestro hospital no tenía atención en la especialidad de Ginecobstetricia, por lo que Vicente escribió una nota, refiriéndome a otro centro especializado y la pasó a Cay, quien miraba con espanto la hoja de papel. Desde esa tarde, Cay se volvió mi sombra. Ni siquiera podía irme sola al baño sin que él preguntara si estaba todo bien. Los dos estuvimos en estado de *shock* por unos días, tratando de procesar la situación. Confirmamos con la sonografía que sí había un bebé y escuchamos los rápidos latidos de su corazoncito. Desde ese día, Cay enmudeció, literalmente, por más de diez días. La especialista que visitamos indicó unos estudios y descartó cualquier causa física o problema en alguno de los órganos implicados en la fonación, por lo que entendía que debía estar relacionado con algún evento traumático. De eso no cabía duda. Y a partir de ahí Cay estuvo no solo silencioso, sino que además tenso y taciturno todo el tiempo y demasiado distraído hasta para conducir. Aun habiendo recuperado el habla, no volvió a ser él mismo.

Nos acostábamos por las noches, sin tocarnos y, más de una noche, al regresar del hospital, me quedé en mi propio apartamento para darle espacio para pensar y decidir qué quería hacer. Temía que Cay podría pedirme que me hiciera cargo de este niño sola. Por supuesto que lo

haría, pero no quería ni pensar en todo lo que implicaría eso. Pero en esas noches, en lugar de quedarse en su apartamento, él llegaba, abría la puerta de mi apartamento con su propia llave y se acomodaba a mi lado a leer, a escuchar música portuguesa o a ver el siguiente capítulo de la serie de turno.

Una noche, estando en su apartamento, Cay no quiso ni siquiera tocar la cena. Se levantó de la mesa y dijo que iría a acostarse. Me preocupé creyendo que tenía un virus o algún malestar. Terminé de cenar, recogí los platos y fui directa al baño para buscar un termómetro. Sin embargo, Cay no estaba en la cama, ni en su baño. Tampoco en el balcón del apartamento. No sabía dónde fue. Hasta que lo encontré en una de las habitaciones secundarias, sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas y con los amplios hombros sacudiéndose con sollozos dolorosos y profundos.

El aire estaba cargado de pesar y desolación. Sabía que este embarazo despertaría los recuerdos de los peores momentos de su vida y que compararía esto con todos los espantos que vivió con el embarazo de Cecilia y su triste desenlace. Los ojos verdes que siempre me miraban con pasión y dulzura estaban enrojecidos e hinchados por las lágrimas. No sabía qué hacer, me arrodillé frente a él acariciando los cabellos desordenados y lo abracé muy fuerte. Los sollozos de Cay se convirtieron en un llanto desgarrador. Cada gemido parecía arrancarle un pedazo del alma. En su abrazo, se aferraba a mí demasiado fuerte como si nunca quisiera dejarme escapar. Mis lágrimas empapaban el duro hombro. Yo quería borrar su tristeza con mi presencia, pero sabía que eso no era posible.

Finalmente, cuando pudo calmarse, confesó estar aterrado. Reveló sentir un miedo que lo consumía desde adentro, temía que el destino lo estuviera acechando desde las sombras, esperando que volviera a ser feliz, para entonces arrancarle la felicidad. Mientras limpiaba las lágrimas con la camiseta, dijo sentirse indefenso, atraído por un abismo y sin ningún control de lo que pudiera pasar. Y que luchaba con desesperación por aferrarse a la cordura. Por supuesto que lo entendí. Y supe que ese temor no desaparecería hasta el final de mi embarazo. Hasta que confirmáramos que todo salió bien. Y yo confiaba plenamente en que así sería.

Un par de domingos después, Cay me pidió matrimonio frente a toda mi familia. En una escena adorable, con la ayuda de mi mamá y Avery, llenaron el jardín de rosas; y mientras Gael tocaba con el violín *Primavera* de Vivaldi, él se arrodilló, me mostró un bellissimo anillo de diamantes y me pidió que fuera su esposa. Y le contesté que no.

«Cay, tú y yo tenemos una hermosa relación casual. Que me embarazaras no significa que automáticamente tengamos que casarnos. No estamos en los tiempos de nuestros abuelos. Somos una pareja, somos socios en nuestra fundación, somos un equipo estupendo y trabajamos divinamente juntos. Somos perfectos en la cama. Somos y siempre seremos los papás de este bebé, pero a nosotros nada nos atará y nada nos obligará», expuse en susurros sosteniéndole el rostro entre mis manos. Amaba a este hombre con locura, pero no quería un compromiso forzado. Todos los que estaban a nuestro alrededor se quedaron sin saber qué hacer. Unos se miraban las manos, otros miraban al suelo y algunos al cielo.

Y desde entonces, la tensión entre nosotros se desvaneció. Volvimos a ser la pareja divertida y relajada que fuimos antes de enterarnos de la noticia. Volvimos a tener el sexo maravilloso de siempre y también las largas y magníficas conversaciones.

Y aquí estábamos, con casi todo listo para la llegada de nuestro bebé. Seleccionamos juntos cada artículo que íbamos a comprar y disfrutamos acondicionando una de las habitaciones secundarias en el apartamento de Cay para convertirla en el *nursery* de nuestro hijo. Le pedí a Cay que tallara en la puerta el nombre que elegimos para el niño, pero se negó. Y yo fui aprendiendo a entenderlo, sin entenderlo. Después él me explicaría.

Cuando cumplimos las treinta y cuatro semanas de gestación, terminé de mudarme al apartamento de Cay y planifiqué rentar el mío. Y fue entonces cuando Daniela apareció de regreso sorpresivamente y, aunque la casa de mis padres era enorme, intuía que ella necesitaba más tiempo sola del que estaría dispuesta a darle nuestra mamá, así que le ofrecí el espacio hasta que ella decidiera qué hacer. Mientras eso pasaba era una gran alegría tenerla tan cerca otra vez.

«¡María Gabriela! ¡Cásate conmiiiiigo!», gritó Cay a todo pulmón desde la terraza y de inmediato comenzó a sonar en los altavoces *Cásate conmigo* en la versión de Silvestre Dangond y Nicky Jam. Otra vez. Ya parecía ser una rutina de cada tercer domingo del mes, que seguía arrancándonos las carcajadas a todos.

«¿Sabes cuándo te embarazaste?», preguntó Daniela con una timidez extraña en ella.

«En una pareja tan activa como nosotros, es difícil determinar cuál preservativo falló, pero los tiempos coinciden con una mañana que despertamos tarde y ninguno de los dos quiso irse a entrenar. No podíamos parar de besarnos ni quitarnos las manos de encima. Me hizo sentir tantas cosas que terminé llorando como una magdalena después del orgasmo. Al principio, Cay se asustó creyendo que me hizo daño, pero fue todo lo contrario. Me abrazó fuerte hasta que me calmé... Y estoy segura de que fue esa vez», indiqué suspirando y algo sorprendida de que hoy podía respirar mucho mejor, aunque la molestia en la pelvis se incrementó.

Miré a mi alrededor apreciando que el almuerzo de hoy era un evento a casa llena. Nos acompañaban José Pedro y Lucía, mis abuelos maternos y también vinieron Antonella y Leo. Sí, esos dos de repente eran muy pero muy cercanos... y Cay parecía tolerar a Leito mucho mejor. Vi que Gael venía en nuestra dirección pateando una pelota, por lo que le hice una dura señal de advertencia, poniendo el dedo índice sobre mis labios. Él rio divertido. Y siguió avanzando despreocupado. Cuando estuvo frente a mí exclamó:

«¡Hola, Tadeo!». Y el dolor no se hizo esperar. Mi hijo hizo una complicada pirueta y luego me pateó con la fuerza de un futbolista algún órgano interno. La voz de Gael lo excitaba. La temprana conexión de estos dos no se comparaba con nada.

«¡Vas a ver, muchachito!», le grité mientras él huía riendo. «¿Se tardarán mucho con la carne? Estoy hambrienta», comenté. Quería irme a casa temprano. Estaba muy incómoda hoy. Estuve tentada a irme a acostar en la cama de la habitación de huéspedes de mis padres por un rato.

«Jack dijo que el primer trozo que estuviera listo sería el tuyo», contó Daniela acariciándome el vientre otra vez.

Y fue entonces cuando supe que no podría esperar el jugoso trozo de *Striploin*. Rompí aguas. Traté de mantener la calma unos minutos antes de llamar a Cay. Avery, quien venía caminando hacia mí, notó la humedad en mis pantalones y giró sobre sus talones a la velocidad de la luz para recoger su bolso y las llaves. Regresó a mi lado y me dijo:

«Tenemos tiempo. Sabemos que esto no pasa de inmediato así que puedes estar tranquila, ¿sí? Cuando ya estés dentro del vehículo, le aviso a Paul para que traiga a Cayo al hospital, ¿de acuerdo?». Daniela nos miraba extrañada hasta que también vio mis pantalones, ahora más mojados aún. La cara de caricatura de mi hermanita no tenía precio.

«No. No quiero irme sin él, pero tampoco quiero que él conduzca. Va a asustarse mucho», dije con voz entrecortada. El dolor de espalda ahora era insoportable. Después del mutis involuntario de Cay, todos temíamos a la reacción que tuviera cuando llegara la hora del parto.

«Lo sé. Vamos con cuidado. Dani, ¿podrías traer una toalla?», pidió Avery. Entramos a la casa y salimos al garaje tan rápido como nos fue posible. Mi mamá y Daniela aparecieron a mi lado cuando intentaba subirme al enorme todoterreno de Avery. Una contracción me frisó y estuve segura de que perdería el conocimiento, pero se fue tan rápido como vino.

«Recuerdas las respiraciones?», preguntó mi mamá con voz suave y calmada, mientras me retiraba los cabellos de la frente con ternura.

¡Cierto! Las respiraciones. Ahora era cuando las necesitaba. El dolor me aturdió lo suficiente para olvidar los cuatro meses de yoga prenatal que hicimos. Cuando me acomodé en la parte trasera del vehículo, todas volvieron a entrar a la casa y supe que necesitaba a Cay para que hiciera las cuentas mientras yo hacía las respiraciones... necesitaba a mi pareja para respirar.

Cerré los ojos y escuché todo tipo de barullo en la casa y en el patio. Cayeron platos, se rompieron algunos cristales y arrastraron algunas sillas. La música cesó y alguien gritó: ¡cuidado!, para que luego se escuchara otro estruendo. Trataba de contar lentamente cuando llegó otra contracción y me desconecté de mi entorno. Algún tiempo después, la puerta trasera se abrió y Cay subió tranquilo para sentarse a mi lado, también me quitó unos cuantos mechones sudados de la cara y me sujetó la mano diciendo:

«Llegó el momento de conocer a nuestro hijo, mi amor». Su calma era pasmosa. Los demás comenzaron a subir al vehículo y a los otros vehículos y en poco tiempo ya todos estábamos en movimiento. Con suavidad, Cay comenzó a darme las instrucciones para la secuencia de respiraciones *Ujjayi*, que correspondían a esta primera etapa, más adelante procederíamos con otras que apoyarían el resto del trabajo de parto.

Siete horas después, la habitación estaba semioscura y sumida en un silencio tenso, solo interrumpido por el suave murmullo del monitor fetal y el latido acelerado de mi propio corazón. Me recostaba en la cama, rodeada por la calidez reconfortante de las manos de Cay. Por momentos el médico, el hombre de ciencias que conocí, dejaba el espacio para darle paso a un ferviente creyente que repetía una y otra vez: *Pai Nosso que estais nos céus, santificado seja o vosso nome, venha a nós o vosso reino, seja feita a vossa vontade assim na terra como no Céu.*

Gimiendo cerré los ojos por un momento, intentando enfocarme en la llegada inminente de nuestro hijo. Cada contracción era como si me estrellaran el cuerpo contra un arrecife para luego arrastrarme hacia un mar de dolor y esfuerzo. Me aferraba con fuerza a la mano de Cay, buscando fortaleza en su presencia mientras atravesaba las oleadas de dolor que parecían no tener fin. Cada aliento era un esfuerzo titánico, cada movimiento me incomodaba más.

«¡Ya no puedo más! El dolor es insoportable...». Jadeé entre lágrimas, aun cuando sabía que nadie terminaría esto por mí.

«Respira profundo, María Gabriela. Estás haciendo un trabajo maravilloso. Las contracciones están cada vez más cerca y estás progresando bien», declaró el doctor Messina.

«Estamos casi allí. Solo necesitas seguir concentrándote en tu respiración. Recuerda, inhalas hondo y exhalas despacio. Tu cuerpo sabe exactamente qué hacer, confía en él», murmuró Cay mirándome con profunda preocupación.

«No sé si puedo hacerlo...». Lloré, sabía que debía continuar, que cada contracción me acercaba un paso más hacia el milagro de ver a mi hijo, pero era demasiado esfuerzo.

«Puedes hacerlo, querida. Eres más fuerte de lo que crees. Ahora, empuja con la próxima contracción», ordenó apresurado el doctor.

Y entonces, en un instante eterno, sentí la tensión en el cuerpo con una intensidad que me dejó sin respiración. Una oleada de presión, una fuerza imparable que me consumió por completo. Grité, grité con todas las fuerzas que me quedaban, dejando que la garganta se me raspara canalizando todo el dolor en un torrente de sonido y emoción.

En medio del caos de doctores, asistentes y enfermera, llegó el alivio. Un silencio que lo llenó todo, que se extendió a mi alrededor como una manta reconfortante. Y en medio del consuelo, escuché el sonido más hermoso que jamás haya oído: Tadeo Medeiros Fuentes soltaba un enérgico alarido anunciando a todos su llegada al mundo.

«*Graças a Deus!*», agradeció Cay con el rostro lleno de lágrimas de felicidad y tratando de secar las mías con sus cálidas manos. Me besaba la frente y nos reíamos agradecidos cuando el obstetra me acomodó al bebé contra el pecho. Nuestro bebé. Nuestro amor se multiplicó. Ahora los tres éramos una familia... y Cay y yo seguiríamos en nuestra relación casual... para toda la vida.

Fin

Receta para churrasco relleno de queso mozzarella

Gaby

Créeme o no, mi hermanita Daniela, la famosa chef, se animó a probar la receta que me inventé aquella noche caótica en la que estuve cuidando al Dr. Cay, con esa espantosa tormenta rugiendo como loca afuera. Le encantó tanto que ahora es uno de los platos estrella en el restaurante donde manda como Chef Ejecutiva. Así que, mientras nuestra autora sigue cocinando esa historia, ¡ponte manos a la obra y prueba la receta que puso al nuevo restaurante Cayena en el mapa!

Ingredientes:

- 4 filetes de churrasco (300g cada uno).
- 200g de queso mozzarella rallado.
- 2 dientes de ajo, finamente picados.
- Sal y pimienta al gusto.
- 1 cucharada de orégano seco.
- 2 cucharadas de aceite de oliva virgen extra.
- 1 cucharada de perejil fresco picado.
- 1 cucharadita de pimentón (opcional).

Instrucciones:

- 1. Preparar los filetes:** Coloca los filetes de churrasco en una superficie plana y sazónalos con sal, pimienta, ajo y orégano por ambos lados.
- 2. Rellenar con queso:** Coloca una porción generosa de queso mozzarella rallado en el centro de cada filete. Dóblalos con cuidado asegurándote de que el queso quede bien cubierto dentro del filete.
- 3. Sellar los filetes:** Calienta el aceite de oliva virgen extra en una sartén grande a fuego medio-alto. Coloca los filetes y séllalos durante 2-3 minutos por cada lado, hasta que estén dorados por fuera.
- 4. Hornear:** Precalienta el horno a 180°C (350°F). Coloca los filetes sellados en una bandeja para hornear. Si te gusta, espolvorea un poco de pimentón por encima para darle un toque de color.
- 5. Cocinar:** Hornea durante 15-20 minutos, o hasta que el queso mozzarella se haya derretido y los filetes estén cocidos a tu gusto.
- 6. Servir:** Retira del horno, espolvorea con perejil fresco picado, deja reposar 3 minutos y sirve. Puedes acompañar con una ensalada fresca o papas asadas.

¡Disfruta de este delicioso churrasco relleno de queso mozzarella con una romántica velada acompañada de la música romántica y un buen vino!

Playlist Dr. Cay

Te comparto este *playlist* que reúne una selección de canciones que han marcado la historia de Gaby y Cay, con un toque romántico y lleno de éxitos que evocan grandes momentos. Perfecto para una velada llena de emociones y recuerdos.

1. **"Cold Heart" (PNAU Remix)** - Elton John & Dua Lipa
2. **"Me Voy"** - Julieta Venegas
3. **"Rayando el Sol"** - Maná
4. **"A Quién Le Importa"** - Thalía
5. **"Amor Completo"** - Mon Laferte
6. **"La Playa"** - La Oreja de Van Gogh
7. **"Quédate que las noches sin ti duelen"** – Quevedo & BZRP
8. **"Danza Kuduro"** - Don Omar
9. **"BZRP, Music Session #53"** – Shakira & BZRP
10. **"TQG"** – Karol G & Shakira
11. **"Una lady como tú"** – Manuel Turizo
12. **"Quiéreme mientras se pueda"** – Manuel Turizo
13. **"Robarte un Beso"** - Carlos Vives & Sebastián Yatra
14. **"In Da Getto"** - J Balvin, Skrillex
15. **"Andas en mi Cabeza"** - Chino & Nacho ft. Daddy Yankee
16. **"Everybody Hurts"** - R.E.M.

Agradecimientos

Quiero tomar un momento para expresar mi más profundo agradecimiento a las personas que hicieron posible que esta novela, Dr. Cay, viera la luz.

A mi amado esposo y a mis hijos, gracias por permitirme robarles un poco de nuestro tiempo juntos para dedicarme a este sueño. Su paciencia, amor y apoyo constante fueron el pilar que me sostuvo en cada página escrita.

A mis amigas muy especiales, esas que han sido cómplices en esta aventura creativa: gracias por los cafés, las copas de vino, las largas conversaciones, las ideas compartidas y las risas que inspiraron tantos momentos de esta historia. Sin su entusiasmo, guía y compañía, esta novela no sería lo que es hoy.

Este libro es tanto mío como suyo. Gracias por ser parte de este viaje.

Querida lectora

¡Gracias por sumergirte en las páginas de esta novela: Dr. Cay! Tu apoyo significa el mundo para mí. Si disfrutaste de la historia, me encantaría que compartieras tu experiencia con otras lectoras dejando una reseña en Amazon. Tu opinión no solo ayudará a que más personas descubran este libro, sino que también me inspira a seguir creando.

Como agradecimiento, aquellas que dejen una reseña recibirán un capítulo adicional e inédito que revela una mirada al futuro en las vidas del Dr. Cay y la Dra. Gaby. Solo tienes que enviarme un mensaje con el enlace de tu reseña, y te haré llegar este contenido exclusivo.

¡Espero con ansias leer tu opinión y poder compartirtte este regalo especial!

Email: alannaignacio@gmail.com

Con cariño,

Alanna Ignacio

Si te has quedado con ganas de más, no te pierdas mis otros libros:

Trilogía todo:

Todo lo que soñé.

Todo lo que quiero.

Todo es diferente.

Cartagena Blues.